



Ochnate

La puerta secreta.

David Zurdo **D.J.57**

Un thriller del autor de "616"

David Zurdo

OCHATE

LA PUERTA SECRETA

Siempre estamos en el presente: aquí y ahora. No importa cómo hemos llegado ni a dónde nos dirigimos... pero cualquier decisión que tomemos puede cambiar para siempre nuestro destino.

El edificio de la clínica era grande y sobrio. Eso era lo mejor que podía decirse de él. Lo peor, que destilaba tristeza por los cuatro costados. Como el cielo gris plomo de esa tarde otoñal y lluviosa.

Iván llegó a la clínica, en las afueras de Madrid, con tanto temor como excitación. Podían estar siguiéndole. Si él sabía que Yolanda había recuperado la consciencia, también lo sabrían quienes más interés tenían en que no lo hiciera. Por eso utilizó la moto de un amigo, que se la dejó aparcada en un lugar pactado de antemano. Acababa de estacionarla en una pequeña zona ajardinada que pertenecía a las instalaciones de la clínica. Se quitó el casco y se sacudió la ropa para eliminar algo del agua acumulada durante el trayecto. Por suerte, la lluvia no era muy intensa ni hacía demasiado frío. Era más bien una sensación desapacible que se aliaba con el aspecto de aquel lugar.

Se quedó junto a la moto un par de minutos, esperando para comprobar si alguien lo había seguido. En ese tiempo no vio a nadie sospechoso, así que se decidió por fin a entrar en el recibidor de la clínica. El interior era luminoso y aséptico, como cabía esperar. Se dirigió a la joven del mostrador de recepción. Estaba leyendo un libro y ni siquiera reparó en él hasta que lo tuvo delante. Cerró el libro, con un papel marcando la página, y le dedicó una sonrisa.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —dijo llamándole de usted, aunque Iván no tenía más de veinticinco años.

—Hola. Venía a visitar a una paciente: Yolanda Serna.

—¿La guardiacivil? —preguntó la recepcionista.

Al decir eso, su cara mostró cierto abatimiento que Iván no supo cómo interpretar.

—Sí —contestó él—. Me han llamado esta mañana para decirme que ha salido del coma.

—¿Su nombre?

—Iván Castro.

—Espere, por favor. Avisaré a su médico.

La joven consultó el ordenador que tenía a un lado. Luego descolgó el teléfono y marcó una extensión.

—¿Doctor Loeches?... Está aquí Iván Castro. Pregunta por la paciente Yolanda Serna... Sí, ahora mismo se lo digo. Gracias. —Colgó y volvió a dirigirse a Iván—: Por favor, siéntese un momento en esos sillones. El doctor bajará enseguida.

Los sillones a los que se refería la recepcionista estaban junto a la entrada. Iván le dio las gracias y fue hacia ellos. La joven le dedicó otra sonrisa, más bien triste, y regresó a la lectura.

Iván no tuvo que esperar mucho. El médico no tardó más de dos minutos en

aparecer por el pasillo que se extendía a ambos lados del mostrador de recepción. Llevaba una carpeta bajo el brazo y no iba vestido con la típica bata blanca. La recepcionista le hizo un gesto al pasar para indicarle quién era el visitante, aunque en ese momento no había nadie más.

—¿Iván Castro? —dijo el médico, tendiéndole la mano—. Soy el doctor Mario Loeches. Ha venido a ver a Yolanda Serna, ¿no es así?

Iván le estrechó la mano y contestó afirmativamente.

—¿Es familiar suyo, amigo...?

—Somos amigos.

—Muy bien. Pero antes de llevarle a su habitación —continuó el médico—, me gustaría que habláramos un momento en mi despacho.

—¿Es que ocurre algo?

—Mejor hablemos en mi despacho. Allí se contará todo. Acompáñame, por favor.

Ante la mirada compungida de la recepcionista, por encima de las páginas de su libro, atravesaron juntos el pasillo por el que el doctor Loeches había venido hacía unos instantes. Luego tomaron un ascensor, en completo silencio, y subieron a la segunda planta. El médico guió a Iván por otro pasillo hasta la puerta de su despacho. Dentro, se sentaron a una pequeña mesa circular que estaba frente al escritorio y junto a una ventana que daba a la zona ajardinada.

El doctor Loeches abrió la carpeta con el informe médico de Yolanda.

—La paciente ha recobrado la consciencia, en efecto —confirmó—. Pero sus lesiones eran muy graves. Aunque la bala que recibió en la cabeza no afectó a ninguna región crítica del cerebro, el trauma fue muy importante. Perdió mucha sangre. De hecho, es un milagro que haya salido del coma después de casi seis meses.

El médico cogió del expediente algunas imágenes que mostraban las lesiones de Yolanda y se las puso delante a Iván.

—¿A dónde quiere llegar, doctor?

La angustia de Iván aumentaba por momentos.

—El coma no es como estar dormido. Cuando es prolongado, a menudo se convierte en irreversible. En caso de que el paciente se recobre, suele llevar aparejados otros problemas. Su amiga Yolanda presenta un caso severo de amnesia. No hay que perder la esperanza: en ocasiones, la persona va recobrando con el tiempo sus recuerdos. Pero también hay que ser realistas, ya que no se puede asegurar que eso vaya a suceder.

—¿No se puede hacer nada?

—El cerebro es un gran misterio. Por desgracia, más de la mitad de los pacientes que trata la psiquiatría desbordan nuestros conocimientos. En casos

como el de Yolanda, sólo el tiempo tiene la última palabra.

Tras la revelación del médico, con Iván aún asimilando la noticia, ambos salieron del despacho, volvieron al ascensor y subieron otra planta. La habitación de Yolanda se hallaba en el ala del edificio donde, de no haber estado ese día el cielo completamente cubierto por las nubes, habría dado el sol.

—Por favor —dijo el médico abriendo la puerta—, le ruego que no se quede con ella más que unos minutos. Ya habrá otros momentos para verla, más adelante. Ahora debe reposar.

Iván no entró. Se quedó quieto en el umbral. Yolanda estaba tumbada en la cama con aire ausente. Al fin se fijó en él y cruzaron sus miradas. Iván vio en sus ojos que no era capaz de reconocerle. Antes de entrar, notó cómo su mente bullía: Yolanda era la única persona que podía corroborar su historia. La única persona en el mundo, aparte de él mismo, que sabía la verdad.

—¡Ahí! ¡A la derecha!

El grito de Iván sonó muy fuerte, como si le fuera la vida en ello. Aunque no era más que la indicación del desvío de una gasolinera. Alfredo, que iba conduciendo, reaccionó a tiempo y lo tomó a más velocidad de la debida, dadas las circunstancias. El cielo estaba tan negro que la noche parecía haberse adelantado. El termómetro exterior marcaba dos grados y la nieve caía sobre el parabrisas como los flecos de un manto deshilachado.

Iván era el mejor amigo de Alfredo. Lo había sido desde siempre, desde que eran unos críos que vivían en un pequeño pueblo a las afueras de Madrid. En el asiento trasero iba Beatriz. A ella la conocían desde hacía menos tiempo, desde que coincidió con Alfredo en un curso de literatura creativa, pero los tres formaban un grupo que parecía unido con pegamento.

—No veo hacia dónde está la gasolinera —dijo Alfredo, con la cabeza muy cerca del cristal, como si con eso pudiera traspasar la nevada.

Iván sacudió la cabeza, negando.

—Yo tampoco, aunque... no debe de estar muy lejos.

Un par de kilómetros más adelante llegaron a una bifurcación con un stop. Los letreros al otro lado, si es que los había, no llegaban a distinguirse.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó Alfredo.

Beatriz parecía ajena a todo aquello. Estaba repanchingada en el sillón trasero, con las rodillas sobre el respaldo de Iván y tratando de consultar los mensajes de Twitter en su móvil.

—A la derecha —dijo Iván como si supiera el camino. Era algo típico en él.

No venía ningún otro coche; al menos, no había luces que se aproximaran por detrás. Alfredo continuó detenido en el stop.

—¿No es mejor a la izquierda? Nos acercaríamos más a la autovía.

—No sé para qué preguntas, pero creo que la idea no es acercarnos más al a autovía, sino encontrar la gasolinera —contestó Iván de malas pulgas.

Atrás, Beatriz bloqueó su teléfono y al fin intervino en la discusión:

—¡Paz! No aumentéis la entropía del Universo con vuestras gilipolleces.

Alfredo e Iván se miraron y no pudieron evitar sonreírse mutuamente. Beatriz trabajaba como redactora en una revista de divulgación científica un tanto alternativa, y solía emplear ese tipo de frases “graciosas”.

—Sí, no vayamos a cometer un error de proporciones gaussianas —dijo Iván, imitando a su amiga.

Alfredo arrancó y tomó el camino de la derecha, el que había sugerido Iván.

—Venga, vamos por aquí. Qué más da. No creo que podamos perdernos

mucho.

Ya estaban enfilando ese sentido de la carretera cuando Beatriz emitió desde la parte trasera un sonido de disgusto.

—Sí, eso espero, que no nos perdamos. No he podido mirar el Twitter. El 3G no funciona y casi no hay cobertura normal.

—¿Tanta urgencia tienes con el Twitter? —dijo Alfredo.

—No, so memo, lo digo por el GPS. Si nos hace falta ponerlo, el mío no creo que funcione.

—No te preocupes por eso —dijo Iván—, mi teléfono lleva una antena GPS de verdad. Funciona directamente con los satélites, no le hace falta cobertura.

El cabo José María Ortiz y la guardia Yolanda Serna, de la Guardia Civil, estaban parados dentro de su todoterreno a un lado de la carretera, fuera de la vista de los otros coches que circularan por ella. Aunque, con la niebla y las luces apagadas, hubieran estado fuera de la vista también en medio de la vía. Las dos últimas horas habían estado reconociendo las carreteras de la zona para comprobar si la nevada amenazaba con cortarlas. De momento no era así, pero si la situación empeoraba —como parecía más que probable—, los pueblos de la región quedarían incomunicados en varios kilómetros a la redonda. Como todos los años.

Eso era algo que el cabo Ortiz sabía bien. Siempre había vivido allí, primero el Otsobeltz y luego en un pueblo llamado Treviño, que daba nombre a todo el condado: una isla de la provincia de Burgos dentro de la provincia de Álava, un trozo de la vieja Castilla dentro de Euskadi. La guardia Serna había llegado a su destino en el puesto de Treviño hacía dos meses escasos, y aún no conocía la zona ni casi nada de sus gentes. Aunque las primeras impresiones habían sido buenas. El cabo Ortiz, sin ir más lejos, a pesar de un humor algo irascible, se preocupaba mucho por instruirla. Era un poco como su padre, tanto por la diferencia de edad como por la actitud que adoptaba a veces.

Yolanda se acarició el pelo, intensamente rubio, hasta el pequeño moño en el que lo llevaba recogido. Sus ojos, azules como el cielo de verano, estaban fijos en el casi negro horizonte invernal. Faltaban sólo dos días para la Nochebuena.

—Por fin alguien —dijo cuando vio las luces del coche en que iban Alfredo, Iván y Beatriz—. Parece que se dirigen hacia Otsobeltz.

A su lado, tras el volante, el cabo Ortiz asintió y sonrió levemente.

—Vas aprendiendo, niña —musitó. Su mirada estaba clavada en la trayectoria del coche—. Sí, van hacia Otsobeltz. Bien.

—¿Bien por qué?

—Por nada. Si la nieve corta la carretera, allí podrán pasar la noche.

—¿Hay una pensión o algo? No lo sabía.

—Una casa... de una señora que alquila habitaciones.

La nevada parecía conceder una pequeña tregua. No así la niebla, que seguía igual de impenetrable, o peor. Alfredo no había dejado de conducir todo el tiempo casi pegado al volante.

—Pareces una vieja —se burló Iván.

—Vale, listillo, pero como no encontremos la gasolinera pronto, nos vamos a reír todos un montón. Hace mucho que se encendió el testigo de la gasolina, y el aforador va mal.

—¿El aforaqué? —dijo Beatriz, como si Alfredo hubiera pronunciado la palabra más rara del mundo.

—El aforador sirve para medir la cantidad de gasolina que hay en el depósito. Está medio jodido y no mide bien la reserva. No me gustaría nada que nos quedáramos tirados en esta carretera de mala muerte.

—Anda, anda, no te preocupes tanto —volvió a burlarse Iván—: seguro que la encontraremos. ¿Acaso te has quedado alguna vez sin gasolina?

—No, nunca, pero...

—La suerte favorece a los audaces. Písale un poco, hombre, que las ruedas no se van a desintegrar por la velocidad.

Un gruñido casi inaudible, por encima del ruido del motor, fue la única respuesta de Alfredo. No pisó más el acelerador. De hecho, trababa de ser muy dulce con él, porque empezaba a temer que pudieran encontrarse algunas placas de hielo.

—Que sepáis que no llevamos cadenas —dijo al rato.

Siguió conduciendo en silencio durante unos minutos más y, al fin, sin avisar, se detuvo a un lado en una parte más ancha de la vía, fuera del arcén.

—¿Nos hemos quedado sin gasolina?! —preguntó Beatriz con angustia.

—No —dijo Alfredo—. No sé hacia dónde estamos yendo y me parece absurdo seguir así. Iván, por favor, conecta el GPS y busca en el mapa la gasolinera, o alguna otra que esté cerca.

El aludido sacó su móvil del bolsillo y activó la aplicación de mapas. Esperó a que la antena les diera la posición. En vano, porque el pequeño icono indicador de la presencia de satélites no dejó de parpadear.

—¿Qué pasa? —dijo Alfredo, inquieto por la espera.

—No lo sé. Esto no va. Debe de ser por la niebla.

Beatriz sacó la cabeza entre los asientos delanteros.

—¿Y qué tiene que ver la niebla con que funcione el GPS? ¿No decías que el tuyo sí funcionaba sin cobertura?

Iván le dedicó una mirada molesta.

—En teoría, sí. Pero el caso es que no coge los satélites. Y no sé por qué.

—¿Tu móvil tiene GPS? —preguntó de nuevo Beatriz, esta vez a Alfredo.

—No, el mío es antiguo.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—Seguir. Tarde o temprano llegaremos a algún sitio.

Alfredo se incorporó de nuevo a la carretera, cada vez más molesto y frustrado. La oscuridad les rodeaba, con un halo blanco en torno a los faros que aumentaba la sensación general de negrura. El pavimento era irregular y el trazado parecía diseñado por una oruga que se moviera sin rumbo fijo. Sólo veían eso: el mundo había dejado de existir más allá de las luces del coche y del reguero de asfalto por el que iban avanzando hacia ningún sitio.

Continuaron en silencio, bajo la incesante nieve, durante algunos kilómetros que se hicieron eternos. El ruido del ventilador de la calefacción se unía al murmullo del motor y de las ruedas, en un sonido monótono que sólo cambiaba con el vaivén de los limpiaparabrisas. Iván estaba a punto de pedir a Alfredo que volviera a pararse, para probar de nuevo con su GPS, cuando un punto luminoso surgió al fondo de la carretera, justo al pasar una curva cerrada.

—¡Ahí! —gritó y la señaló con el dedo.

—Joder, menos mal... —dijo Iván.

No era la gasolinera. Alfredo fue hacia la luz a paso de tortuga hasta que se desdobló en dos. Una, más lejana, parecía una farola. La que estaba más cerca era el letrero de un bar. No vieron el cartel con el nombre del pueblo, pero estaban entrando en uno: casas desperdigadas, confundiéndose con la negrura, en medio de un terreno pedregoso y yermo. Un pueblo como otro cualquiera de esa zona dura y casi estéril.

—Voy a parar en el bar —dijo Alfredo—. Podemos preguntar por la gasolinera y aprovechar para tomar algo. Me va haciendo falta un café.

Los otros dos no contestaron. Se limitaron a asentir en silencio. Alfredo fue reduciendo la marcha, lenta ya de por sí, y desviándose hacia la izquierda de la calle. Se fijó en el cartel luminoso. Desde tan cerca sí podía leerse el nombre: *La Boca*. Justo cuando iba a detenerse al lado, el haz de los faros del coche rebotó en un gran bulto negro. Alfredo frenó en seco. Sus amigos se dieron un sobresalto. Iván estuvo a punto de comerse el parabrisas. Beatriz se echó encima del asiento delantero porque se había quietado ya el cinturón de seguridad.

—¡Joder! —exclamó Alfredo.

Cuando Iván pudo recuperar la posición y miró a través del parabrisas, vio algo imposible: un animal negro como la noche y con los pelos de punta. Sus ojos reflejaban la luz del coche como minúsculos carbones encendidos.

—¿Es un perro, no? —dijo Iván.

Beatriz también lo vio.

—¡Alfredo, no te pares, sigue, por favor!

—¿Y qué quieres, que lo atropelle?

Desde el asiento trasero, la joven se colocó entre ambos asientos de un salto, sacó medio cuerpo hacia delante y oprimió el claxon del coche. Alfredo dio un respingo. No se esperaba que hiciera eso.

—¡Estate quieta!

En ese preciso instante, un nuevo testigo luminoso se encendió en el cuadro de mandos, por encima del indicador de la reserva de gasolina.

—¡No me jodas! —exclamó Alfredo.

Iván le miró con extrañeza.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es el testigo del motor. Un fallo.

—Pero... no se nota nada. No se ha parado, ni hace nada raro.

—Da igual: tiene un fallo. Lo detecta la centralita. Espero que no sea muy grave. Por lo menos la luz es amarilla, no roja.

Con el perro inmóvil delante de ellos, Alfredo paró el motor y volvió a encenderlo, a modo de comprobación. La luz seguía ahí.

—Bueno —dijo resignado—, voy a ver si despisto al puto perro y podemos ir al bar. Luego ya veremos qué hacemos.

—Yo no me bajo con un perro ahí fuera —dijo Beatriz—. ¿Y si está rabioso...?

Alfredo cogió de la guantera el manual del coche. Luego dio marcha atrás unos metros, giró el volante para rodear el perro sin quitarle ojo, y avanzó muy despacio hasta la farola que habían vislumbrado desde lejos. Estaba en una especie de bifurcación. La calle de la izquierda seguía a la misma altura, mientras que la de la derecha ascendía en cuesta, ambas hacia la negrura. Como esperaba, Alfredo comprobó que el perro les había seguido. Frenó junto a la farola y giró el volante a tope para dar la vuelta. Entonces pisó el acelerador y deshizo a toda velocidad el camino hasta el bar. En el trayecto, el coche dio un par de tirones nada halagüeños.

—¡Ahora! ¡Abajo! —dijo con su puerta ya abierta.

Iván abrió su puerta para salir. Al hacerlo, una enorme cabeza y una boca llena de dientes emergieron entre la niebla.

—¡Coño! —gritó, y cerró de inmediato.

—No puede ser el mismo perro —dijo Alfredo—. No ha tenido tiempo de volver.

A Beatriz, un escalofrío le recorrió toda la espalda.

—¿Y ahora qué hacemos...?

—Bajarnos todos por el otro lado y correr hacia el bar. No se me ocurre otra

cosa, y no creo que vaya a pasar nada. No es más que un chucho.

—¡De chucho nada! —dijo Iván—. ¿Tú has visto qué boca?

Alfredo sintió cierto regocijo al ver a sus amigos tan asustado por un simple perro. Se hubiera reído a carcajadas si no fuera porque estaba preocupado por la avería del coche.

—Venga, valientes. Tú vas la primera, Beatriz. Nosotros te seguimos justo por detrás.

Por alguna razón incomprensible, la joven no protestó. Salió del coche y se lanzó hacia la puerta del bar con tanto ímpetu que, de haber tropezado con algo, se habría dado de bruces contra ella. Iván recurrió a su vergüenza torera, pero también corrió. El último en entrar fue Alfredo, que echó una última mirada atrás por si acaso. No tenía miedo a los perros, pero sí respeto. Sobre todo a los grandes, como aquellos.

En el interior del bar se hizo el más completo silencio. No es que eso fuera gran cosa, porque estaba de por sí bastante poco animado y sólo había cuatro o cinco personas dentro, contando con el camarero. Parecía congelado en los años ochenta: paredes de gres marrón claro, suelo de baldosas grises, barra ancha de aluminio pulido, cuatro mesas también de aluminio, sin la menor concesión al adorno. Ni siquiera había televisor.

Beatriz se acercó directamente al camarero, un hombre fornido de unos cincuenta años, o poco menos.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él muy serio.

—Creo que nos hemos perdido. Íbamos en dirección a Vitoria y nos hemos desviado para echar gasolina.

A ella misma le sonó una explicación un tanto absurda e innecesaria.

—¿Sabe dónde hay una gasolinera cerca? —dijo Iván, ya a su lado.

El hombre se rascó el mentón, con barba incipiente.

—La gasolinera más cercana está a unos kilómetros. Pero... —consultó la hora—. Son casi las nueve y cierra pronto, a las ocho o a las ocho y media como mucho. Seguro que ya está cerrada.

El silencio volvió a adueñarse del lugar por unos segundos.

—¿Y un taller? —preguntó Alfredo.

—Eso sí lo hay —dijo el camarero—, pero también estará cerrado. Suele abrir por las tardes un rato, pero no hasta estas horas.

—¿Y no podríamos avisar al mecánico? ¡Es una urgencia!

Alfredo levantó la mano con el manual de su coche, como si mostrarlo pudiera servirle de algo.

—De todos modos —dijo Iván—, estamos sin gasolina—. Se dirigió de nuevo al camarero para añadir—: ¿Podemos pasar la noche en algún sitio por aquí?

El hombre, que había apoyado las manos en el mostrador, las separó y dio un paso atrás. Dirigió una mirada fugaz hacia otro hombre que estaba sentado solo a una mesa. Éste no expresó nada ni con sus ojos ni con su rostro, que parecía de piedra. Pero algún efecto tuvo en el camarero, que volvió a mirar a los chicos, carraspeó y dijo:

—Hay una casa a las afueras. Es de una señora que a veces alquila habitaciones a los excursionistas. Se llama Amane.

Beatriz dijo “gracias” mirando hacia el hombre de la mesa. Éste asintió casi imperceptiblemente. Pero, en contra de lo esperado, también habló.

—Que Mikel les acompañe —dijo al camarero, sin apartar sus ojos de los de Beatriz—. Pero ya no hay prisa, ¿no? Si os vais a quedar a pasar la noche, podéis sentaros un rato y tomar algo conmigo. No llegan muchos forasteros. ¿Me dejáis que os invite?

Ahora había un atisbo de sonrisa en sus labios. Movi6 una de las manos para reafirmar sus palabras e indicarles que se sentaran con 6l.

Iv6n mir6 al Alfredo. Beatriz los mir6 a ambos.

—¿Por qu6 no? —dijo esta 6ltima.

No pudo evitar pensar en lo habitual que era que los hombres se fijaran en ella. Seguramente no era el caso, pero hab6a que reconocer que su pelo liso y casi negro, su cuerpo esbelto y con las formas justas, pod6an quitar la respiraci6n a cualquiera.

—¿Qu6 quer6is tomar? —dijo el hombre, al tiempo que se levantaba cort6smente para saludar a Beatriz.

Deb6a de tener alg6n problema o defecto en una de sus piernas, porque le cost6 ponerse en pie y, al hacerlo, vieron un bast6n colgado por la empuñadura en el respaldo de la silla.

—Yo una Coca-Cola normal.

Los chicos se presentaron. Iv6n se sent6 a un lado de Beatriz y Alfredo al otro. Ella se puso frente al hombre. Hab6a algo magn6tico en sus ojos. Beatriz parec6a hipnotizada.

—¿Y vosotros, qu6 tom6is? —dijo el hombre a los chicos.

El camarero sali6 de detr6s de la barra y se acerc6 a la mesa. Iv6n le pidi6 otra Coca-Cola y Alfredo un caf6 doble solo.

—Yo tomar6 una t6nica con un chorrito de ginebra, como siempre —dijo el hombre. Luego se present6—: Me llamo Francisco Ortiz. Paco, para los amigos. ¿Puedo preguntaros qu6 os has tra6do hasta aqu6? Como os dec6a, no es habitual tener visitantes, salvo en verano, y nunca son muchos. Algunos excursionistas, para acampar, hacer senderismo, esas cosas...

—Vamos a San Sebasti6n, a pasar las Navidades con unos amigos —dijo Iv6n—. Est6bamos, creo, cerca de Vitoria, pero necesit6bamos echar gasolina y parece que tomamos un desv6o equivocado. No hemos visto ninguna gasolinera, ni abierta ni cerrada.

—Y con este tiempo, os desorientasteis. Es normal. Os hab6is desviado varios kil6metros de la autov6a. Pero ha sido una suerte que hay6is llegado aqu6. Bien.

Paco Ortiz dijo “bien” en un tono muy parecido al que hab6a empleado el cabo Jos6 Mar6a Ortiz cuando vio, desde el todoterreno de la Guardia Civil, pasar el coche de los chicos en direcci6n a Otsobeltz.

—¿Dónde está la casa de esa señora que han mencionado? —preguntó Beatriz sin recordar el nombre.

—¿De Amane? Está al final del pueblo, en lo alto de una colina. Se llega por un camino de tierra. Es una mujer muy amable. Os gustará. Y vosotros a ella, estoy seguro. Le encantará recibirlos.

—Por cierto, ¿cómo se llama este pueblo?

—Otsobeltz. Es un nombre muy antiguo, vasco. En euskera viene a significar “Lobo Negro”.

—Qué curioso. ¿Por eso este bar se llama “La Boca”?

—No lo sé —dijo Paco Ortiz—. Pregúntaselo a Antón, es el dueño.

El aludido contestó desde la barra, donde estaba terminando de preparar las consumiciones que le habían pedido.

—Yo tampoco lo sé. El bar ya se llamaba así cuando lo compré. Supongo que será por eso.

—Nunca hay que suponer —dijo Paco Ortiz con voz gélida. Luego sonrió—. Aunque es cierto, seguramente sea por eso.

El camarero llegó con una bandeja y les puso las bebidas en la mesa. Paco Ortiz tenía su mirada clavada en él y mantenía su extraña sonrisa.

—¿Dónde está tu chico? —le preguntó.

—Arriba, en su habitación. Debe de estar leyendo.

—Dile que baje.

La voz de Paco Ortiz era suave, pero fría y seca. De esas voces que transmiten autoridad.

De no haber sido por la intensa niebla, los chicos hubieran dicho que no le molestaran, que sabrían llegar a la casa por sí mismos. Pero en tales circunstancias, era mejor y más seguro dejarse guiar por el hijo del dueño del bar.

Mikel bajó del piso superior detrás de su padre, que acababa de ir a buscarle. Tendría diecisiete o dieciocho años, larguirucho, con la piel de la cara llena de granos y el pelo corto y un poco rizado. Se acercó a los recién llegados con vergüenza, o quizá temor. Era difícil saberlo. Beatriz le dedicó una encantadora sonrisa con cierta mala intención. Se había fijado en cómo la miraba y sabía que, a esa edad, los chicos son como globos hinchados de hormonas.

Se quedó a un par de metros de ellos. Hizo el amago de devolver la sonrisa a Beatriz, pero apenas pudo. Centró su atención en Paco Ortiz. Se mantuvo quieto y en silencio, expectante.

—Estos nuevos amigos necesitan un sitio donde pasar la noche. Quiero que les lles donde Amane. ¿De acuerdo?

—Yo... Sí, claro. Lo que usted mande.

—No es ninguna orden, chico. Sólo te lo pido como... favor.

El sitio era un tanto extraño. Las personas, más bien. A los tres amigos les extrañó que, faltando dos días para la Navidad, allí no hubiera ni un solo adorno navideño. Si les hubieran dicho que habían saltado en el tiempo, casi se lo habrían creído.

—Sí, claro, lo que usted... —Mikel estuvo a punto de repetir “mande”, pero lo evitó a tiempo—. Sí, yo les llevo.

—Espera un momento a que terminen de tomar sus bebidas y os vais para allá. No hay prisa. Ah, por cierto, el otro día te vi con la hija mayor de Tino. ¿Estás saliendo con ella o qué?

Las risas de Paco Ortiz acallaron la respuesta del muchacho, que dijo “no” en un hilo de voz.

—No tiene que darte ningún apuro. Aquí estamos entre amigos, y en los pueblos todo se sabe antes o después. Tú preocúpate de hacer las cosas bien. Ya me entiendes: no vayas a dejarla preñada, ¿eh?

El chico se sonrojó, pero se mantuvo en el sitio unos segundos, para luego ir hasta la barra y sentarse en un taburete. A Beatriz, los comentarios de Paco Ortiz le resultaron desagradables y fuera de lugar. Cosas de pueblo, supuso, y prefirió no darle importancia. Sin embargo, no fue capaz de contener la lengua.

—¿Por qué se mete usted con el chico?

Paco Ortiz chasqueó la lengua e intensificó su sonrisa.

—No es más que una broma, ¿verdad, Mikel? ¿Te has enfadado?

En su taburete de la barra, el muchacho agachó la cabeza y no respondió. Paco Ortiz volvió a reírse, ahora con más fuerza. Miró al resto de clientes, que también se reían, aunque no tan fuerte como él. Finalmente tosió y dio un largo trago a su suave *gintonic*.

—Este pueblo es pequeño, pero acogedor. Al menos, eso nos parece a los que vivimos aquí. Yo diría que estamos hechos de una pasta especial. Pero eso lo podría decir cualquiera, ¿no es verdad? —Dio otro trago a su copa—. Bueno, jóvenes, imagino que querréis instalaros y descansar un poco. Por cierto, Amane es una excelente cocinera y seguro que os dará de cenar una estupenda comida casera. ¡Igual hasta queréis quedaros aquí con nosotros!

Parecía que la charla había terminado. Los chicos apuraron sus vasos y se levantaron.

—Gracias por la invitación —dijo Iván—. Y por la información —añadió hacia el dueño del bar.

Beatriz y Alfredo también dieron las gracias a Paco Ortiz y a Antón. Se sintieron aliviados de irse. El ambiente del bar no les agradaba demasiado, y era cierto que estaban cansados y hambrientos. Siguieron a Mikel hacia la puerta,

desde donde se despidieron una vez más antes de salir.

En cuanto traspasaron el umbral, Paco Ortiz se levantó de su silla. Cogió su bastón del respaldo y cruzó, cojeando, el espacio que lo separaba de la barra. Se sentó en el mismo taburete donde había estado Mikel hacía un momento e hizo un gesto al dueño para que se acercara a él. Le habló en voz baja y pausada, de un modo que dejaba claro que no esperaba respuesta, y con aún mayor suavidad de lo que era habitual en él. Su boca sonreía; en sus ojos había fuego.

—Ha sido una suerte que esos chicos llegaran aquí, ¿no te parece?

Fuera del bar, Beatriz se paró tan de repente que Iván chocó contra su espalda y a punto estuvo de hacerla caer. Alfredo se echó a un lado y pudo ver el motivo de la reacción de su amiga: los perros. Allí estaban, a un par de metros, tiesos como si fueran estatuas y mirándoles con unos ojos que brillaban a la luz del letrero del bar. De pronto, ambos mostraron los dientes a la vez, como si sonrieran.

—¡Aaah! —Beatriz ahogó un grito.

—No pasa nada —dijo Mikel, adelantándose—. Son perros del campo, asilvestrados, que viven por ahí como pueden, pero no hacen nada. Vienen a ver si les dan algo de comer. Mi padre suele ponerles las sobras del bar. No tengáis miedo.

Avanzó hacia los perros y les hizo echarse atrás con un movimiento de la mano y una especie de gruñido. Los animales bajaron la cabeza, retrocedieron sin dejar de mirales y, finalmente, se dieron la vuelta y se alejaron hasta fundirse con la niebla.

—¿Y hay muchos? —preguntó Beatriz atemorizada.

—No, cuatro o cinco. Algunos eran de pastores. Cada vez hay menos rebaños. No hacen nada, de verdad. ¿Ese es vuestro coche?

—Sí —dijo Alfredo.

—Mi padre me ha dicho que estáis sin gasolina y que el motor tiene un problema, ¿no?

Iván se adelantó a Alfredo en contestar.

—La avería no parece importante. Pero sí, estamos casi sin gasolina.

—¿Seguro que no podéis seguir hasta la autovía y buscar una gasolinera? Vitoria no está muy lejos.

—Esa es justo la cuestión: que tendríamos que salir primero a la autovía, y no tenemos ni idea de dónde estamos. Por lo que sea, los GPS de nuestros móviles no nos funcionan.

—Suele ocurrir en esta zona. No hay muy buena cobertura... cuando la hay. Yo creo que, de todos modos, sería mejor que siguierais vuestro camino.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Iván.

—Por... nada. Era para que no perdierais tiempo, nada más. Os llevaré a casa de la señora Amane.

Mikel se sentó en la parte de delantera del coche, junto a Alfredo. Beatriz e Iván montaron atrás. El motor arrancó sin problemas, aunque a medida que avanzaban dio algunos leves tirones más. Era como si el combustible no llegara bien a los cilindros. Alfredo pensó que podía ser por falta de gasolina, pero se

dio cuenta enseguida de que, en ese caso, no se habría encendido el testigo luminoso de avería.

Cuando alcanzaron la farola de la bifurcación, Mikel les dijo que tomaran la calle de la izquierda, la que seguía al mismo nivel. Las casas parecían muy antiguas, quizá construidas hacía más de cien años. Todas mostraban irregularidades, como si fueran de chocolate y estuvieran derritiéndose. Las fachadas y las ventanas no seguían un patrón ni concordaban unas con otras. Por el trazado de las calles, era obvio que aquel pueblo había surgido hacía muchos siglos, seguramente en torno a plaza central, cuando nadie se preocupaba aún por establecer normas urbanísticas.

Un poco más adelante, llegaron a un ensanche —la plaza—. A la izquierda había un edificio con soportales que parecía el Ayuntamiento. Frente a él, a la derecha, estaba la iglesia del pueblo, cuyo campanario se perdía en la niebla. Ni Alfredo ni Iván se fijaron, pero Beatriz, que iba sentada a ese lado, sí se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta.

—¿No es un poco raro que el cura no cierre la puerta de la iglesia a estas horas, con el tiempo que hace? —dijo.

Mikel se giró para mirarla.

—En este pueblo no hay cura. La iglesia está abandonada. Se llevaron las imágenes hace años. Eso me dijo mi padre, yo era muy pequeño, creo.

—No es que yo sea religiosa, ni nada —añadió Beatriz—, pero ¿es que aquí la gente no va a misa?

También notó que, como en el bar, no había adornos navideños por ningún lado. Pero no hizo ningún comentario sobre eso.

—Un cura recorre varios pueblos los domingos —dijo Mikel—. Aquí somos sólo sesenta habitantes, y este es el pueblo más grande de la zona. Bueno, Treviño es mayor, es el más importante de todos, pero está más lejos.

—¿Y qué hacéis aquí para divertirlos? —dijo Iván con verdadera curiosidad.

Mikel suspiró.

—Pues no hay mucho que hacer. A mí me gusta ver películas, leer, pasear, montar en bici...

—Y también haces otras cosas, ¿no? —dijo Beatriz. Su tono era burlón.

—Sí, cuando se puede —contestó el muchacho azorado, tratando de no parecerlo delante de ella.

—No hagas caso de ese Paco. Lo que pasa es que seguro que tiene envidia de que tú eres joven, y seguro que esa chica con la que sales es preciosa.

—Arantxa es muy guapa, sí, es verdad.

Beatriz iba a añadir otro de sus comentarios, casi maternos, cuando Mikel señaló a su izquierda, hacia un portón metálico bastante deteriorado.

—Ahí está el taller —dijo—. Mañana es sábado, pero Avelino, el dueño, abre hasta la hora de comer o así. Ya estamos cerca de la casa de la señora Amane. Es la siguiente salida a la izquierda.

Alfredo trató de distinguir esa salida, pero no vio nada hasta casi estar encima. Era tan estrecha que, incluso sin niebla, podría haberla pasado por alto.

—¡Aquí, aquí! —exclamó Mikel.

Con el frenazo, las ruedas del coche se deslizaron en el helado pavimento y se activó el ABS, con su típico “clac, clac, clac”.

—Estará todo embarrado, ¿no? —preguntó Alfredo.

—No lo creo —dijo Mikel—. Sólo un poco, pero como hace mucho frío estará bastante duro. La cuesta no es muy empinada.

—Vale.

Al principio había un bache, que Alfredo tomó con sumo cuidado. Luego enfiló la subida, que no era tan ligera como el muchacho había dicho. Pero el coche no derrapó. En lo alto, las luces de la casa eran como luciérnagas en la noche más oscura que se pueda imaginar. Poco a poco, entre la niebla, fueron iluminando algo de la fachada, que luego recibió el haz de los faros del coche. La casa parecía tener dos pisos y una buhardilla de tejado puntiagudo. No se parecía en nada al resto de edificaciones del pueblo, chatas como el terreno en el que se levantaban.

—Se parece a la casona de mi tía Paquita, la de Cantabria —dijo Iván.

Sin saber por qué, Beatriz sintió un escalofrío.

—Puedes parar ahí —indicó Mikel a Alfredo, señalando una parte llana a un lado de la puerta de entrada—. Ten cuidado, que está junto a un terraplén.

Los faros del coche apuntaban hacia arriba. Alfredo no vio el terraplén hasta llegar a la pequeña explanada. Aunque, más que verlo en realidad, lo que vio fue una línea recortada en la negrura más absoluta. Lo mismo podía ser un terraplén que la mayor sima del mundo.

Nada más detenerse, la puerta de la casa se abrió. Al hacerlo, un tirabuzón de niebla se retorció con la bocanada de aire caliente del interior, iluminada por la amarillenta lámpara del vestíbulo. Por detrás, surgió una figura fantasmal: la señora Amane, de largo y vaporoso pelo blanco, ataviada con un vestido largo que le llegaba hasta los pies. Se quedó en el umbral, observando a los recién llegados sin ningún temor al frío gélido de la noche.

—¿Queréis que os ayude con el equipaje? —dijo Mikel.

Beatriz fue la primera en bajarse del coche. Eso sí, después de haber comprobado que no había ningún perro cerca. Al menos, tan cerca como para que se viera. Los copos de nieve caían sobre su cabeza. La nevada estaba contraatacando.

—Vaya mierda de tiempo —masculló.

—Bienvenidos. Os estaba esperando.

La voz de Amane era dulce y melodiosa. No se correspondía con la de una anciana, como parecía a distancia. Cuando Beatriz se acercó lo suficiente, se dio cuenta de que no debía de tener ni siquiera sesenta años. Era su pelo, como algodón, el que le daba ese aspecto de mujer mayor. Su cutis era finísimo. Apenas exhibía arrugas, ni siquiera en torno a la boca o los ojos. Tenía la cara alargada, casi caballuna, pero se podía asegurar que, en su juventud, tuvo que ser hermosa.

—Hola —saludó la chica y le tendió la mano.

Amane la cogió, pero también se acercó a ella y le dio dos besos en las mejillas.

—Paco Ortiz me ha llamado por teléfono. Me ha dicho que estáis de viaje y necesitáis un sitio donde pasar la noche.

—Sí, es cierto —Beatriz omitió repetir la cantinela de la gasolina y la avería del coche.

—Pues habéis venido al lugar adecuado, ha sido una suerte. Tengo tres habitaciones muy acogedoras para vosotros. Y calentitas. No hay ningún otro sitio donde pernoctar en el pueblo, ni en los más cercanos, y menos en invierno. Mi casa es la única que alquila habitaciones.

—Buenas noches —dijo Alfredo, que llegó con una maleta y una mochila. Junto a él estaba Iván, que también saludó, y un poco por detrás Mikel.

—Entrad, entrad, que está nevando otra vez. Podéis dejar el equipaje aquí mismo, en el recibidor, con los abrigos. Ya lo subiréis luego a las habitaciones.

Beatriz pasó delante, seguida de Alfredo e Iván. Por su parte, Mikel dejó la maleta que llevaba sin pasar adentro. Amane condujo a Beatriz y a Iván hacia el interior. Alfredo se quedó en la puerta junto al muchacho.

—Yo tengo que irme ya —dijo Mikel.

—¿Quieres que te lleve de vuelta al bar? Ahora que ya sé el camino, no creo que me pierda al regresar aquí.

—No, no hace falta. A ver si el tiempo mejora y os podéis ir pronto.

—Eso espero yo también. No te ofendas, pero no es mi ideal pasar toda la Navidad en este pueblo.

Antes de que Mikel se diera la vuelta para marcharse, Amane apareció en el umbral. Miró al muchacho sin abandonar su gesto amable y su sonrisa. Pero había algo más en ella. Quizá en sus ojos.

—Dile a tu padre que la reunión será más pronto de lo que pensábamos. Él lo entenderá. No vayas a olvidarte de decírselo, ¿eh?

—No, señora Amane. Se lo diré en cuanto llegue.

—Muy bien. Buen chico. Ahora puedes irte.

De regreso al bar de su padre, Mikel caminó a toda prisa bajo la nieve. Si seguía cayendo así, el pueblo no tardaría en quedar incomunicado. Sucedió todos los años, durante más o menos tiempo. Aquello era como una isla, pero rodeada de tierra. De una tierra extraña a todos los que no habitaban los pequeños pueblos de la zona. Y no sólo por ser un enclave castellano inmerso en el País Vasco, sino por el muro invisible que lo rodeaba. Imperceptible para quien sólo estuviera de paso, pero real.

Al pasar de nuevo ante la Iglesia, esta vez a pie, Mikel se detuvo unos instantes frente a ella. Su fachada, de estilo gótico, era más moderna que el conjunto del edificio, que era románico. Desde niño, las figuras labradas en la piedra, en el arco de entrada, de rostros impasibles, le habían resultado inquietantes. Aún se acordaba del último párroco de Otsobeltz, don José, un cura alto y completamente calvo, con un genio de mil demonios —hasta se empeñaba en colocar a los asistentes a la misa donde él consideraba oportuno—. Cuando murió, demasiado joven, ya no fue reemplazado por otro. Pocas vocaciones, escasa población. Eso dijeron. También dijeron que don José se había despeñado en una zona abrupta a un par de kilómetros del pueblo. Un desgraciado accidente, de esos que ocurren de vez en cuando.

Las calles, retorcidas, parecían aún más estrechas en la oscuridad. Los muros, en lo alto, también parecían inclinarse hacia el interior, como si quisieran cerrarse sobre sí mismos. Quizá para protegerse de la nevada. Quizá para formar una burbuja de tejas y pizarra, y separar el pueblo del resto del mundo.

A Mikel no le gustaba vivir allí. Pero su padre tenía que ganarse la vida. Cuando su madre murió —Mikel tenía siete años—, quiso romper con todo, reunir sus escasos ahorros y dejar la ciudad para instalarse en el campo. No eligió Otsobeltz por ningún motivo especial. Sólo se enteró de que había un bar en venta. Los anteriores dueños lo habían regentado durante un par de años escasos. No deseaban seguir allí y lo vendían barato. A pesar de su corta edad cuando llegó, Mikel recordaba aún lo difícil que fue integrarse en el pueblo. El bar estaba siempre vacío hasta que, un día, su padre estuvo hablando con Francisco Ortiz y, desde entonces, todo cambió. Eso fue antes de su accidente, el que lo dejó cojo.

La nieve caía cada vez con más intensidad. Aún ante la fachada de la Iglesia, Mikel se dio cuenta de que había dado dos o tres pasos hacia ella, movido por una atracción desconocida. Sacudió la cabeza, volviendo a la realidad desde su ensoñación. Se pasó la mano por el pelo. Lo tenía mojado y frío. Su nariz empezaba a moquear. Sorbió con fuerza y siguió su camino. Más adelante, dejó a

un lado la farola de la bifurcación y continuó hacia la luz del letrero del bar. Al fondo, vio surgir poco a poco la figura de uno de los perros que habían asustado a Beatriz. Estaba quieto bajo la nieve. A unos metros, había otro. Y otro más tras ellos. Todos inmóviles, emitiendo vaho por la boca, con los ojos fijos en Mikel.

El muchacho no les prestó atención, aunque no le gustaban. Tampoco le daban miedo. Pero mintió a los recién llegados en una cosa: no aparecían todos los inviernos. Sólo algunos años. La primera vez que los vio desde que llegó a Otsobeltz, fue hacía nueve. El mismo año en que descubrió que su padre, su héroe como niño que era, podía tener miedo de otro hombre.

Los perros se mantuvieron como estaban, observando sin hacer nada, inmutables como si no fueran reales. Como estatuas, o como vigilantes. Mikel iba a entrar por la puerta principal del bar, pero se detuvo y cambió de dirección al ver allí fuera a Francisco Ortiz con su bastón, fumando un cigarrillo. Él no parecía haberle visto. Uno de los perros se le acercó y empezó a lamerle la mano.

Mikel rodeó el edificio, entró por la puerta trasera y subió directamente a su habitación. Ya dentro, se sentó un momento en una esquina de la cama, con la mirada fija en el póster de WarCry, su grupo musical favorito. Pero no lo estaba viendo. Agachó la cabeza, aguzó el oído para comprobar que su padre no estaba cerca y sólo entonces se puso de rodillas. Se inclinó sobre el suelo y alargó una mano debajo de la cama. Tanteó hasta tocar lo que buscaba: una vieja caja de zapatillas. La sacó y levantó la tapa. Estaba llena de objetos pequeños, llaveros, algún mechero, un viejo reloj, una peonza, un yoyó sin hilo...

También había una cajita de metal con el esmalte desconchado. Mikel la abrió y se quedó un instante contemplando lo que contenía. Era una llave oscura y algo oxidada. La cogió y la apretó en su puño con fuerza. Recordó lo que le había dicho Amane sobre la reunión. Ya se lo diría a su padre al día siguiente. Ahora tenía algo más importante en que pensar.

Por dentro, la casa de Amane era exactamente como se podía esperar: suelos de madera, paredes forradas en papeles estampados, oscuros y pasados de moda hacía décadas. Los muebles, de calidad pero igual de antiguos, estaban repletos de pequeños objetos que descansaban sobre ellos en tapetes de encaje. Las paredes del pasillo que comunicaba la entrada con el interior tenían colgados cuadros y fotografías enmarcadas, que parecían aprovechar cualquier espacio libre.

La señora enseñó a los chicos el salón. Era una estancia amplia, con una gran mesa central oscura, rodeada por diez sillas, con dos grandes candelabros de plata sobre el inevitable tapete de encaje. En las paredes había también algunos cuadros y fotografías, que mostraban todos ellos a personas en poses muy

similares: retratos estáticos, casi de fotomatón. Al fondo, en la pared opuesta a la entrada había un gran mueble con vitrinas, repleto de platos, vasos, copas y juegos de café de porcelana. A su lado estaba una ventana de tres cristales, y en la esquina, una mesa baja con dos sillas tapizadas. Lo más llamativo era el reloj de péndulo —parado— y un piano Blüthner de pared, de preciosa madera vetada.

—¿Usted toca? —preguntó Beatriz a Amane.

—Hace mucho que no, hija. Además, ese piano es demasiado antiguo y hace años que no se afina. Está ahí sólo como adorno. ¿Sabéis?, a los pianos les pasa lo contrario que a los violines: el tiempo los estropea, no los mejora.

Beatriz, siempre curiosa, siguió contemplando el interior del salón. En el mueble de las vitrinas, reconoció el recipiente típico para hacer *queimada*, la famosa bebida gallega a base de orujo.

—En casa de mis padres hay uno casi igual —dijo, señalando la pieza de cerámica.

—Me encanta la *queimada* —dijo Amane—. Antes de marcharos os tengo que hacer una. Aunque ahora mismo no tengo orujo en casa. Pero ya pensaré algo. Lo más importante de la *queimada* es el fuego ritual, ¿lo sabías?

—Mi padre tiene una especie de letanía en un papel que lee cuando la hace. Echa el orujo ardiendo desde lo alto, con el cucharón, mientras recita no se qué para ahuyentar a las *meigas* —Beatriz casi se rió al decirlo. Luego, a modo de explicación, añadió—: Yo nací en Madrid, pero mis abuelos son gallegos. Los cuatro. Antes íbamos muy a menudo a Galicia.

—Qué interesante... —dijo Amane, aunque cambió de conversación—. Venid conmigo, os enseñaré vuestras habitaciones. Están en el piso de arriba. Si queréis, coged vuestras maletas del recibidor y así podéis ya instalaros y ponerlos cómodos.

Amane miró a los chicos de uno en uno. Iván asintió.

—Vamos.

—Os gustarán. Son muy cómodas y calientes. Eso sí, esta casa no tiene calefacción: tendréis que encender las chimeneas. Si no sabéis, decídmelo y os ayudo a hacerlo.

—¿De cuándo es esta casa? —preguntó Alfredo cuando ya salían del salón.

—Oh, tiene muchos, muchos años. Está construida sobre otra que era aún mucho más antigua. Aquí han vivido personas desde hace más de dos mil años, y no exagero. Pero esta casa en concreto es del siglo XIX. Restaurada, por supuesto, en la medida de lo que mi modesta economía me permite.

—Pues está muy bien —dijo Beatriz.

No es que le gustara la decoración, pero las casas antiguas siempre la habían

atraído. Estar dentro de una le daba la sensación de transportarse a otra época. De hecho, eso le hizo preguntar otra cosa a Amane.

—No he visto que tenga usted televisor.

—No, hija. Pero tutéame. No soy tan mayor... La televisión no me interesa, a decir verdad. Sólo ponen necedades. Prefiero un buen libro. Luego, si os apetece, después de cenar podéis ir a la biblioteca. Tiene mueble-bar. Podéis tomar un licor antes de acostaros, y también coger algún libro si os gusta leer antes de dormir. Yo no podría dormir sin leer un rato.

Amane guió a los chicos por el pasillo hacia las escaleras. Por el lado izquierdo conducían al piso superior, mientras que por el derecho descendían. Beatriz supuso que al sótano. Iba la última, y se quedó un momento mirando hacia abajo. La luz del pasillo apenas dejaba ver los últimos escalones, que daban a un rellano.

Estaba inclinada sobre la barandilla, de madera labrada, cuando de pronto algo le hizo dar un respingo.

—¿Habéis oído eso?!

—¿El qué? —dijo Iván, que era quien iba justo por delante de ella y ya estaba subiendo por la escalera.

—Me ha parecido oír algo.

—Ahí no hay nada. ¡Como no sean ratones! —exclamó Amane, que parecía a punto de soltar una carcajada.

Beatriz la miró desde abajo y negó con la cabeza.

—A mí me ha parecido... No sé, como si alguien arrastrara algo. Algo pesado.

La carcajada de Amane surgió al fin e hizo sonreír a todos, menos a Beatriz.

—Hay cosas pesadas ahí abajo, sí. Trastos de todo tipo. Pero nadie las está arrastrando. Como no sea un fantasma...

La burla era manifiesta. Beatriz enarcó las cejas y empezó a subir las escaleras. Ella no creía en fantasmas, por supuesto. Estaba cansada. Seguramente había interpretado mal algún sonido, que debía de venir de las tuberías, quizá. En la revista en la que trabajaba a veces publicaban algún artículo “alternativo”, sobre psicofonías, por ejemplo. Siempre se reían al escuchar lo que para otros eran “voces del Más Allá”. Su jefe decía que el maullido de un gato podía sonar como una voz humana, si es que se quería oír una voz humana. La mente juega malas pasadas.

—Si los fantasmas tiene a bien dejarnos continuar —dijo Amane en tono burlón—, os enseñaré vuestras habitaciones.

Los cuatro siguieron subiendo hasta el piso superior. La escalera desembocaba en un pasillo largo y estrecho, flaqueado de puertas y más cuadros.

Amane abrió la primera de las puertas en el lado izquierdo.

—Esta será tu habitación —dijo a Beatriz—. Es la más bonita. Aunque estos tiempos de feminismo nos hacen buscar la igualdad en todo, nosotras sabemos que una mujer necesita más comodidades que un hombre. Al menos, que un hombre de verdad. Vosotros lo parecéis, chicos. —Amane volvió a reír.

—Sí, claro que lo somos —dijo Iván son soniquete—. La mejor habitación para la dama. Seamos caballerosos.

—¡Así me gusta! —dijo Amane—. ... Que cuidéis a vuestra chica.

Amane se echó a un lado para dejar entrar a Beatriz. Ésta se quedó en el umbral: igual que la casa, era justo lo que esperaba. Y tuvo la misma sensación, mezcla de atracción por lo antiguo y horror por la decoración. En el fondo, le gustó. Había una pequeña chimenea frente a la cama, tan alta como un autobús, de madera labrada, muy parecida a la barandilla de las escaleras. A un lado de la ventana había un aparador con un gran espejo. Encima del aparador había varios peines antiguos y algunos pequeños frascos, seguramente de perfumes o lociones. En la pared contigua a la habitación de al lado vio una puerta. De pronto, se sintió transportada a un siglo atrás. Podría quedarse allí un tiempo, en un sitio tan diferente a todo aquello a lo que estaba acostumbrada, si no fuera porque tenía una sensación extraña.

—¿Qué te parece? —dijo Amane, atenta a la expresión de su cara.

—Me... me gusta.

—¿Estarás bien?

—Sí, seguro que sí.

Iván dio un codazo a Alfredo.

—No, si ya sabíamos que tú eras un poco antigua... Sin ofender —añadió hacia Amane.

Amane hizo un gesto amplio con la mano y sonrió.

—Aquí somos así, un poco antiguos. Amantes de las tradiciones. Cosas de la tierra, ya sabéis.

Todos asintieron, como si supieran. Pero no sabían.

—Chicos, seguidme. Vuestras habitaciones no son tan acogedoras, aunque también están bien. Ya veréis. —Amane abrió las dos siguientes puertas del pasillo—. Podéis elegir la que queráis.

Iván miró a Alfredo antes de moverse hacia las habitaciones.

—A mí me da igual —dijo.

—A mí también —respondió Alfredo.

—Pues entonces yo me quedo con la de la izquierda y tú con la de la derecha, ¿vale?

Alfredo asintió, aunque se dio cuenta de que Iván había elegido la contigua a

la de Beatriz, la que daba a la puerta entre ambas. No dijo nada y fue hasta la habitación de la derecha.

—Al final del pasillo hay un cuarto de baño. Yo os dejó ahora —dijo Amane—. Voy a prepararos la cena. Bajad cuando estéis instalados. No tardaré mucho, os haré algo sencillo.

—Eres un caso claro de deformación profesional. Tendrías que ser reportera de sucesos en un canal de televisión.

Iván sonreía con un punto de condescendencia en la mirada. Ya había dejado sus cosas en su habitación. Ahora estaba con Beatriz en la suya.

—Si no quieres creerme, no me creas, pero a mí este sitio está empezando a darme un poco de mal rollo. Eso que yo he oído ahí abajo no eran ratones.

—Y yo qué sé, Beatriz. Igual tiene ahí abajo un negocio de inmigrantes ilegales cosiendo zapatillas o camisetas.

—No deberías bromear con esas cosas. No son para reírse. Hay mucha gente que es medio esclava para que nosotros tengamos ropa barata.

—Perdona, ya lo sé. Sólo quería decir que no le des más vueltas. No digo que no hayas oído algo, pero, en todo caso, no es de nuestra incumbencia. Amanece parece maja. Y sólo estaremos aquí una noche. Deja de darle vueltas.

Desde su habitación, Alfredo oyó las voces de Iván y Beatriz, que debían de estar en la de uno de los dos. Últimamente había algo que no le gustaba entre ellos, aunque no sabría muy bien explicar qué. Iván y él eran amigos de toda la vida, y siempre habían dicho que una mujer no los separaría jamás. Que su amistad estaba por encima de eso. Pero cuando Beatriz llegó a sus vidas, el equilibrio se trastocó. A Alfredo le gustaba, y estaba seguro de que a Iván también. Resultaba curioso que nunca hubieran hablado del tema. Ponía de manifiesto, justamente, el hecho de que a ambos les gustaba.

Alfredo y ella se habían acostado una vez. Aquella noche —hacía dos veranos—, él creyó que eso significaba el inicio de una relación, pero no fue así. Al día siguiente estuvieron juntos. Ella le dijo que fue un error, que quería que siguieran siendo sólo amigos, que no buscaba una relación en ese momento de su vida. Alfredo lo aceptó, sin renunciar a esa posible relación en el futuro. Todo siguió igual entre los tres, al menos en apariencia.

—¿No vais a bajar? —dijo Alfredo desde la puerta de Beatriz a sus dos amigos, que estaban sentados en la cama.

—Sí —dijo Iván, poniéndose en pie algo azorado, aunque antes pasó la mano por la espalda de Beatriz—. Estábamos hablando de llamar a Julia y a Ramón. Habrá que avisarles de que no vamos a llegar esta noche. Para que no se preocupen y sepan que no nos ha pasado nada.

Alfredo asintió.

—Claro. ¿Hay cobertura?

—Sí, la suficiente. Por lo menos, al lado de la ventana. Voy a llamarles y luego bajamos.

Iván sacó su teléfono móvil y buscó en la agenda el número de los amigos de San Sebastián que les habían invitado a pasar con ellos la Navidad, en un precioso caserío a las afueras, cerca del mar. Mientras les llamaba, Alfredo ocupó su sitio junto a Beatriz.

—Mañana a primera hora llevaré el coche al mecánico. Vaya mierda tener que quedarnos a dormir aquí esta noche.

—Podría haber sido peor —dijo Beatriz—. Al menos no nos hemos quedado tirados en medio de la carretera.

—No, es cierto: nos hemos quedado tirados en medio de un pueblucho de mala muerte. Es muchísimo mejor.

El tono de Alfredo molestó a Beatriz. Se le veía raro, tenso. No pensó que ella fuera la causa.

—Sí, bueno —dijo—. Pero ya que estamos aquí, tratemos de pasarlo lo mejor posible y relajarnos, ¿vale?

Iván impidió que Alfredo contestara. Acababa de colgar el teléfono.

—Que no hay ningún problema, que lleguemos cuando podamos. Ellos nos estarán esperando en el caserío. Así que, ya está. ¿Bajamos a ver qué hay de cena? Yo tengo bastante hambre.

En el salón, Amane había cubierto la mesa con platos. Nada de una cena sencilla, como había dicho: había jamón cocido, varios quesos diferentes, muslos de pollo, huevos, pan, mantequilla, bollos...

—¡Vaya! —exclamó Iván, con los ojos perdidos en los platos.

Amane emitió una leve risilla.

—Espero que os guste lo que os he preparado.

—¡Menuda cena sencilla! —Añadió Iván.

—Aquí, en el norte, llamamos sencillo a esto. No hay cosas muy elaboradas. Pero sí buenas y nutritivas. ¡Vamos, sentaos!

La señora ocupó una de las cabeceras de la mesa. Flanqueándola, Alfredo e Iván. Beatriz se sentó junto a Alfredo. Cuando Amane les dijo que empezaran a servirse “a discreción”, ésta aprovechó para preguntarle algo que la tenía un tanto intrigada.

—No hemos visto adornos navideños en ningún lado. Aquí tampoco. ¿Es que no celebran la Navidad?

Por un instante, Amane titubeó. Fue casi imperceptible.

—Sí, claro. Pero es que... ya os lo dije: somos muy tradicionales. No nos gusta adelantar los acontecimientos.

—Es verdad que todo eso de empezar un mes antes se hace para vender. Ya no hay espíritu navideño —dijo Alfredo.

Beatriz no se quedó satisfecha.

—Sí, pero es que faltan sólo dos días para la Nochebuena. Hoy es 22 de diciembre.

Iván no pudo contenerse al oír esa fecha.

—¡Y no nos ha tocado la lotería!

—Es 22 de diciembre, sí. Aún queda tiempo, entonces —dijo Amane sin hacer caso a la chanza de Iván.

Su gesto era frío, al menos en comparación con el que había tenido hasta ese momento.

—No a todo el mundo le gusta la Navidad —dijo Alfredo, al que, de hecho, no le gustaba nada la Navidad desde que era un crío.

—Venga, comed —dijo Amane, cerrando la conversación—, que hay cosas que se van a quedar frías y así no están igual de ricas.

Mientras empezaban a comer, les contó la historia de la casa.

—Yo nací aquí, entre estos muros. Y mi madre, y mi abuela también. Mis bisabuelos reconstruyeron la casa después de un incendio. Como os dije, no era la primera que hubo. En este lugar vivían pueblos celtas anteriores a la llegada de los romanos. Y os aseguro que sigue quedando algo de ese pasado remoto en nuestro carácter. Aquí no nos hemos olvidado de quiénes somos. Nunca lo olvidaremos.

—¿Le gusta la historia? —preguntó Alfredo.

—Me apasiona. La historia nos enseña quiénes somos en realidad. Nos muestra nuestras raíces. Yo no podría ser feliz viviendo en otro lugar, ni tampoco ignorando mi pasado. Estoy asentada en esta tierra como lo estaría un roble. Sé que, hoy en día, no hay muchos a quienes les importen las tradiciones. Las cosas cambian. Pero no para todos. Hay lugares en que lo esencial no ha cambiado ni cambiará jamás.

El discurso de Amane, que había ido en aumento en cuanto al tono, acabó con un silencio de los chicos. Amane lo notó y volvió a reírse, con su risa leve y armoniosa.

—Ya veis, la historia es una pasión para mí... Pero contadme: ¿adónde ibais? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Fue Iván el que contestó. Beatriz e Iván, uno al lado del otro, intercambiaron una mirada de soslayo.

—Íbamos a pasar las Navidades con unos amigos de San Sebastián, a un caserío. Nos perderemos un día, pero vamos a estar con ellos hasta después de Fin de Año. Todos hemos cogido unos días de vacaciones en el trabajo.

—¿Y cómo es que habéis llegado justo a Otsobeltz?

—La niebla. Nos desorientamos.

—La niebla, claro. —Amane sonrió enigmáticamente—. ¿De dónde veníais?

—De Madrid. Los tres vivimos en Madrid, aunque yo nací en Barcelona.

—Ahora me doy cuenta de que no me habéis dicho vuestros nombres.

—Yo me llamo Iván, ella Beatriz y él Alfredo —contestó Iván, señalando a los otros al decir sus nombres.

—¿Y a qué os dedicáis, Iván, Beatriz y Alfredo?

—Yo soy informático —dijo Iván—. Trabajo en una multinacional y me dedico, sobre todo, a los videojuegos. Alfredo es funcionario, o sea que es el que tiene el mejor trabajo de los tres.

El aludido forzó una sonrisa.

—Qué gracioso eres.

—Y Beatriz es periodista —continuó Iván.

Iba a añadir que trabajaba en una revista de ciencia y curiosidades, y que también a ella le encantaba la historia, pero Amane no le dio tiempo.

—¿Periodista? Qué interesante...

—Ah —dijo Iván para terminar—, y Alfredo escribe.

—Muy bien, por cierto —apostilló Beatriz.

A Amane pareció no interesarle demasiado la afición de escritor de Alfredo, que en realidad aún no había logrado publicar más que algún relato breve. Lo que a Amane le había llamado más la atención, al parecer, era que Beatriz fuera periodista.

—El periodismo siempre me ha parecido una labor importante: dar testimonio de lo que sucede, transmitirlo a quienes no lo conocen.

—Sí, bueno —carraspeó Beatriz—. Mi trabajo consiste en buscar avances de la ciencia, de cualquier tipo, aunque sean muy raros, y escribir sobre ellos.

—Pero entrevistarás a personas interesantes, ¿no?

—A veces. He entrevistado a algunos científicos de primer nivel. Pero lo que hago no es lo que se dice periodismo, periodismo.

Amane sonrió con amplitud.

—No te quites mérito, jovencita. —Hizo una pausa—. ¿Y tú escribes? —dijo, repentinamente interesada por Alfredo—. ¿Qué escribes?

—Relatos, novela...

—¿Qué clase de novela?

Las preguntas de Amane se sucedían como las balas de una ametralladora; como si las tuviera pensadas de antemano.

—He escrito dos novelas, aunque no me las han publicado.

—Todavía —dijo Iván.

—No me las han publicado todavía —se corrigió Alfredo—. Una trata sobre un multimillonario al que su pasado le alcanza, lo que hizo en su juventud para hacerse rico, y acaba destruyéndole. La otra es tipo policiaca, pero ambientada

en la época de Felipe II y la construcción del Escorial: es de un autor teatral, familiar de la Inquisición, que tiene que investigar unos crímenes extraños que ocurren en la Corte.

—Autor teatral, familiar de la Inquisición... —repitió Amane—. ¿No estará inspirado ese investigador tuyo en Lope de Vega?

A Alfredo le sorprendió que Amane supiera eso.

—Sí, exacto. Es un personaje muy conocido como autor teatral, pero no se ha escrito mucho sobre él.

De nuevo, Amane cambió de tema como si fuera lo más natural del mundo. Ahora se centró en Iván.

—¿Y tú haces videojuegos?

—No, sólo los pruebo, veo qué errores tienen, hago sugerencias... Trabajo en mejorarlos. En realidad, se programan en el extranjero.

—Está muy bien —dijo Amane—. ¿Y qué, sois amigos o algo más?

Todos se quedaron perplejos con la pregunta. El único que pudo reaccionar fue Iván.

—Amigos, somos sólo amigos.

—¿Pero tenéis parejas? Aparte, quiero decir...

Beatriz estuvo a punto de soltar que a ella qué le importaba. Se contuvo, sobre todo porque fue Iván quien contestó de nuevo.

—No, los tres estamos “solteros” de momento.

—Una pena... Chicos tan guapos como vosotros. Lo digo por los tres.

—No hay prisa —musitó Beatriz por lo bajo, en tono glacial.

Ya no hubo más preguntas de Amane. Mientras daban buena cuenta de la cena, se limitó a hacer comentarios sobre la propia comida, el tiempo y otras trivialidades por el estilo.

Y también a observarles. Sobre todo a observarles.

Acabada la cena, Amane dejó su servilleta en la mesa y se levantó de la silla. Hizo un gesto a los chicos para que no la imitaran y siguieran sentados.

—Para mí ya esta tarde. Voy a acostarme, es mi hora. Pero vosotros quedaos el tiempo que queráis. Podéis ir un rato a la biblioteca, como os dije. Ahora que me doy cuenta, si queréis ir allí vais a tener que levantaros: venid conmigo, os la enseñaré.

—¿No prefiere que la ayudemos antes a llevar los platos a la cocina? —dijo Beatriz.

—De ningún modo. Ya lo haré yo por la mañana. A mi edad se duerme poco. Me levanto muy temprano.

Los chicos salieron del salón siguiendo a Amane. La biblioteca era más pequeña que el salón, pero mucho más acogedora. Estaba toda ella forrada con paneles de madera y estanterías repletas de libros de todos los tamaños, además de figurillas y objetos decorativos antiguos, con una alfombra de lana tejida que ocupaba el suelo casi por entero.

—Encendí la chimenea mientras estabais arriba —dijo Amane, señalándola.

—Qué bonita —dijo Beatriz.

—Desde luego —añadió Alfredo.

A ambos les entusiasaban las bibliotecas. Iván se quedó más frío. Al él también le gustaban los libros, pero prefería sin dudarlo un buen videojuego o una película, a ser posible de acción.

—El mueble-bar está aquí —dijo Amane, abriendo la tapa que servía como apoyo para colocar los vasos—. Servíos lo que os apetezca. Quiero que estéis a gusto. Hay de todo: whisky, ginebra, ron, refrescos... Os he puesto una cubitera con hielo, por si queréis echaros un poco.

—Gracias —dijo Iván.

—Bien. Hasta mañana. Que durmáis bien.

—Lo mismo usted... —dijo Beatriz, y se corrigió enseguida—: ...tú. Que descanses. Y gracias por todo, de verdad.

—No hay por qué darlas. Hasta mañana —repitió Amane, que sonrió una vez más, salió de la biblioteca y desapareció en el pasillo.

Los chicos esperaron un momento para hablar. Beatriz empezó a ojear los libros, Alfredo se sentó en un sillón orejero frente a la chimenea e Iván fue directo al mueble-bar.

—Pareces Sherlock Holmes —dijo Iván a Alfredo, al verle en el típico sillón inglés—. Sólo te falta la pipa.

—Sí, y la cocaína... Anda, cállate y haz algo útil: ponme algo de beber, ya

que estás ahí.

—Como mande el señor. ¿Qué desea su excelencia?

—Un licor, algo dulce.

—El señor don Alfredo quiere un licor —terció Beatriz—, y la dama desea un gin-*tonic* flojito. ¿Hay tónica?

Iván escrutó el interior del mueble.

—Sí, hay tónica. Ya que me ha tocado ser el *barman*, yo tomaré un buen burbon con hielo. Aunque... ¡Esta señora se cuida!: tiene una botella de Macallan. Retiro lo del burbon.

En la oscuridad de su habitación, en la parte más profunda del piso bajo de la casa, Amane se acercó a la única ventana. Por ella entraba algo de luz, reflejada en la nieve desde una farola lejana. A un lado había una mecedora. Amane fue hasta ella y se sentó en un taburete que estaba un poco por delante.

En la mecedora había alguien. Una figura inmóvil, con una manta sobre las piernas. Era una mujer, con el pelo muy parecido al de Amane. Su rostro apenas podía verse, pero también se parecía mucho al suyo, aunque más arrugado y con las marcas del paso del tiempo. Aquella anciana parecía tener cien años. Sus ojos estaban vacíos, blancos e inexpresivos por la ceguera.

—Madre —dijo Amane—. ¿Duermes?

—No, hija, estoy despierta.

La voz de la anciana era suave y casi atonal, como el sonido del viento en un bosque solitario.

—Tenías razón, madre. Han llegado, como tú dijiste, y son tres.

—Lo vi, hija mía. —La anciana hizo una pausa—. Mis visiones son nebulosas, pero nunca me fallan.

—Sí, lo sé. Perdóname, madre. Ya nunca volveré a dudar de ti.

Beatriz seguía de pie, mirando los lomos de los libros. De vez en cuando sacaba alguno para ver la cubierta, las solapas o leer el texto de contraportada.

—Historia, religión, antropología... —enumeró Beatriz—. No es lectura muy ligera, que se diga. No me esperaba una biblioteca como esta en medio de un pueblo perdido en... —pareció buscar la palabra adecuada— en el páramo.

—La dueña es una apasionada de la historia —dijo Alfredo, girándose en el sillón e incorporándose para evitar que las orejas del mismo le cortaran la visión.

—Sí, es verdad. Pero qué nivel... ¡Anda! ¿Y esto...?

—¿Qué has encontrado?

—*Ochate: el pueblo maldito*.

—Me sueña ese nombre —dijo Iván con las copas ya en la mano.

Beatriz le miró como el profesor que mira a un niño poco aplicado.

—*Ochate*, claro, hombre. ¿Es que no lo conocéis? Es un pueblo abandonado

con un montón de leyendas misteriosas. Un pueblo maldito.

—¿Maldito por qué? —dijo Alfredo—. A mí ni me suena.

—Pues es muy famoso. Hubo varias epidemias seguidas, de enfermedades distintas. Creo que tifus, viruela y cólera. Eso fue el siglo XIX. Al parecer, no afectaron a ningún pueblo más, sólo a Ochate. Las enfermedades lo diezmaron y, al final, allí no quedó nadie vivo.

—Eso no puede ser. Cuentos de viejas —dijo Iván, removiendo el hielo de su whisky.

Beatriz no le hizo el menor caso. Tenía el libro en sus manos. Lo abrió y empezó a ojearlo mientras seguía hablando.

—También hubo varias desapariciones misteriosas, que nadie logró explicar. El mismo párroco desapareció sin dejar rastro, un día que iba a un monte o a una ermita. No me conozco la historia en profundidad. Pero...

—¿Qué? —dijo Alfredo, aún medio torcido en el sillón.

—Aquí hay un plano del Condado de Treviño. Eso es donde estamos, ¿no?... Sí, aquí está Otsobeltz. ¡Y Ochate! A ver la escala... ¡Pero si estamos sólo a dos kilómetros de Ochate!

—¡Qué suerte! —dijo Iván, imitando el tono excitado de Beatriz.

—Idiota —contestó ella—. Hay más pueblos alrededor: Aguillo, Imíruri, San Vicentejo...

Iván se sentó en una silla, por delante de una de las estanterías.

—Bueno, yo no creo en fantasmas. ¿Y tú, Alfredo?

—Yo tampoco. Pero esas cosas me dan mal rollo. No me gustan las historias tan truculentas.

—Joder, chicos. Yo tampoco creo en fantasmas, pero no va de eso. Es interesante porque es un misterio, un enigma histórico. Estas cosas siempre me han llamado mucho la atención desde que era niña. Como el triángulo de las Bermudas, en el que desaparecen de verdad barcos y aviones. No es ninguna chorrada. O la unidad completa del ejército japonés que desapareció en el frente, sin dejar rastro, durante la II Guerra Mundial. Son hechos.

—Me parece que afirmar que eso son hechos es un tanto aventurado —dijo Iván—. Y más viniendo de una periodista.

Beatriz se defendió.

—Hay parte de leyenda, claro está. Pero la base es real. Incluso en las leyendas urbanas suele haber algo de realidad.

—Si tú lo dices... —Iván dio un sorbo a su Macallan.

—No conocemos todo lo que hay en el mundo, o lo comprendemos. Si algo he aprendido en mi trabajo es eso. La mayoría de las cosas son chorradas, lo reconozco. Hay mucho estafador y mucho imbécil, a partes iguales. Pero

también hay realidades que se nos escapan.

—Vale, vale —dijo Iván—. No hace falta que nos eches un discurso. No te lo digo en plan borde, Beatriz, no vayas a enfadarte. Sólo es que a mí estas cosas no me interesan. Igual que a ti no te interesa, qué sé yo, la vida de la ballena azul.

Beatriz estuvo a punto de decir que a ella sí le interesaba la vida de la ballena azul.

—Sí, en eso tienes razón. Aunque es una pena. Con lo fascinante que es lo desconocido... Al menos para mí.

Iván asintió sin decir nada más. Apuró su Macallan, pasó la mano por el culo del vaso para secar la humedad condensada y lo dejó de vuelta en el mueble-bar.

—Bueno, chicos: yo me voy a acostar. Estoy cansado y la cena me ha dado sueño. ¿Venís?

Iván miró a Beatriz, esperando a ver qué decía.

—Prefiero quedarme un rato. Quiero seguir mirándome este libro.

—Yo también me voy a quedar un rato todavía —dijo Alfredo.

Iván se arrepintió al instante de haber dicho que se iba a la cama. No le hacía demasiada gracia que Alfredo se quedara solo con Beatriz, pero era cierto que estaba casado y no iba ahora a recular. Como solía hacer, optó por bromear y, a modo de despedida, dijo con soniquete:

—Que no se os aparezcan los fantasmas de las Navidades, como al pobre señor Scrooge.

—Ja ja: tú sí que te pareces al señor Scrooge —contestó Beatriz con una mueca divertida en la boca.

Cuando Iván salió de la biblioteca, Alfredo se levantó para ponerse otra copa de licor. Beatriz emitió una risilla, le miró con ojos pícaros y aprovechó para sentarse en el sillón orejero. Lo movió un poco de su sitio para orientarlo hacia la lámpara de pie que había en una esquina.

—Si quieres —dijo Alfredo con ironía—, siéntate en el sillón. Se está muy bien junto al fuego.

Era cierto: el fuego de la chimenea era sumamente acogedor. Beatriz abrió el libro por la primera página.

—¿Te apetece tomar algo más? —le preguntó.

Ella le hizo un gesto negativo con la mano y, ajena a su presencia, empezó a leer. Por detrás, desde el mueble-bar, Alfredo se sintió repentinamente estúpido por quedarse. Se sentó en una de las otras sillas de la estancia y dio un sorbo a su copa de licor.

Nada más comenzar la lectura, Beatriz comprobó que la historia que había contado a sus amigos era errónea. O no del todo exacta. El libro recogía una

investigación muy exhaustiva. No había ninguna constancia histórica, basada en documentos, de que las supuestas plagas que asolaron el pueblo fueran auténticas. Aunque sí las desapariciones, y no únicamente la del párroco Antonio Villegas —muy discutida—, que al parecer cierto día fue a la cercana ermita de Nuestra Señora de Burgondo, entre una extraña niebla, y ya nunca más se supo de él.

El nombre original del pueblo, el nombre medieval, era Gogate, es decir, “La puerta del Infierno”. También leyó la inquietante revelación de que, en antiguos legajos y cancioneros del siglo XIII, se hablaba de los “demonios de Ochate”. Más adelante se discutía el significado del nombre del pueblo: “Puerta Secreta” o “Puerta del Frío”, no estaba muy claro. Lo que sí era cierto es que quedó abandonado, pero no a finales del siglo XIX, sino a principios del XX.

Aparte de las desapariciones, en 1970 encontraron a un pastor quemado en una de las casas en ruinas. Y en 1981, un joven empleado de banca, llamado Prudencio Muguruza, se hizo famoso por la foto que hizo a una gran esfera de luz que, en su tiempo, se tomó por un ovni. Según su testimonio, estaba paseando por la zona con su perro, algo que solía hacer a menudo, cuando de pronto sintió algo extraño. También el animal, quizá dotado de un sexto sentido, se asustó sin causa aparente. Fue entonces cuando apareció la esfera luminosa, que dejaba entrever alguna clase de estructura tecnológica en su interior. Por suerte, Muguruza llevaba encima su cámara fotográfica y tuvo los arrestos de utilizarla. Más tarde, su foto fue estudiada en la Universidad de Bilbao e incluso la analizó un científico de la NASA, en Estados Unidos.

De cuando en cuando, Beatriz comentaba algo a Alfredo en voz alta. Él se militaba a responder con alguna frase hecha, como “¿no me digas?” o “qué curioso”, sin prestar la menor atención en realidad.

Otro de los sucesos insólitos ocurrió en 1987, cuando una agrupación militar de blindados, que estaba de maniobras, se vio envuelta en una niebla espesa y repentina —como cuando desapareció el párroco Villegas—. Todos los instrumentos dejaron de funcionar y los militares estuvieron perdidos y desorientados durante varias horas, sin poder comunicar con la base ni con el resto de unidades que se hallaban de maniobras por la zona. Nadie logró nunca darle explicación al fenómeno, vivido por un buen puñado de soldados y exento por completo del posible fraude.

Y aún en ese mismo año, 1987, ocurrió en Ochate algo mucho más perturbador.

En la casa sobre el bar, Mikel estaba tumbado en la cama, completamente vestido, con los ojos fijos en el reloj barato que estaba colgado en la pared de enfrente. Al llegar la una de la madrugada, se levantó. La llave que había cogido

de la caja que tenía debajo de la cama seguía en su mano. La abrió, como si necesitara asegurarse de que era así. Estaba húmeda por el sudor y había dejado en una marca de herrumbre en su piel. La frotó contra su grueso jersey y se la metió en un bolsillo de los pantalones.

Tenía puestos los zapatos. Caminó hasta la puerta con sigilo y se quedó en el umbral un momento, esperando oír a su padre subiendo las escaleras. Siempre cerraba el bar a la una en punto. Aguardó allí, inmóvil, hasta que al fin escuchó sus pasos en las escaleras y atravesando el pasillo para llegar hasta su habitación. Luego vino el ruido de la puerta al cerrarse. Y el silencio.

Mikel siguió quieto durante un par de minutos más. El tiempo suficiente para estar seguro de que su padre no iba a darse cuenta de que salía de casa a esas horas. Aunque, si le pillaba, siempre podría decir que iba a ver a Arantxa. Porque, lo que su padre no podía siquiera imaginar, era lo que iba a hacer en realidad.

Alfredo no tardó mucho en irse también a la cama. Desde que lo hizo, Beatriz llevaba más de una hora leyendo *Ochate: el pueblo maldito*. Estaba cada vez más sumergida en la lectura. Había llegado al punto más inquietante: ocurrido en 1987, como la “desorientación” de los militares en la niebla que volvió locos a los instrumentos y los aparatos electrónicos. Tenía que ver con un investigador que apareció muerto dentro de su coche. Junto a él había una cámara de fotos y una grabadora de periodista.

Cuando se reveló el carrete, se comprobó que el hombre, antes de morir, había hecho varias fotos a unos perros, cada vez más cerca del coche. La grabadora contenía notas de voz. La última, transcrita literalmente, decía: “Me he quedado sin batería. Voy a tener que bajar hasta el pueblo a pie... ¿Qué?... ¡No! ¡No! ¡Nooooo!”. Y una voz, al parecer, se había colado en la grabación: una psicofonía en la que podía oírse a una mujer, posiblemente anciana, que susurraba: “¿Qué hace aún la puerta cerrada?”.

Un escalofrío recorrió la espalda de Beatriz, que tuvo la repentina sensación de que alguien la observaba, como si hubiera una presencia tras ella. Se puso en pie y miró atrás, pero no, no había nadie. El libro se le cayó de entre las manos. Al llegar al suelo quedó abierto justo por el medio, como alguien a quien hubieran abatido, con los brazos en cruz.

—¡Joder! —dijo Beatriz en un susurro vehemente. Siguió hablando en voz baja para ayudarse a vencer la sugestión—. Voy a comerme un pastel y luego me voy yo también a la cama.

Recogió el libro, comprobó que no se había dañado y lo dejó sobre la pequeña mesa que había en una esquina. Después salió de la biblioteca y cruzó el pasillo hasta el salón. Amane había dejado allí los restos de la cena. Entre ellos, unos pequeños bollitos rellenos de crema que estaban deliciosos. Beatriz se sirvió un vaso de agua y cogió uno de los bollos. Tenía un nudo en la garganta, pero aun así le vino bien el refrigerio. A diferencia de sus amigos, ella no había cenado mucho, a pesar de lo succulento de todo lo que Amane les había puesto.

—Y ahora a la cama —se dijo.

Y sintió de nuevo esa extraña sensación en la espalda al pensar en que tendría que pasar junto al tramo de escaleras que descendían al sótano de la casa. No tenía más remedio. Se dijo que era una tonta. ¿Qué iba a haber en ese sótano?

—Ratones.

No, eso no. Lo que había oído —o creído oír, ya no estaba segura— no eran ratones. Caminó por el pasillo hacia el salón y, casi inconscientemente, se detuvo

junto a la escalera. Experimentó una especie de vértigo: miedo y atracción a la vez por descubrir qué había allí abajo.

Se agarró con la mano izquierda al pomo de madera de la barandilla y se inclinó un poco hacia abajo, aguzando el oído.

Nada.

No se atrevió a hablar, ni siquiera en voz muy baja. Se sentía por dentro como una tonta. Sí, una niña tonta. Su voz interior la agujoneó, diciéndole que no era tan arrojada y atrevida como ella se creía. Y aún más cuando hizo aflorar que ahora le gustaría tener allí a Iván o a Alfredo. Un hombre junto a ella.

Negó con la cabeza y forzó a su mente a decir un “no” silencioso que resonó en su interior. Reverberó por dentro como un eco mientras sus piernas se movían, casi sin su control consciente. Bajó un peldaño. Luego otro. Muy despacio, descendiendo con la mano siempre en la barandilla, de tacto cálido, comprobando que los peldaños no crujían bajo sus pies.

Sus ojos empezaban a penetrar las sombras hacia las que se dirigía. Le pareció que desde abajo venía un leve resplandor. Muy tenue, casi imperceptible. Se detuvo un instante. Seguía sin oír nada. Pero...

Algo se arrastró allí abajo.

Le zumbaban los oídos. No podía estar segura de haber oído algo en realidad. Ya no podía quedarse quieta o volver arriba. Tenía que seguir.

La curiosidad mató al gato.

Sus pensamientos volvían a atacar. ¿Por qué tenían que escapar a su control? ¿Por qué no se podía evitar pensar en un elefante rosa si alguien lo mencionaba?

Pero, si había llegado hasta allí, ya no iba a detenerse. De algún modo, por alguna clase de mecanismo inconsciente, en su interior la decisión estaba tomada: iba a hacerlo, sí; iba a ver qué había en ese sótano. Nada podría impedirlo. Ni siquiera ella misma.

El cielo seguía descargando nieve. Mikel estaba volviendo a cruzar el pueblo con una sensación aún más opresiva. Todo parecía moverse hacia él, tratar de envolverlo. De detenerlo, pensó. Aunque no lo conseguiría. Sabía muy bien lo que iba a hacer. Lo que *tenía* que hacer.

Los perros no estaban. Aun así, el chico se movió con cautela. No quería que nadie pudiese verlo desde alguna ventana, en la penumbra. Tenía que pasar cerca de la casa de Amane. Se quedó unos instantes al pie de la rampa de tierra que conducía a ella, oculto entre las sombras. Observó la casa. Allí estaban los tres recién llegados. Sin saber nada. Ajenos a todo.

Mikel tenía que hacer lo que iba a hacer. Pero antes necesitaba ver a una persona. Comprobó por enésima vez que la llave estaba en su bolsillo, la apretó dentro con el puño cerrado, y siguió caminando al cobijo de los viejos muros y la

negrura. Al llegar a su destino, miró una vez más al cielo. Era curioso que los copos de nieve, tan blancos, parecieran negros en la ausencia de luz. Como aquel pueblo: un sepulcro blanqueado que ocultaba, en su interior, la más terrible podredumbre.

Sin hacer ruido, se colocó delante de una puerta. Era de madera, antigua y estrecha. Daba a la parte de atrás de una de las casas. Sacó la llave y, tanteando, logró introducirla en la cerradura. La deslizó despacio, notando cómo cada diente encajaba en su posición. Luego la giró con la misma lentitud. Apenas hizo ruido. Sólo un leve “clic”, y la puerta se abrió. Mikel la empujó lo necesario para poder deslizarse en el interior y volvió a cerrarla a su espalda.

Ya estaba dentro. Conocía bien esa casa. No encendió ninguna lámpara. Estaba en la cocina, que era adonde daba la puerta trasera. La cruzó con pasos delicados hasta el pasillo, que dejaba a un lado el salón y conducía a las habitaciones. Fue hasta la última, cuya puerta se hallaba al final del pasillo, ocupando toda su anchura, como un umbral que condujera a otro mundo.

Estaba entreabierta.

Como hizo antes con la puerta de la cocina, Mikel la empujó suavemente. Dentro se veía el tenue resplandor de un viejo reloj despertador. Una luz rojiza, que iluminaba los números. Se dejó guiar por ella, rodeando la cama que ocupaba el centro de la estancia. A un lado había una silla. Mikel se sentó en ella. Notó un crujido de la seca madera.

—Abuela —dijo en voz baja. Luego lo repitió un poco más alto—: Abuela.

La mujer, que dormía plácidamente en la cama, se removió un poco, aunque no llegó a despertarse. Mikel alargó un brazo y la tocó en uno de sus hombros.

—Abuela.

La mujer emitió una especie de quejido ahogado y un gorjeo antes de responder.

—¿Eres tú, Mikel...?

Ella sabía bien que el chico —que no era su nieto, en realidad— no estaría allí si no fuera por... Sólo había una posibilidad: habían llegado forasteros.

—Sí, abuela, soy yo.

—¿Qué hora es? —dijo ella al tiempo que se incorporaba hacia la mesilla para mirar la hora.

—La una y cuarto.

La anciana se incorporó aún más, hasta quedar sentada sobre el colchón.

—¿Son *válidos*? —preguntó en un tono casi gutural.

—Sí, abuela.

—Entonces date prisa. No debes perder tiempo.

Desde el rellano podía verse el último tramo de escalones, que desembocaba

en una puerta. Beatriz no la veía, pero podía deducir su presencia por el resplandor que escapaba de dos líneas, una pegada al suelo y la otra vertical. La puerta estaba entreabierta y había luz en el interior, luego allí debía de haber alguien.

De pronto, en una fracción de segundo, sin formar palabras, le cruzaron la mente varias imágenes que podrían explicarlo. Pero sólo una de ellas se quedó instalada mientras movía sus pies para comenzar a descender: un monstruo; sí, un monstruo como el de Frankenstein, o mejor, como el Hombre Elefante. Alguien encerrado allí abajo por miedo, asco o vergüenza.

Tradicional, son muy tradicionales, se dijo a sí misma al recordar las palabras de Amane. No se podía consentir un monstruo en la familia, un castigo divino, una maldición...

De repente, un ruido. Allí abajo. Detrás de la puerta negra en la oscuridad. Algo se movió tapando parcialmente la luz que escapaba de las rendijas. ¿La habrían oído? ¿*El monstruo* —se corrigió mentalmente— la habría oído?

No, era imposible.

Se quedó quieta, petrificada por algo indefinible, una sensación que la llenó por completo. No era miedo, sino excitación unida a la curiosidad más intensa que había experimentado en toda su vida.

La luz por debajo de la puerta volvió a convertirse en una línea perfecta. Y sus pies volvieron a moverse, tirando de ella. Siguió bajando aún con más cautela, muy despacio, atenta a cualquier sonido que proviniera del sótano o de la parte alta de la casa. Pero ya no hubo ninguno más.

Alcanzó el final de la escalera. La puerta estaba ya casi al alcance de su mano. Dio un paso más. No quería moverla, sólo echar una ojeada por la rendija. Se colocó en la parte más oscura y fue ladeándose para que sus ojos —al menos uno de ellos— pudieran observar.

Primero distinguió una pared labrada directamente en la roca, tosca y sin adornos, como la de una mazmorra. Al ganar ángulo, vio una especie alto candelabro con las velas encendidas, que arrojaba su luz vibrante sobre un altar de piedra. En él había un libro abierto. Y a su lado, una figura en pie, de espaldas, ataviada con una especie de túnica.

Era Amane. La reconoció por el vaporoso pelo blanco.

Pero ¿qué hacía allí abajo? Ella no podía haber sido la causante del ruido que oyó cuando llegaron a la casa, al subir a las habitaciones. Tenía que haber alguien más. Pero ¿dónde?...

La abertura no le permitía ver más. Pensó en empujar levemente la puerta y aumentar un poco el tamaño de la rendija. Podía hacerlo con mucha suavidad, sin causar el menor ruido. Necesitaba ver qué más había allí abajo.

En ese momento, Amane se dio la vuelta de pronto. Beatriz retrocedió por instinto. Aquellos ojos, aquella mirada...

Fue como si Beatriz despertara de un sueño. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué estaba invadiendo la intimidad de aquella mujer desconocida, que les había dado cobijo en su casa?

Hizo el ademán de girarse para volver a las escaleras cuando notó algo a su espalda. Algo que la impidió moverse. No tuvo tiempo de ver qué era. Un brazo la agarró desde atrás, una mano le tapó la boca, y la negrura, aún mayor que la que la rodeaba, inundó sus ojos.

Como todos los días, Antón, el dueño de “La Boca”, abrió el bar a las ocho en punto de la mañana. Era sábado y tenía menos clientes a esas horas que en un día laborable, pero aun así abría a la misma hora de siempre. Algo que sólo cambiaba los domingos, en que se permitía descansar un par de horas más y lo hacía a las diez. Antes de bajar pasó delante de la puerta de la habitación de Mikel. No oyó nada dentro. Su hijo seguramente aún dormía. Entre semana le hubiera despertado para que bajara a ayudarlo, pero siendo sábado le permitía dormir un poco más.

Antón sacudió la cabeza. Y deseó las dos cosas que siempre deseaba, aunque ambas eran imposibles, y lo sabía: no haber perdido a Elisa, su mujer, y no haber ido a Otsobeltz. Ni siquiera haber visto el anuncio del bar en el periódico. No haber escuchado nunca ese nombre ni haber conocido ese pueblo. Sobre todo por Mikel.

Pero las cosas eran como eran, y ahora ya no podía irse sin más. Sobre todo, irse sin más.

Estaba preparando la máquina de café, antes de que entrara el primer cliente, cuando se al sorprendió ver a Mikel aparecer.

—Qué pronto te has levantado —le dijo.

El chico tenía ojeras. No contestó inmediatamente. Fue hasta la barra y se sentó en un taburete antes de bostezar. Su padre esperó a que cerrara la boca antes de hablarle de nuevo.

—¿Te acostaste muy tarde anoche?

—Sí.

—¿Quieres un café?

—Sí.

—No estás muy hablador esta mañana...

Mikel se frotó los ojos y la nariz. Estaba agotado y no tenía ganas de hablar, pero debía actuar como si no hubiera pasado nada esa noche.

—Me quedé jugando con el ordenador.

—Ya me lo imaginaba. Esos videojuegos te van a sorber el seso.

Mientras le echaba esa pequeña bronca a Mikel, Antón preparó el café, bien cargado.

—Anda, toma, a ver si esto hace que te vuelva la sangre a las venas. Te lo he puesto doble.

Mikel cogió el vaso con ambas manos para comprobar la temperatura. Estaba bien. Dio un largo trago.

—Papá, ¿te importa si hoy no me quedo contigo en el bar?

—¿Tienes algo que hacer? —dijo Antón con el ceño levemente fruncido—. ¿No será para ponerte a jugar otra vez, verdad?

—No, qué va. Quería salir a dar un paseo por el campo. ¿Has visto la nevada?

—Antes que tú. Yo no que me quedo hasta las tantas despierto y luego no puedo despegar los ojos... Anda, sí, vete a dar una vuelta, que te vendrá bien. No te necesito hasta esta tarde.

A pesar del tono serio, Antón no quería ser demasiado severo con su hijo. Sólo quería que no se le escapara de las manos. Desde que perdió a Elisa no estaba seguro de nada respecto a cómo educarle. Esa sensación de ser como un naufrago no se limitaba a Mikel, sino a muchas otras cosas. La había amado y necesitado tanto...

—Hasta luego, papá.

—Ten cuidado. Y no te acerques a Ochate, no vayas a resbalar y caerte por el barranco.

—No, papá, tranquilo. Voy al bosque. Por cierto, Amane me dijo ayer que la reunión será pronto.

A Antón se le hizo un nudo en el estómago. En cuanto Mikel cogió su abrigo y salió del bar, Antón pensó en que, seguramente, su hijo iría a buscar a Aranxta, la hija de Tino. Comprendía que no quisiera hablar de eso con él. Al fin y al cabo, también había tenido diecisiete años. Ahora se alegró de que se fuera. Esa mañana necesitaba pensar.

La mortecina luz del día llevaba ya mucho tiempo sobre el rostro de Alfredo, sin ser lo bastante intensa para despertarlo. Cuando abrió al fin los ojos, vio la ventana, que parecía un cuadro completamente blanco, como si al otro lado no hubiera ya más que una inmensa nada carente de color.

La sensación de Alfredo fue extraña. Fría, aunque en la habitación hacía calor. Se incorporó y así pudo ver que el mundo seguía existiendo: suaves lomas y árboles dispersos, todo cubierto de nieve. Al menos, ya no nevaba.

Se desperezó antes de coger su reloj de la mesilla de noche y mirar la hora.

—¡Las diez! Joder...

No es que tuviera que levantarse a ninguna hora concreta, pero su intención antes de acostarse era salir pronto a buscar al mecánico, para resolver cuanto antes el problema del coche y seguir su camino a San Sebastián.

Supuso que Iván y Beatriz ya se habrían levantado, y ahora se reirían de él y le llamarían dormilón. Saltó de la cama y se puso, a toda prisa, la camisa del día anterior, los pantalones y las deportivas. Volvió a desperezarse y abandonó la habitación para ir al cuarto de baño. Desde el pasillo, vio que las puertas de las habitaciones de sus amigos estaban cerradas. Le extrañó. Quizá aún estuvieran

durmiendo, después de todo, y él era el primero que se había levantado.

Cuando salió del baño, se acercó a la habitación de Iván. Puso la oreja cerca de la puerta por si oía algún ruido. Nada. Entonces fue hasta la de Beatriz e hizo lo mismo. Tampoco oyó el menor sonido. Pero, estuviera o no despierta, ya era hora de levantarse. Llamó con los nudillos, sin obtener respuesta. Esperó unos segundos y volvió a llamar, esta vez más fuerte. Probablemente estuviera ya abajo, desayunando. O leyendo ese dichoso libro que encontró en la biblioteca de la dueña.

En todo caso, decidió comprobar si Beatriz seguía en el cuarto. Abrió la puerta con cuidado, lentamente, hasta que pudo meter la cabeza dentro. Su amiga no estaba allí. Lo que le extrañó fue que la cama estaba hecha y con ropa por encima. Beatriz podía haberla hecho al levantarse, pero le chocó que hubiera dejado esas prendas así.

Entonces, una idea cruzó su mente. Una idea, en forma de pregunta, que le encogió el corazón: ¿Y si Beatriz había pasado la noche con Iván?

De pronto sintió como si aquello fuera una verdad absoluta, algo indudable, y corrió a la habitación de Iván. Abrió la puerta sin llamar siquiera, esperando encontrárselos a los dos abrazados en la cama. Pero no: la cama de Iván estaba deshecha y el cuarto vacío.

En todo caso, una cama hecha y otra deshecha era algo que venía a confirmar sus sospechas. Bajó a toda prisa la escalera hasta el piso inferior y se dirigió al salón. Antes de llegar, aún en el pasillo, Amane apareció en el umbral de la cocina.

—Has dormido bien, ¿eh?

Alfredo se detuvo, a su pesar, para darle los buenos días. Ella hizo un gesto con la mano, señalando el salón.

—Anda, ve a desayunar. He preparado zumo de manzana, tostadas, café y... más cosas.

—Gracias.

Alfredo esperaba que Amane no notara la preocupación en su rostro. Entró en el salón. Allí estaba Iván, con una tostada en la boca. La tenía tan metida que, de haber aparecido en ese momento unos extraterrestres que lo hubieran visto como el primer ser humano del planeta, habrían pensando con seguridad que la tostada era parte de su cuerpo.

—*Bfuefnos dfias* —dijo como pudo.

—¿Y Beatriz?

Alfredo se quedó de pie ante su amigo, quieto y en tensión. Iván tragó y le contestó ya con su voz normal.

—Ni idea. ¿No está en su habitación? Yo acabo de levantarme.

Amane oyó lo que decían desde la cocina. Entró en el salón y les dijo que Beatriz se había marchado hacía cosa de una hora; que tomó un café y un panecillo y dijo que se iba a dar una vuelta por el pueblo y los alrededores.

—No quiso despertaros.

—¿Y sabe a dónde ha ido? —preguntó Alfredo.

—Pues eso: a dar una vuelta por el pueblo. ¿Habéis visto qué bonito está todo? Ha caído una buena nevada esta noche.

—¿Habrán cortado las carreteras? —dijo Iván, a quien no parecía extrañarle tanto como a Alfredo la salida sin avisar de Beatriz.

Amane asintió.

—No lo sé con seguridad, pero es probable.

—Qué raro... —dijo Alfredo—. Es como si no hubiera dormido en su habitación.

—Quizá durmió en la biblioteca —dijo Amane—. Esta mañana me habló de un libro que había estado leyendo. Es una chica muy curiosa, ¿verdad?

Ni Alfredo ni Iván podían saber hasta qué punto Amane sabía lo curiosa que era Beatriz. Ambos asintieron. Alfredo sacó su móvil del bolsillo.

—De todos modos tenía que haber dicho a dónde iba o algo. Voy a llamarla, a ver por dónde anda. Luego yo me voy al taller para que el mecánico mire el coche.

No había mucha cobertura. Alfredo esperó hasta que el aparato pudo establecer la llamada. Oyó un primer timbre en su oído, que enseguida se repitió como a lo lejos. Era el tono del móvil de Beatriz.

—No se ha llevado el móvil —dijo Iván, transformando en palabras lo evidente.

Alfredo movió la cabeza para orientarse.

—Suena en la biblioteca.

Los dos chicos salieron al pasillo y se dirigieron allí. Amane les siguió un paso atrás, despacio. Sobre la mesa del centro, junto con el libro que Beatriz había estado leyendo la noche anterior, estaba su móvil, sonando y vibrando. Alfredo colgó el suyo y se quedó quieto un momento, con la mirada fija en la mesa. Luego miró a Iván con el ceño fruncido.

—Tenía que tener más cuidado, joder —dijo—. No sé para qué sirve el móvil si uno no lo lleva encima.

—Bueno, se le habrá olvidado —dijo Iván.

—Sí... —Alfredo no parecía muy convencido—. ¿Por qué no salimos también nosotros? Podemos ir al bar de ayer y ver si está allí.

Desde la puerta de la biblioteca, Amane carraspeó para hacerse notar. Sonreía.

—Chicos, chicos, cómo se nota que sois de ciudad. Vuestra amiga se ha dejado el móvil, ya está. Ha salido a dar una vuelta por el pueblo, para ver la nieve y conocerlo. Ni que se hubiera ido al fin del mundo.

Lo que decía era cierto. Aun así, Alfredo estaba intranquilo, sin saber muy bien por qué.

—De todos modos, vamos al bar —se reafirmó, mirando a Iván—. A mí también me apetece ver el pueblo nevado.

Amane no dijo nada más. Su sonrisa se fue haciendo más leve.

—Claro, chicos, os gustará.

—¿Te pasa algo, Alfredo? —dijo Iván, que empezando a estar un poco molesto por la salida a la que su amigo le había poco menos que forzado.

—Nada... Bueno, me parece raro que Beatriz se haya ido sin su móvil. Siempre está con él a cuestas. Incluso que se haya ido por ahí a pasear sola, con el miedo que le dieron anoche esos perros.

Iván trató de colocarse el cuello del abrigo más hacia arriba, para taparse la cara hasta la nariz. Hacía mucho frío y había una suave y húmeda neblina, aunque nada parecida a la densa niebla de la noche anterior. Al menos se veía a más de un palmo de distancia.

—Pues a lo mejor justo por eso ha dejado el móvil: para sentirse libre por una vez.

—Si tú lo dices...

La contestación de Alfredo sonó despectiva. A Iván no le pasó desapercibido, aunque optó por callarse.

Ambos continuaron avanzando sobre la capa de nieve. La superficie estaba casi congelada, pero al pisarla cedía, haciendo que los pies se hundieran hasta más allá del tobillo. Caminar era difícil. Alfredo emitió un gruñido y miró al suelo. De pronto se quedó quieto. Iván dio un par de pasos más antes de notarlo. También él se paró. Al volverse, vio a su amigo de espaldas, mirando hacia la casa de Amane. Recorría con la mirada el camino que acaban de seguir.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Iván.

Alfredo respondió como si estuviera hablando para sí mismo. Iván apenas le oyó.

—No hay huellas.

—¿Qué? —dijo Iván, acercándose.

—No hay huellas. ¿No te das cuenta?

—¿Cómo que no hay huellas? ¿Es que estás ciego o se te está congelando el cere...

Entonces comprendió lo que su amigo quería decir: sí había huellas, las de ellos dos, pero ninguna más. Y debían haber visto las de Beatriz.

—Habrán nevado más desde que ella salió —dijo Iván, recapacitando—. Se habrán borrado.

Alfredo pareció quedarse contento con la explicación. Era lógica. Siguieron caminando hacia la bifurcación de las calles del pueblo. Más adelante, el letrero del bar, ahora apagado, se veía todo lo lejos que la bruma permitía.

—No estará cerrado... —dijo Alfredo.

—Y yo qué sé. Vamos y lo averiguamos.

Iván seguía molesto con su amigo. No entendía su actitud de esa mañana, y menos porque Beatriz se hubiera ido a dar una vuelta sin avisarles y sin llevarse el teléfono. No era para tanto.

El bar estaba abierto. Cuando entraron, Antón, el dueño, estaba de espaldas tras la barra, preparando un café. Sólo había dos clientes, que parecían las momias de dos antiguos faraones egipcios. Sin advertir su presencia, el dueño hablaba en voz muy alta para que se le oyera por encima del ruido del compresor de la máquina de café.

—... veinte casos. Veinte de cien, aquí, en el Condado. Y no tiene cura.

Los vejestorios asentían sin decir nada. Cuando el dueño acabó de calentar la leche, se giró y vio a los chicos con el rabillo del ojo. Como si se sintiera desnudo por su llegada inadvertida, les saludó y dijo:

—Estaba hablando de una enfermedad rara: gente que sufre un insomnio total y acaba muriendo. El sitio donde hay más casos en todo el mundo es Treviño.

—¿Ha visto usted a Beatriz, la chica que iba con nosotros anoche? —preguntó Alfredo sin hacer el menor caso a lo que les había dicho.

—¿Vuestra amiga...? —respondió el dueño. Carraspeó—. No, no la he visto. Por aquí no ha venido.

—¿Puede preguntarle a Mikel? —terció Iván.

—Mikel no está. Salió pronto esta mañana para dar un paseo por la nieve. El pueblo está muy bonito con la nevada. Sobre todo el bosque.

Alfredo miró a Antón con expresión aviesa. Era curioso que también Mikel hubiera salido temprano, igual que Beatriz, para dar una vuelta por el pueblo. Pero no hizo ningún comentario sobre ello.

—¿Cómo se llega a ese bosque?

—Casi rodea al pueblo desde el norte. Id hasta la farola que hay donde se separan los caminos. Tomad el de la derecha y luego, un poco más adelante, veréis otro camino que sube, también a la derecha. Ir por allí. Hay un poco de cuesta, pero si no os salís del camino, el suelo no está mal.

Sin darle las gracias a Antón, Alfredo se limitó a decir a Iván:

—Venga, vámonos.

—¿No quieres que nos tomemos un café, ya que estamos aquí?

—No.

La respuesta de Alfredo fue seca. Iván ignoraba lo que le pasaba por la cabeza a su amigo, pero optó por no contradecirle. Asintió y le hizo al dueño del bar un gesto de despedida.

El camino de Otsobeltz a Ochate discurría por suaves lomas de piso pedregoso e irregular. El barranco quedaba al otro lado, hacia Imíruri. Mikel

conocía la zona como la palma de su mano. Cada vez que quería estar solo o alejarse de su padre y de Otsobeltz, tomaba esa dirección. Le agradaba la soledad de las inmediaciones del “pueblo maldito”.

Pocos conocían la verdad sobre ese calificativo. Y nadie fuera de Treviño. Lo que se había publicado en tantos artículos y libros era sólo la parte superficial. La corteza de lo que allí ocurría. Como el episodio de la muerte del periodista en 1987, que era completamente falsa. Los investigadores de Ochate habían mezclado cosas para converger en una historia que no era cierta. Aunque tenía una parte de verdad. El periodista se suicidó lejos de Ochate, no murió dentro de su coche. Las fotos que tomó de los perros y la voz que se coló en su grabadora eran auténticas, pero no como se había publicado.

Mikel conocía la verdadera historia por Francisco Ortiz, que se la contó a su padre sin saber que él estaba escuchando. El periodista había ido a Ochate a buscar “misterios”, como tantos otros por aquellos años. Muchos que no los encontraban, se lo inventaban sin más. Pero aquel periodista los encontró. Vio algo que debía haber visto. Corrió a su coche, estacionado en el camino que lleva de Imíruri a Ochate y, cuando fue a arrancar, se dio cuenta de que no tenía batería. Pero no porque se hubiera agotado, sino porque había sido intencionadamente desconectada.

Los perros le rodearon. No se atrevía a bajar del coche y tomó unas fotografías. Entonces fue cuando aparecieron un hombre y una mujer y se acercaron a él. El periodista acababa de grabar el mensaje que se conoció después, en el que se “coló” la psicofonía. Al ver al hombre y la mujer que se aproximaban, cogió una barra de hierro que llevaba siempre debajo del asiento, por si necesitaba defenderse.

No la necesitó. El hombre y la mujer se quedaron a un par de metros, con las manos en alto, y le hicieron señas para que bajara la ventanilla. El periodista dudó, pero al final lo hizo. Sin acercarse más, le dijeron que ellos habían desconectado la batería del coche, y que les entregara los carretes y la cámara fotográfica. Si no, nunca saldría de allí con vida.

Las peores amenazas son las que no llevan un tono especial. Las palabras más serenas atemorizan más que las alteradas. El periodista obedeció, aparentemente. Sacó los rollos de película de su bolsa de mano y extrajo también el último, después de rebobinarlo, que era el que estaba puesto dentro de la cámara. Pero este lo dejó caer al suelo del coche.

Los desconocidos se acercaron un poco más, vieron la cámara vacía, cogieron los carretes y parecieron quedarse satisfechos. La mujer sonreía. Era más como una muesa, la de una serpiente a punto de devorar a su presa. El hombre, a su lado, se mantenía inexpresivo. El periodista tuvo la certeza de que,

pasara lo que pasase, no podía engañarles; que ellos eran capaces de penetrar su mente, saber lo que había hecho, lo que estaba pensando. Pero qué otra cosa podía hacer...

El hombre se alejó de la ventanilla, abierta sólo hasta algo menos de la mitad, y fue a la parte delantera del coche. Levantó el capó y volvió a conectar la batería. Al regresar junto a la mujer, le dijo al periodista que podía irse. Y que podía contar lo que quisiera, porque nadie le creería.

Una semana después, el periodista se suicidó. No había contado a nadie lo que había visto en Ochate. Pero una cosa era cierta: nadie le hubiera creído.

Mikel se detuvo un momento para sacudirse la nieve acumulada en los pantalones. Mientras lo hacía, evocó las últimas palabras del relato que Ortiz le había contado a su padre. Recordó su risa final, funesta, al revelarle quiénes eran el hombre y la mujer que, hacía un cuarto de siglo, habían quitado los carretes de fotos al periodista: él mismo y Amane.

El chico siguió caminando. Estaba ya muy cerca de Ochate. De lo que quedaba de él, más bien: cuatro casas desperdigadas, de muros medio derruidos. Salvo la torre de la iglesia de San Miguel, la única construcción que seguía en pie, desafiando al paso del tiempo como un centinela de piedra; o como si, de algún modo, se negara a derrumbarse y permitir que Ochate, con ella, cayera en el olvido.

El peligroso barranco quedaba en el lado opuesto. Guiándose por la figura de la torre, Mikel dejó a un lado los restos de un par de antiguas casas. Qué pequeñas parecían desde fuera aquellas viviendas, a la vista de sus cimientos y sus muros agujereados. Mikel no llegó hasta la torre, sino que giró hacia el norte cuando estaba a penas a unos pasos de ella para tomar el camino de la Herradura, que ascendía por las lomas hacia la ermita de Burgondo. Tampoco quedaba de ella gran cosa. Antes de quedar derruida y abandonada, su pórtico se llevó para preservarlo a otro pueblo de la zona, Uzquiano, donde hubo algunas protestas por considerar algunos vecinos que podía estar maldito.

Al pasar junto a las ruinas de la ermita, Mikel recordó otra de las historias que se contaban sobre Ochate. Si era cierta, algo que él ignoraba, ocurrió en los años ochenta. Por lo visto, un mendigo se refugió en lo que quedaba de la ermita y, dentro, hizo un fuego para calentarse. El fuego se extendió y acabó destruyéndola por completo. Decían que luego se encontró allí, entre las cenizas, un misterioso medallón de la Virgen, pero seguramente todo eso no eran más que paparruchas para ocultar la verdad.

Lo que sí era cierto es que, en una meseta próxima al pueblo, había una antigua necrópolis con tumbas antropomorfas, muy pequeñas, del tamaño de niños. Por alguna razón, el ser humano se había empeñado en habitar aquella

estéril región desde tiempos inmemoriales. Se decía que los primeros asentamientos databan de la Edad del Bronce, pero muchos vecinos —como Paco Ortiz, entre ellos— aseguraban que ya hubo antes seres humanos allí. Mikel ignoraba cómo podía él saberlo, y lo cierto es que le daba igual.

Él se dirigía al bosque que comenzaba hacia el noreste, más o menos a la misma distancia que separaba la ermita de Burgondo y la torre de San Miguel. La cuesta se hacía más empinada, aunque había un camino, ahora cubierto por la nieve. Al llegar a la parte más alta, Mikel se metió entre los árboles a su derecha. A unos cien metros se detuvo. El suelo mostraba una pequeña hondura y una oquedad. Pocos conocían la existencia de aquella cueva. Él mismo no debía conocerla.

Un ruido le alertó. Venía de muy cerca, de detrás. Se giró en redondo, creyendo que quizá fuera alguno de los perros que vagaban por la zona. Pero se equivocaba.

—Como Beatriz no esté en ese jodido bosque, voy a llamar a la Guardia Civil. Esto no me gusta nada.

Iván miró a Alfredo como si su amigo hubiera dicho que iba a lanzarse de un avión sin paracaídas.

—¿A la Guardia Civil? ¿Se te ha ido la olla, o qué?

—Para eso está, ¿no?

—¿Para qué, para rescatar a mujeres en apuros capturadas por los árboles de un bosque encantado?

Alfredo dedicó una mirada fulminante a Iván.

—Búrlate si quieres. Pero ya te he dicho lo que voy a hacer. Me da igual lo que tú opines.

—Muy bien. Que quede claro que es decisión tuya. Yo no tengo nada que ver en eso.

—No, tranquilo. Ya sé que a ti se te da muy bien eludir las responsabilidades.

Iván se quedó quieto. Alfredo también, un paso por delante, sin mirarle. Después de un par de segundos, Iván agarró a su amigo del brazo y le obligó a girarse de un fuerte tirón.

—¿Por qué coño dices eso, Alfredo?

—A mí no me hables en ese tono.

—Te hablo en el tono que me sale de los cojones. ¿Qué coño has querido decir con que eludo las responsabilidades?

—Lo sabes muy bien, Iván.

—No, no lo sé. Dímelo tú.

El sonido de la leve brisa que agitaba la bruma se hizo, por un momento, ensordecedor. Alfredo se mantuvo en silencio. Ambos se miraban como dos pistoleros de película del Oeste a punto de sacar sus revólveres.

—Que te den por culo —dijo Iván entonces, y siguió caminando.

Durante varios minutos, ninguno de los dos dijo nada. Recorrieron el camino que les había indicado Antón hasta que llegaron a las estribaciones del bosque, por llamarlo de algún modo. Los árboles se tomaban su espacio en la poco fértil tierra. Algunos eran altos, desperdigados entre matorral, y otros más bajos, y parecían casi raquíuticos. Todo estaba cubierto por el manto blanco. Si no hubiera sido por la bruma, más intensa allí, les habría bastado una ojeada para saber si Beatriz se hallaba cerca. Fueron ascendiendo por las lomas hasta una divisoria. Al otro lado, la pendiente era algo más pronunciada. No había rastro de su amiga. Tampoco pisadas. Pero, como había dicho Iván al salir de casa de Amane, podía haber nevado más desde que ella salió. Y eso, suponiendo que hubiera ido

allí.

—¡BEATRIZ! —gritó de pronto Alfredo.

No hubo respuesta. Iván no quiso imitarle. Siguió adentrándose en el bosque con él por detrás, a cierta distancia. Mientras caminaba pesadamente en la gruesa capa de nieve, sus pensamientos se enfocaron en lo que Alfredo había dicho sobre que sabía eludir muy bien las responsabilidades. No esperaba de él ese golpe bajo. Aunque tenía razón, por mucho que le doliera reconocerlo.

—¡Alfredo, mira!

La voz de Iván, detenido junto a un arbusto, hizo que Alfredo diera varias zancadas sobre la nieve para llegar hasta él. En una rama había un pedazo de tela rojo oscuro. Rojo oscuro como el abrigo de Beatriz.

En cuanto Alfredo lo examinó, se dio cuenta de que no podía ser ella. Se notaba que llevaba allí mucho tiempo: estaba raído por la intemperie.

Fue un alivio para ambos, pero también, extrañamente, los dejó un tanto apagados. La caminata había sido agotadora, teniendo siempre que sacar los pies de la capa de nieve a cada paso.

—No tiene sentido seguir más allá —dijo Alfredo—. Volvamos al pueblo, a casa de Amane, y si Beatriz no ha vuelto aún llamamos a la Guardia Civil.

Antes de que Iván pudiera contestar, lo vieron. Delante de ellos. Muy quieto.

—¡Hostias! —exclamó Iván.

Era uno de los perros. Enorme, como un lobo al acecho. Empezó a moverse muy despacio. Sus ojos estaban fijos en ellos. Ambos se quedaron paralizados. Si decidía atacarles, era imposible que pudieran escapar.

El ruido que Mikel había oído cuando estaba junto a la entrada de la cueva de Ochate no se repitió. Alertado por él, el muchacho se había quedado un rato quieto, en completo silencio. Luego fue a explorar los alrededores, entre los árboles, tratando de que no lo viera quien pudiera haberle seguido. En otra época del año, podía tratarse simplemente de un pastor, o de alguien dando un paseo por la zona. Incluso de algún investigador o aficionado al misterio.

A menudo, en verano, llegaban a la zona cazadores de psicofonías o fenómenos extraños, que casi nunca se iban del todo con las manos vacías. En uno de los pueblos de la región había incluso un grupo de jóvenes que decían haber fotografiado el rostro de Hitler en lo alto de la torre de Ochate, en lo que fue el campanario. Se trataba de una pareidolia, nada más, pero lo cierto es que la imagen se parecía mucho al líder nazi.

Pero ahora, en mitad del invierno, con todo nevado... ¿Quién podía estar por allí sin que fuera por algo?

Tras unos minutos de recelosa espera, Mikel llegó a la conclusión de que el ruido quizá no había sido real, sino producto de su imaginación. De la tensión

acumulada en su mente. Si era un animal, o alguno de los perros, no tenía de qué preocuparse. Su abuela le había hablado de ellos y le aseguró que nunca le atacarían. Le dijo que eran como guardianes de ese territorio, inofensivos con sus habitantes, protectores de ellos. Nunca le explicó cómo o por qué sabía eso. Y menos aún que no era verdad.

Más calmado, Mikel decidió seguir adelante. Volvió a la boca de la cueva y esta vez se metió por ella. La oscuridad le tragó al entrar, como la ballena a Jonás. Conocía bien los túneles, que desembocaban en una gran gruta. Avanzó por ellos tanteando con las manos las formas y los quiebros, y al fin llegó al lugar al que se dirigía.

Allí estaba la persona a la que quería ver, de la que quería comprobar el estado. Le llevaba algo de comer, unas cuantas barritas de chocolate en uno de los bolsillos de su abrigo. Se colocó en medio del espacio abierto. Su voz retumbó al decir:

—¿Beatriz?

Los guardias civiles José María Ortiz y Yolanda Serna estacionaron su todoterreno junto a una cafetería a las afueras de Treviño. Aún era pronto para comer, pero a esas horas intermedias de la mañana no venía nada mal un pequeño refrigerio. Sobre todo con ese frío que parecía robarle la energía al cuerpo. José María, al volante, paró el motor y cogió el interfono de la radio. Mientras lo hacía, Yolanda descendió del vehículo. El cabo se limitó a comunicar su posición, por si tenían que avisarles de algo. La nevada había sido fuerte, pero aún no había superado a las quitanieves. Por el momento, las carreteras principales seguían abiertas.

Yolanda esperó a su superior sujetando la puerta de la cafetería. José María se apresuró a entrar. Notó la bocanada de aire cálido que surgía del interior. Se quitó la gorra y se frotó las manos, aunque venía del coche, en un gesto instintivo. Yolanda también se quitó su gorra, se abrió el abrigo y le siguió hasta la barra.

—Buenos días —dijo el cabo a la camarera y a los presentes.

La respuesta fue un apagado coro de voces entremezcladas, sobre el que destacó la de la mujer, una oronda paisana con el rostro más colorado que el de un piel roja.

—¿Qué toman nuestros guardiaciviles? ¿Lo de siempre?

El cabo miró a Yolanda, que asintió.

—Sí, lo de siempre, Edurne. Pero a mí ponme hoy el café un poco más cargado, si haces el favor.

—El mío también —dijo Yolanda.

La mujer sonrió y levantó ambas manos en un peculiar gesto afirmativo. Se

notaba que era una persona vital. Los guardias civiles ocuparon dos taburetes de la barra. Como si sus movimientos estuvieran sincronizados, ambos dejaron su gorra sobre ella. Antes de que llegaran los cafés, Yolanda se acordó de algo que le rondaba la cabeza y que quería preguntarle a su jefe desde la noche anterior, cuando vieron pasar aquel coche en dirección a Otsobeltz.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo al cabo.

Éste la miró con sus ojos inescrutables. Igual podían mostrar enfado que burla.

—Ya lo has hecho. Pero sí, puedes preguntarme lo que quieras.

—Es sobre Otsobeltz.

El cabo sabía cuál era la pregunta. La esperaba. La esperaba casi desde que la joven guardia había llegado a Treviño. Sobre todo porque era una chica despierta.

—Qué quieres saber sobre Otsobeltz.

—He visto en los archivos del puesto que hace nueve años desaparecieron unos excursionistas. ¿Nunca se aclaró lo sucedido?

—Ya has visto cómo es esta zona: dura, con lomas suaves que se alternan con barrancos traicioneros. También hay algunas cuevas... No, no se pudo hacer nada. Ni siquiera se encontraron los cuerpos.

La camarera les puso los cafés y, como siempre, dos cruasanes a la plancha. Al ver que estaban hablando, no les interrumpió.

—Pero... —insistió Yolanda, pensativa—, leí que sus cosas sí se encontraron. Es como si hubieran tenido que irse a toda prisa. Tenían una cafetera llena de café. La tienda de campaña no estaba recogida.

—Si quieres decir con eso que no debían de estar muy lejos del campamento, supongo que tienes razón. Pero en la labor policial, querida, las cosas no siempre son como parecen, o como debieran ser.

—Ya... Tengo otra pregunta.

Ortiz le guiñó un ojo.

—Dispara.

—Usted dijo anoche, cuando vimos el coche que pasaba hacia Otsobeltz, que allí hay un sitio donde hospedarse. Un solo sitio.

—Es correcto: la casa de una señora del pueblo. Se llama Amane.

Yolanda miró un momento a su cruasán, como si quisiera darse un instante para elegir bien las palabras.

—¿Y hace nueve años?

Esta vez, la pregunta pareció incomodar un poco al cabo Ortiz. Apretó los labios antes de contestar.

—Igual. Pero conozco a Amane desde siempre. Me crié en Otsobeltz, y mi

hermano aún vive allí. Si pretendes insinuar algo, olvídale.

—Pero ¿estuvieron los excursionistas hospedados con ella? ¿Con Amane?

—Que yo sepa, no.

La respuesta de José María dio fin a la conversación. Echó el azúcar en su café, lo removió y se puso a untar la mantequilla y la mermelada en su cruasán. Por el tono, seco, tajante, Yolanda supo que se había molestado y prefirió no seguir preguntando. Amane debía de ser amiga suya, era comprensible que cualquier sospecha sonara a ofensa. Pero, a Yolanda, algo le decía que lo último que le había dicho su superior no era cierto.

En el bosque de Otsobeltz, los dos chicos habían estado muy quietos en los primeros instantes tras ver al perro que les había salido al paso de pronto, sin saber qué hacer, tratando de mantener la calma. El animal, sin dejar de mirarlos, se había ido acercando a ellos muy despacio. No estaba solo. A uno de sus lados apareció otro perro. Y otro más en el lado opuesto. Eran tres, formando un semicírculo en torno a ellos, cada vez más estrecho.

Iván ya no pudo más, dio un grito a Alfredo y salió corriendo a toda velocidad hacia la divisoria que había quedado a sus espaldas. Con cada zancada levantaba tanta nieve como la que levantaría un petardo. En todo momento creyó que alguno de los perros estaría a punto de abalanzarse sobre él.

Pero no fue así.

Cuando, exhausto, tuvo que detenerse y miró hacia atrás, vio a Alfredo a unos metros y a los perros en la misma posición que antes de la frenética carrera. Se dejó caer de rodillas sobre el blanco manto.

—Tranquilo —dijo Alfredo cuando llegó a su altura—. No creo que vayan a hacernos nada. Si quisieran, lo habrían hecho ya. Acuérdate de lo que dijo Mikel: son inofensivos.

—Siento haberme acojonado —se disculpó Iván.

—Eso ahora no importa. Levántate y vamos al pueblo. Y no corras más, por favor.

Hicieron lo que había dicho Alfredo. Los perros se mantuvieron por detrás, avanzando al mismo ritmo que ellos. Cuando llegaron a la línea imaginaria que marcaba el inicio del bosque, simplemente dejaron de seguirles y desaparecieron entre la bruma.

Iván se sentó en el suelo, jadeando.

—Era como si no quisieran que nos adentráramos más en el bosque —dijo.

—Es su territorio, al fin y al cabo. Los pastores deben de darles algo de comer cuando les ven. Seguro que por eso nos han seguido: querían comida.

—Pues vaya susto. Menos mal que la comida no hemos sido nosotros.

—Venga, levanta —dijo Alfredo—. Vamos a casa de Amane a ver si Beatriz

ya ha vuelto.

—Seguro que sí —contestó Iván, aún sentado y agotado por la carrera.

—Ya, pero quiero comprobarlo. Se está haciendo tarde y no me gustaría que nos cerraran el taller y tuviéramos que quedarnos aquí otra noche.

—¿Te has dado cuenta de que tampoco hemos visto a Mikel en toda la mañana?

—Sí. Pero él es del pueblo. Seguro que está con su novia. Y su padre en las nubes. Iluso...

Subieron por la empinada cuesta que conducía a la casa describiendo una curva amplia. Las huellas que habían dejado ellos seguían en la nieve. Y había otras más. Seguramente las de Beatriz. Aunque... parecían un poco grandes y tenían a un lado una especie de pequeño círculo.

Los chicos aceleraron el paso. Llamaron al timbre nada más llegar a la puerta. Amane les abrió casi al instante, como si estuviera esperándoles en el recibidor.

—¿Ha vuelto ya Beatriz? —le espetó Alfredo.

—No, no ha vuelto. Pero pasad, que debéis estar congelados.

El aspecto de los chicos era un tanto lamentable, con los pantalones mojados hasta la rodilla y el pelo apelmazado y revuelto.

—¿No sabe nada de ella? —preguntó Iván a la mujer.

—Nada. No tengo ni idea de dónde puede estar. Pero tranquilos, estoy segura de que aparecerá. No os preocupéis.

Amane los llevó por el pasillo hacia el salón. Alfredo estaba a punto de decir que no iba a esperar más, que iba a llamar a la Guardia Civil, cuando vio a Paco Ortiz sentado en una silla al fondo del salón. Ahora entendía lo de las huellas y la marca circular: su bastón.

—Paco —dijo Amane—. ¿Has visto tú a la amiga de estos chicos?

—No. Habrá ido a dar una vuelta por el pueblo. Está muy bonito con la ni...

—Ya la hemos buscado por todas partes —le cortó Alfredo—. De hecho, llevamos casi tres horas buscándola. Hemos recorrido el pueblo, hemos estado en el bar y hasta hemos ido al bosque por si la veíamos.

El tono de Alfredo era arisco. Iván terció para rebajarlo.

—Lo único que hemos visto han sido unos perros en el bosque. ¡Menudo susto nos hemos llevado!

—Ah, esos perros... No hay que temerles: no hacen nada —dijo Paco.

—Eso ahora da igual. —Alfredo estaba nervioso. Sacó su móvil del bolsillo—. Voy a llamar a la Guardia Civil y que vengan. No espero más.

Frente a él, al otro lado del salón, Paco se levantó. Llevaba en su mano libre, la que no tenía agarrada la empuñadura del bastón, una especie de rosario o

collar, que giraba en ella enroscándolo.

—No creo que te hagan mucho caso.

—¿Por qué? —casi gritó Alfredo—. Están para eso, ¿no? Es una persona desaparecida.

—Mira, muchacho, el tiempo está fatal. Es probable que esta tarde o esta noche nieve otra vez, y toda la zona quedará incomunicada. Vuestra amiga, además, no es una persona desaparecida.

—¿Ah, no? ¡¿Y qué es entonces?!

—Hasta que pasen cuarenta y ocho horas, no es nada.

Ahora el tono duro era el de Paco. Se había colocado a escasos treinta centímetros de Alfredo, mirándole fijamente. Éste no desvió la mirada ni se achantó.

—¿Y usted qué sabe?

—Algo sé. Mi hermano es cabo de la Guardia Civil. En Treviño.

Iván abrió mucho los ojos. Alfredo se quedó mudo. Fue Paco el que siguió hablando. Y volvió a su tono habitual.

—Pero no me malinterpretéis. Si os parece bien, dejadme que llame a mi hermano y se lo cuente. Seguro que si puede, vendrá. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo Alfredo, con la mirada ahora en el suelo—. Sí, por favor, llámele.

Paco Ortiz y Yolanda Serna aún se hallaban en la cafetería de Treviño cuando el móvil del primero sonó. El cabo, que en ese momento estaba escuchando con poco interés el parloteo de la camarera, le hizo un gesto para que detuviera el surtidor que tenía en medio de su cara de angelote.

—Dime, Paco.

La conversación no fue muy larga ni muy elocuente. Ortiz asintió varias veces antes de decir un escueto “sí” y colgar. Mientras volvía a guardarse el aparato, hizo un gesto a Yolanda.

—Tenemos que irnos.

—¿Ha pasado algo? —dijo ella inquieta.

El cabo sopesó sus palabras antes de pronunciarlas.

—Ha desaparecido una chica. En Otsobeltz.

—¿No sería una de los que llegaron anoche?

—Sí. Iba con dos chicos. Y, antes de que me lo preguntes, estaba hospedada en casa de Amane.

Yolanda siguió a su superior hacia la salida. No dijo nada. Se limitó a ocupar el asiento del acompañante en el todoterreno y a quedarse pensativa mientras él avisaba por radio al puesto. Pidió permiso para desplazarse hasta Otsobeltz, ya que el cielo parecía estar dando una tregua y su presencia no era necesaria. Pero no explicó el motivo.

Cuando ya había enfilado la carretera para salir de Treviño, Yolanda por fin habló.

—¿Por qué no ha comunicado al puesto que hay una persona desaparecida?

El cabo emitió un largo suspiro.

—Porque no creo que esté desaparecida. El que me ha llamado ha sido mi hermano Paco. Por lo que me ha dicho, debe de haber salido a ver la nieve y seguramente se ha desorientado y se ha perdido. Gente de ciudad.

—Sí, tiene razón. Eso espero.

En casa de Amane, Alfredo esperaba sentado en el sillón orejero de la biblioteca, en completo silencio, con la mirada fija en la chimenea y en el jugueteo de las llamas lamiendo y devorando la madera. En cambio, Iván se movía de un lado a otro de la estancia tratando de desfogar sus ganas de romperle la cara a su amigo. Paco Ortiz ya se había marchado. Sólo había ido a ver a Amane para hablar con ella de un asunto privado. Cuando se fue, la mujer insistió sobre que Beatriz aparecería. Estaba segura de ello, dijo a los chicos.

Frente a Alfredo, que no lo tenía tan claro, Iván se había puesto aparentemente de parte de Amane. Entre ambos le hicieron sentir un poco tonto,

como si estuviera exagerándolo todo y molestando a todo el mundo sin motivo. Por eso, en cierto momento se dirigió a Iván y lanzó contra él toda su artillería. Le llamó imbécil y le acusó de no preocuparse por Beatriz. Algo que era falso por completo. Lo que sucedía es que Iván prefería no exteriorizar tanto sus sentimientos. Desde que estuvieron en el bosque y vieron a los perros, ya no tenía tan claro que Beatriz sólo hubiera ido a dar un paseo y que volvería ajena por completo a sus preocupaciones.

Amane terció en la disputa y les llevó a la biblioteca para que tomaran algo y pudieran relajarse. Poco menos que les obligó a comer algo. No podían estar con el estómago vacío desde el desayuno, y menos con todo el ejercicio que habían hecho.

Desde el principio, desde que llegaron, Alfredo se quedó que silencio, pero Iván estaba a punto de estallar. Aprovechó que Amane había ido a la cocina a buscar café para desatarse.

—Tú sí que eres un imbécil, Alfredo —le espetó al fin, y sin esperar una respuesta añadió—: Claro que todo esto me mosquea. No conocemos la zona y Beatriz ha podido tener un accidente. Lo que dije antes era sólo porque la señora lo estaba diciendo y no creo que ponernos más tensos ayude en nada.

Alfredo no contestó inmediatamente.

—Vale —dijo al rato.

—¿Vale? ¿Y ya está?

—Y siento lo de antes.

Iván no respondió. Hacía más o menos un año, un amigo común de ambos se rompió las piernas esquiando. Vivía solo y necesitó ayuda en casa. Alfredo se encargó de casi todo, mientras Iván se buscaba toda clase de excusas para no aparecer. Los motivos existían, pero Iván nunca se los había contado a Alfredo ni se los pensaba contar. Aquel amigo común era gay, y le tiraba los tejos cada vez con menos pudor. La situación se había hecho muy desagradable, pero Iván no quería ser demasiado brusco. Optó por alejarse, sin más. Por eso no quería estar metido en su casa todos los días y evitó hacerlo con excusas de lo más variopinto. Su gran problema era que no sabía mentir. Se le notaba. Desde niño era incapaz de engañar a los demás, ni siquiera en cuestiones inocentes.

Alfredo se levantó y tendió la mano a su amigo. Le sonrió, conciliador. Se conocían lo bastante bien como saber lo que significaba cada cosa que decían o hacían. Sus enfados nunca duraban mucho.

Iván estaba a punto de estrecharle la mano a Alfredo cuando sonó el timbre de la puerta. Fue como la campana de un combate de boxeo. Ambos miraron hacia la puerta de la biblioteca. Alfredo se levantó y, con Iván por detrás, fue hasta el pasillo. Amane estaba ya abriendo. Era la Guardia Civil: dos agentes, un

hombre y una mujer. Él tenía que ser José María, el hermano de Paco Ortiz, aunque no se parecían mucho: el guardia civil era más alto y esbelto, y sus ojos no parecían tan vivaces ni tan inteligentes.

—Estos son los chicos —dijo Amane para presentarles—: Alfredo e Iván.

Los guardias se quitaron las gorras al pasar al recibidor.

—Cabo Ortiz y guardia Serna —dijo él sin más—. ¿Me pueden contar qué ha pasado?

El tono del cabo era bastante seco y con el deje de quien piensa de antemano que se trata de una tontería. Amane seguía con su eterna sonrisa. Antes de que ninguno de los dos amigos respondiera a la pregunta, intervino para decir a los guardias:

—Pero entrad, no os quedéis ahí. Quitaos los abrigos, vamos al salón, y así os tomáis un café mientras os lo cuentan todo.

Amane los guió y luego se fue a la cocina. Los guardias y los chicos tomaron asiento en torno a la mesa del salón. Yolanda sacó una libreta de un bolsillo. Enfrente de ella, a pesar de las circunstancias, Iván no pudo evitar fijarse en lo atractiva que era. Y más con el uniforme.

Fue Alfredo quien tomó la iniciativa.

—Llegamos anoche. Íbamos a San Sebastián a pasar la Navidad. Nos despistamos buscando una gasolinera y... Pero todo eso da igual. El caso es que...

—Yo decidiré lo que da o no igual —le cortó el cabo Ortiz—. Se despistaron buscando una gasolinera y...

Alfredo resopló.

—Y llegamos a este pueblo. En el bar nos recomendaron pasar aquí la noche. Esta mañana, Beatriz, nuestra amiga, no estaba. Amane nos dijo que salió temprano a dar un paseo, pero se dejó el móvil, y eso es muy inusual en su caso, que parece que lo tiene implantado quirúrgicamente. Salimos a buscarla en varios sitios, también por el monte, pero no encontramos ni rastro de ella.

—¿Preguntaron en el bar?

—Sí. Y nada, nadie la había visto.

—¿Ha podido pasar algo que la haya hecho marcharse sin avisar?

Alfredo pareció no comprender la pregunta. Iván sí la entendió, pero prefirió quedarse callado.

—¿Algo de qué tipo? ¿Qué quiere decir? —preguntó Alfredo.

—Algo entre ustedes: una riña, una disputa, una pelea, una desavenencia.

—No, por supuesto que no.

Amane apareció con una bandeja y el café. Mientras lo servía, Alfredo miró a Iván con gesto de perplejidad. Aquel cabo de la Guardia Civil, más que

ayudarles, parecía estar interrogándoles, y de muy mala manera.

—¿Es esa Beatriz novia de alguno de ustedes dos?

La pregunta, la forma de expresarla, colmó el aguante de Alfredo, ya bastante alterado de por sí.

—Y si lo fuera, ¿qué cambiaría eso?

El cabo Ortiz le dedicó una mirada crispada.

—Son ustedes quienes han querido que viniéramos. Si no van a colaborar, no hay más que decir. No estamos para perder el tiempo. Y menos con niños de ciudad.

—Por favor —intervino Yolanda para evitar que las cosas se salieran de madre—. Sólo hacemos nuestro trabajo. Todas las preguntas son importantes.

Su voz era serena, agradable, con un atractivo punto grave. Alfredo estaba rojo de ira. Esta vez fue Iván quien contestó.

—Beatriz no es la novia de ninguno de los dos. Sólo somos tres amigos de viaje a San Sebastián. Como no conocemos el pueblo, tememos que Beatriz haya podido perderse o haber sufrido un accidente.

—Bien —dijo el cabo Ortiz, al que no gustó demasiado la intervención de Yolanda—. Hagamos esto: la guardia Serna se quedará con ustedes para hacer indagaciones y, si llega el caso, para iniciar la búsqueda. Yo regresaré a Treviño en espera de noticias. El parte meteorológico pronostica una fuerte tormenta de nieve para estar tarde o esta noche, que se prolongará los próximos días, y no puedo, dado el escaso número de efectivos, quedarme yo también. Lo siento. Pero estén tranquilos: seguro que no será nada y encontrarán a su amiga pronto.

Sin esperar respuesta, el cabo se levantó de la mesa y fue hacia Amane. Se despidió de ella con una amabilidad que contrastaba con el modo de comportarse con los chicos, y que parecía imposible en él. Luego dirigió una mirada a Yolanda y siguió a Amane hasta la puerta.

Mikel llegó al bar y vio a su padre recibirle con cara de pocos amigos. Estaba sirviendo la comida a un matrimonio anciano que siempre iba por allí los sábados y los domingos. Para ellos, La Boca era como un restaurante de lujo: al menos, era el único restaurante de Otsobeltz. Antón recogió los primeros platos, sirvió los segundos y desapareció por la puerta que daba a la cocina. Mikel le siguió. Vio en sus ojos que su padre sabía lo mismo que sabía él, aunque no estaba seguro de que fuera a decirlo.

—Un paseo un poco largo —dijo Antón con sequedad.

Mikel no titubeó. Ya para qué. Eso no iba a cambiar nada.

—He ido hasta Ochate.

—¿Hasta Ochate? Creía que ibas sólo por el pueblo, o al bosque.

—Ya. Pero he ido a Ochate.

—Y a ella, ¿la has visto?

—Sí. Anoche.

Antón dejó los postres preparados y salió de la cocina. Se sirvió una copa de cerveza tras la barra y se la bebió de un trago sin mirar a Mikel, que se había sentado en un taburete.

—¿No quieres hablar? —le preguntó.

Antón señaló con la vista a los ancianos. No era el lugar ni el momento. Claro que tenían que hablar. Y mucho. Pero lo que tuvieran que decirse, debía ser a solas.

Cuando el cabo Ortiz se marchó, su subordinada se quedó a solas con Iván y con Alfredo en el salón de la casa de Amane. La guardiacivil cambió el tono y comenzó a hablar con ellos de un modo menos tenso.

—En el pueblo no hay ninguna zona peligrosa. Es cierto que en el monte se perdieron unos excursionistas hace años, pero no fue un caso normal.

—Cuando la buscábamos por allí —dijo Alfredo—, nos salieron al paso varios perros asilvestrados. Rondan por el pueblo. ¿Crees que podrían ser un peligro? Quizá siguieron a Beatriz, se asustó y se cayó en algún sitio. O está escondida. Le dan mucho miedo.

—Llevo aquí poco tiempo, unos meses, y aún no conozco bien la región. Pero no creo que esos perros supongan ningún peligro real. Lo lógico, si es que vuestra amiga se los encontró y se asustó, hubiera sido correr hacia el pueblo. Aunque no podemos descartar nada.

En ese momento, Amane regresó de despedir al cabo Ortiz. Se quedó de pie en el umbral del salón.

—¿Puedo seros de alguna ayuda? —dijo.

—Usted conoce mejor la zona —dijo Yolanda—. ¿Sabe si hay algún sitio peligroso adonde haya podido ir la... desaparecida?

La guardia trató de evitar esa última palabra, pero le salió así.

—¿Peligros por aquí? No. El bosque es de lomas suaves. No hay lugares escarpados. Cerca de Ochate, el pueblo abandonado, sí hay un barranco, pero está lejos y, con la nevada, dudo que nadie fuera a ir caminando hasta allí.

—¿Y cuevas? —insistió Yolanda.

—No, que yo sepa. Ya digo que el terreno es suave en esta región. Excepto el barranco de Ochate.

—No debemos descartar que Beatriz se adentrara en el bosque, los perros la asustaran y llegara hasta Ochate. Pero creo que antes hay que confirmar que no está aún en el pueblo.

—Esos perros son totalmente inofensivos —terció Amane.

Yolanda la miró sin hacer mucho caso de lo que ella pudiera opinar.

—Sí, bueno. En todo caso, querría ver sus cosas, por favor.

Amane resopló levemente, sin perder su sonrisa, y guió a la guardiacivil al piso superior, seguida de Iván y Alfredo. En el pasillo, frente a la puerta de la habitación de Beatriz, Amane se puso a un lado y señaló con la mano.

—La instalé aquí. Es el cuarto más confortable de la casa. Exceptuando, quizá, el mío y el de mi madre.

Al oír eso, Iván miró perplejo a Alfredo. No es que fuera algo extraño, pero ninguno de los dos había imaginado que Amane no viviera sola. Como no habían visto ni oído a nadie... Aunque, pensándolo bien, sí que habían oído algo. Más en concreto, lo había oído Beatriz.

—Mi madre es casi centenaria, está ciega e impedida, la pobrecilla —aclaró Amane—. Aunque la cabeza le rige perfectamente. Mejor que a la mayoría.

Iván estuvo a punto de contarle a Yolanda lo de los ruidos en el sótano, pero Alfredo leyó sus pensamientos y le detuvo con un gesto. No era el momento.

—Aquí está su maleta, su ropa... —dijo la guardiacivil casi para sí—. ¿Estas son sus cosas? —preguntó a Amane, señalando la cómoda junto a la ventana.

—Son cosas mías, la mayoría. Ese cargador de teléfono, no. Ni ese cepillo de plástico. Lo demás... —contestó la señora, que se había acercado a la cómoda— ... el resto es mío.

Yolanda asintió. Luego dirigió su mirada a los chicos.

—Todo esto no me dice nada. ¿Puedo registrar su maleta?

—No sé para qué —dijo Alfredo.

Iván comprendió al instante lo que pretendía: ver si había drogas o alguna otra cosa que pudiera darle una pista, un indicio con que elaborar una primera teoría. Algo parecido a lo que intentó su superior, el cabo Ortiz, cuando les preguntó por su relación con Beatriz y si había ocurrido algo reciente entre ellos.

—No hay inconveniente —dijo Iván. Esta vez fue él quien hizo callar a Alfredo.

Yolanda asintió de nuevo y fue hasta la maleta. La cogió con cuidado y la puso sobre la cama. No estaba cerrada. Revolvió su contenido durante un par de minutos, bajo el tenso silencio de los demás, comprobó los bolsillos interiores y exteriores, miró si había algún espacio oculto y, al fin, se dio por satisfecha.

—Al subir no hemos dicho nada, pero anoche Beatriz creyó haber oído algo, un ruido extraño, en el sótano de la casa —dijo Iván, sin poder contenerse por más tiempo—. No le hicimos caso y no sé si puede ser algo importante.

—¿Qué hay en ese sótano? —preguntó Yolanda a Amane—. ¿Cree que Beatriz pudo bajar allí antes de ir a acostarse?

Aunque no por experiencia personal, Yolanda había leído sobre personas que habían tenido accidentes en sótanos, desvanes o cobertizos. A menudo la gente

almacena allí, sin orden ni concierto, trastos de todo tipo, algunos peligrosos. Por supuesto, si le había ocurrido algo en el sótano, no podía ser verdad la versión de Amane de que había salido pronto esa mañana, pero no debía descartar nada. Todo el mundo miente.

—No creo que bajara —contestó Amane enarcando las cejas—. Y si lo hizo, a mí no me dijo nada esta mañana cuando desayunó. De todos modos, la puerta siempre está cerrada y no hay nada de especial. Algún mueble viejo. Ratones...

Al decir esto último miró a los chicos y amplió su sempiterna sonrisa. Aquello era lo mismo que le había dicho a Beatriz la noche anterior.

—¿Puedo bajar y verlo? —preguntó Yolanda.

—Por supuesto. Aunque creo con sinceridad que es una pérdida de tiempo.

Yolanda no contestó. Por primera vez, su rostro mostró una expresión glacial que ninguno de los otros había visto hasta ese momento. Sus ojos azules parecían puro hielo.

Otra vez en el pasillo, Amane guió a la guardiacivil hacia las escaleras y bajó hasta el rellano del sótano. Cogió la llave de la puerta de un pequeño estante junto a ella y la abrió. No entró en el sótano; sólo se hizo a un lado para dejar que fuera Yolanda quien pasara primero.

—El interruptor de la luz está en la pared, a la izquierda.

Si esperaba que Yolanda mostrara el menor atisbo de recelo, se equivocó. La joven guardia empujó la hoja y se metió en la oscuridad que reinaba allí abajo. Una bocanada de aire húmedo emergió del interior. Iván la siguió, mientras Alfredo observaba inmóvil la negrura.

—No encuentro el interruptor —dijo Yolanda después de varios tanteos con la mano.

Tras ella, Amane sonrió y entró también. Alfredo se quedó justo en el umbral, esperando. Cuando se hizo la luz, vieron al fin el interior del sótano.

El sótano se descubrió bajo la luz de una bombilla desnuda, situada en el techo, casi en el centro de la estancia diáfana. Las húmedas paredes estaban excavadas en la roca del subsuelo, apenas labradas para dejar a la vista unos muros irregulares y bastos. El suelo, no demasiado plano, era de losas de piedra pulida, a base de fragmentos de distintos tamaños que encajaban con poco concierto entre las uniones de mortero.

Junto a una de las paredes había varios muebles viejos, un candelabro de pie de hierro negro, un baúl de madera con refuerzos de metal forjado, diversos cachivaches, tablas y objetos indefinidos... Pero lo que llamó la atención a Yolanda y a los dos amigos de Beatriz fue una gran piedra circular situada en el centro, como la parte superior de una columna, que formaba una especie de altar. Tenía grabados unos extraños símbolos, desgastados por el paso del tiempo.

Yolanda se giró hacia Amane.

—¿Qué es eso?

—No lo sé a ciencia cierta. Siempre ha estado ahí. Desde antes de que se construyera esta casa. Quizá tenga algún valor arqueológico, pero nunca me he preocupado de averiguarlo, y eso que me lo han dicho muchas veces.

—¿Y esos signos?

—Tampoco lo sé. Imagino que serán alguna clase de símbolos paganos, seguro que muy antiguos.

—¿Hay alguna salida desde aquí?

—No, ninguna, salvo la puerta por la que hemos entrado.

La contestación de Amane fue rotunda. En aquella cueva más que sótano, no había lugar donde pudiera estar Beatriz. Tampoco había nada sospechoso, pero la guardiacivil tenía un mal presentimiento sobre Amane. Alfredo e Iván se mantenían en silencio, ajenos a lo rondaba la cabeza de Yolanda.

—¿Suele usted tener huéspedes a menudo?

—A veces, cuando viene el buen tiempo. Pero menos de lo que quisiera, a decir verdad. El dinero me viene muy bien. Con mi pensión y mis escasos ahorros, apenas llego a fin de mes.

—Ya.

Tras un silencio tenso, Iván salió de su ensoñación.

—Encontramos el móvil de Beatriz en la biblioteca. Estuvo allí anoche leyendo un libro sobre Ochate. Yo me fui a la cama. —Dirigiéndose a Alfredo, añadió—: Cuando tú te acostaste, ¿estaba aún leyéndolo?

—Sí. Me fui a la cama un rato más tarde que tú. Diez minutos, o así. Quedarme era una tontería —dijo Alfredo evitando la punzada del poco caso que

ella le hizo—. Beatriz no tenía ganas de charla. En cuanto me terminé mi bebida, me fui.

Yolanda echó una última mirada al sótano. Sin compartir lo que estaba pensando, dijo:

—Me gustaría ver el móvil de Beatriz y el libro sobre Ochate.

Esta vez, Amane fue la última en salir. Apagó la luz y cerró la puerta con llave. Los otros ya estaban subiendo por las escaleras cuando volvió a dejarla en el mismo sitio del que la cogió. Fue tras ellos despacio.

El teléfono de Beatriz y el libro seguían en la mesa de la biblioteca. Yolanda miró a los chicos para pedirles permiso para coger el móvil. Ambos asintieron. La guardiacivil echó una mirada a la biblioteca. No había tampoco nada fuera de lo normal, exceptuando lo anticuado de la decoración. Cogió el teléfono y vio que estaba bloqueado.

—¿Sabéis el código para desbloquearlo?

Iván puso cara de pez. A su lado, Alfredo dio un paso al frente. Se rascó el pelo por encima de la oreja, pensativo, y al fin dijo:

—Sí. Déjame pensar... Es 3140.

—¿Y tú cómo lo sabes? —exclamó Iván.

—Me lo dijo una vez. Es el número del día del mes en que nació y su número favorito.

—¿El 40 es su número favorito? Qué número más raro, ¿no?...

—Beatriz es así, ya la conoces. No podía ser el 7. Al menos no es el número pi.

Sin hacerles el menor caso, la guardiacivil comprobó las últimas llamadas. No se había hecho ninguna desde el día anterior por la tarde. Sus mensajes también se interrumpían antes de la noche pasada. No había pista alguna que seguir. Al menos en el teléfono. Era mejor centrarse en el libro. Desde que lo mencionaron en el sótano, una idea había empezado a formarse en su cabeza.

—¿A qué se dedica Beatriz?

—Es periodista —dijo Iván.

—¿Y las leyendas de Ochate le interesan?

La pregunta cogió desprevenidos a ambos amigos.

—Yo creo que no mucho —dijo Alfredo—. Ayer nos contó algunas cosas, las conocía, pero no en profundidad. Lo reconoció ella misma. Es periodista, eso sí, y todo lo que se sale de lo normal le interesa.

Amane apareció en el umbral.

—Antes dije que no pensaba que hubiera ido a Ochate —dijo Yolanda—, pero ya no lo tengo tan claro. Lo que sigo sin entender es que se dejara el teléfono. ¿Sabéis si llevaba cámara de fotos?

Alfredo miró a Iván.

—Siempre hace las fotos con el móvil. Nunca la hemos visto con una cámara. No es reportera, ni nada eso. Trabaja en una revista de divulgación científica. El suyo es otro tipo de trabajo, quiero decir.

—Ya.

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Iván—. ¿Ir a Ochate por si se ha perdido allí?

—No —contestó Yolanda, rotunda.

—Pero... —trató de protestar Iván.

—Vosotros dos os vais a quedar aquí mientras yo hago algunas indagaciones por el pueblo.

—¡De eso ni hablar! —casi gritó Iván—. Beatriz es nuestra amiga. No vamos a quedarnos aquí, mano sobre mano, sin hacer nada para encontrarla. Eso ni pensarlo.

También Alfredo iba a protestar, pero se quedó un poco parado ante la vehemencia de su amigo. No esperaba que pudiera reaccionar así. En todo caso, decidió apoyarle.

—Sí, estoy de acuerdo, nosotros también vamos.

—Esto no es una negociación —dijo con sequedad Yolanda—. No os lo estoy sugiriendo. Yo soy aquí la agente de la autoridad.

Amane sonreía como siempre desde la puerta de la biblioteca. Iván apretó los puños, rojo de ira, y a punto estuvo de perder los estribos. Por suerte, logró contenerse en las formas, aunque no en las palabras.

—No creo que aquí se trate de detener a nadie ni de pegar tiros. Sólo es buscar a nuestra amiga. Nuestra amiga —remarcó—. Y yo no pienso quedarme aquí metido, con o sin tu permiso. Si eso es desobedecer a la autoridad, ya puedes ir poniéndome las esposas, porque no voy a hacerte ni puto caso.

—El chico tiene razón —terció Amane—. Déjales que vayan contigo. O, por menos, uno de los dos. ¿No teníais una avería en el coche? Uno puede ir a ver al mecánico y el otro acompañarte sin molestar, claro.

Yolanda bufó con fastidio, pero tomó la rápida decisión de no ponerse en contra de todos. Era cierto que dejarse acompañar por uno de los chicos —de momento— no tenía por qué ser un problema.

—Muy bien —aceptó la guardia—. Lo haremos así: sólo acompañar, ¿está claro? —miró a Alfredo, que asintió, y luego a Iván. Éste mantuvo la mirada con el ceño fruncido. Yolanda insistió—: ¿Está claro?

—Sí, muy claro.

—Pues vamos. Aquí ya no hacemos nada. Y usted, Amane, avise enseguida al puesto, por favor, si la chica regresa.

El cielo seguía mostrando un pesado color plomizo. Parecía como si las nubes, cargadas hasta el extremo, estuvieran a punto de abalanzarse sobre la tierra. Pero ahí estaban, cuajadas en las alturas, esperando su momento.

En el exterior de la casa de Amane, Yolanda se detuvo a unos pasos de la puerta. Esperó a que Iván y Alfredo se pusieran frente a ella, a un lado del coche de ellos.

—Tú vienes conmigo —dijo señalando a Alfredo— y tú llevas el coche al mecánico —añadió señalando a Iván.

—El coche es de Alfredo —protestó Iván—. Que vaya él al taller.

A Alfredo le molestó que hablara como si él no estuviera y no contara con su opinión.

—Tú puedes llevarlo igual que yo, que también tienes carné de conducir. No creo que se te haya olvidado conducir en dos días.

—Ni siquiera tengo idea de lo que le pasa al coche, y quiero largarme de este pueblo en cuanto encontremos a Beatriz.

—Es sólo llevárselo al mecánico. Ya lo mirará él, que para eso está. No es tan difícil, ¿no?

La discusión empezó a aumentar el fastidio de Yolanda. Decidió atajarla de plano.

—Decididlo ya, porque yo me voy. Si no, lo haré sola.

—Yo voy contigo —dijo Iván tajante.

Alfredo chasqueó los labios y le dedicó una triste mirada de reproche.

—Haz lo que te dé la gana.

Sin esperar respuesta, se volvió hacia el coche y fue hasta él dando zancadas. Se agarró la manga del abrigo con la mano para estirarla y la pasó por el techo, la puerta del conductor y el parabrisas para retirar la capa de nieve. La parte inferior estaba dura. Abrió la puerta y buscó dentro algo que le sirviera para rascar el hielo del cristal.

—Vamos —urgió Yolanda a Iván, que seguía mirando a su amigo sin saber si decirle algo o no.

Mientras Alfredo quitaba el hielo del parabrisas con una vieja tarjeta de un programa de puntos que nunca le dio nada, la guardiacivil e Iván bajaron por la cuesta que llevaba a la calle principal del pueblo. Cuando ya estaban allí, sin dejar de andar, con el chico a un paso por detrás, Yolanda dijo:

—Como entorpezcas mi trabajo, te largas. Sólo para que lo sepas. Y no me gusta que me miren el culo, y menos de uniforme. Para eso me pongo una minifalda.

La visión de la guardia en minifalda fue imposible de evitar para Iván, que en todo caso desvió su mirada hacia el frente y la elevó a la altura del cogote de

Yolanda.

—No te estaba mirando —carraspeó.

—Ya.

Iván prefirió no insistir. Quizá la guardia tenía ojos en la espalda, o un sexto sentido como Obi Wan Kenoby. Sería genial, pensó, ponerla a cuatro patas y quitarle toda esa arrogancia.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A preguntar en las casas más próximas al camino que lleva a la casa donde estáis hospedados. Quizá alguien vio algo. Gente mayor, insomnes, cotillas... No me extrañaría que así fuera.

—¿Por qué estás tan segura de que Beatriz no ha ido a Ochate? ¿Sólo porque se dejó el móvil?

—Tengo mis motivos. No preguntes más.

En ningún caso iba a revelarle a Iván, o a su amigo Alfredo, lo que pensaba, ni por qué Amane le daba mala espina. Las suposiciones y las sospechas debían quedarse en eso, en lo que eran.

La primera vivienda, la más cercana a la cuesta, estaba al otro lado de la calle. Antes de llamar a la puerta, Yolanda se colocó en la fachada y miró hacia la casa de Amane. Se veían la parte alta, aunque no el piso bajo, y toda la cuesta que iba hasta ella. Tras la comprobación, la guardia sacó su libreta de un bolsillo del abrigo, se quitó la gorra y oprimió el botón del timbre.

Del interior llegó una voz que decía “¡ya va!”. A los pocos segundos, un anciano con andador abrió la puerta. Estaba encorvado como un árbol moribundo, y le costaba respirar por el esfuerzo de haber atravesado el salón y el recibidor. Sus ojos se abrieron como huevos cuando vio a Yolanda con el uniforme de la Guardia Civil.

—¿Qué... qué... pasa? —tartamudeó entre jadeos.

—No pasa nada, señor, no se preocupe —dijo Yolanda—. Sólo quería hacerle una pregunta.

El hombre pareció calmarse un poco.

—Usted dirá.

—Estoy buscando a una chica, morena, más o menos de mi edad. Salió de paseo esta mañana y aún no ha vuelto. ¿La ha visto usted por un casual? Estaba hospedada en casa de Amane.

La mención a Amane hizo al anciano cambiar la expresión de su rostro.

—Yo... No, yo no he... visto a nadie. Mi mujer está enferma. Y yo, míreme... Nunca salimos.

—Eso no importa —dijo Iván—. No digo que dé igual que su mujer esté enferma, claro. Pero han podido ver algo desde la ventana.

—No, nosotros no...

Yolanda echó una mirada de reprobación a Iván y luego sonrió al anciano.

—Gracias, ha sido usted muy amable. Que se mejore su mujer. Sentimos haberles molestado.

—Ninguna molestia, por favor —dijo el hombre visiblemente aliviado.

En cuanto volvió a cerrar la puerta tras de sí, la guardiacivil se separó unos pasos de la casa. Se quedó callada un momento y luego se encaró con Iván.

—Te he avisado de que me dejaras hacer mi trabajo.

—¿No te has dado cuenta de que ese viejo no sabía ni lo que decía? —se quejó el chico.

—Por eso mismo. No íbamos a sacar nada en claro. Salvo perder el tiempo.

—Se puso nervioso cuando mencionaste a Amane. Es evidente.

Lo que Iván decía era cierto. Yolanda seguía formándose una sospecha en su mente, pero aún no tenía una forma definida.

—Está bien. Pero te lo digo por última vez: yo soy quien hace las preguntas. Déjeme hacer mi trabajo o vete.

Crecido por la pequeña victoria, Iván estuvo a punto de soltarle que lo de hacer ella las preguntas era algo que no le había dicho antes. Pero pincharla con una chanza ahora podía ser como el Titanic chocando contra el iceberg.

—De acuerdo, de acuerdo: tú haces las preguntas.

A Alfredo le llevó varios minutos poner el coche en marcha. El contacto hacía girar el sistema eléctrico del arranque, pero éste no lograba encender el motor. Por un momento, pensó que había dicho definitivamente basta. Lo intentó una y otra vez, hasta que la batería pareció ir perdiendo fuerza. Antes de quedarse sin energía, cambió de táctica. Se bajó del coche, que estaba en llano, quitó el freno general y lo empujó por el marco de la puerta hasta el inicio de la cuesta mientras movía el volante. En cuanto el vehículo empezó a moverse por sí mismo, montó de nuevo y accionó el contacto.

—¡Vamos, cabrón! —gritó, al tiempo que soltaba poco a poco el embrague con la primera marcha engranada.

El coche se frenó un poco y el motor emitió un quejido, pero arrancó.

—¡Sí, joder! ¡Sí!

La palmada que dio en el volante fue tan fuerte que estuvo a punto de perder el control. El cristal trasero estaba helado, pero aun así pudo vislumbrar la nube de humo negro que salía por el tubo de escape. Al final de la cuesta aceleró con ímpetu para forzar el motor y echar fuera toda esa carbonilla acumulada. Los tirones eran más intensos que la noche anterior.

—A ver, el taller... —se dijo a sí mismo.

Era fácil llegar. Estaba un poco más adelante en esa misma calle, antes de la plaza del ayuntamiento y la iglesia abandonada. Al mirar un momento hacia lo alto, para comprobar el estado del cielo, se fijó en algo que no había percibido antes: el campanario de la iglesia no tenía campanas ni cruz. Su forma puntiaguda y los dos huecos vacíos, con una parte oscura por debajo, le hacían parecer la cara de un payaso triste.

Un poco más adelante, Alfredo giró hacia el taller. Delante de él había una pequeña explanada cubierta por la nieve. Avanzó con lentitud hasta la puerta metálica y se detuvo a un par de metros. Estaba cerrada. Miró su reloj: eran más de las cuatro de la tarde. En todo caso, había llegado. Paró el motor y descendió. Como si acercarse más a la puerta pudiera revelarle que, en realidad, estaba abierta, la escrutó durante un largo rato. No había nada en ella, ni un cartel con el horario ni un teléfono al que llamar. Pero no iba a rendirse con tanta facilidad.

La casa más cercana quedaba a la derecha. Su puerta daba a un callejón perpendicular a la vía principal. Fue hasta ella, subió los dos escalones que la separaban del nivel del suelo y llamó al timbre. Le pareció que no sonaba. Esperó unos segundos y volvió a llamar, esta vez con los nudillos.

—¿Sí? —dijo una voz al otro lado.

—Hola, perdone —contestó Alfredo en tono alto—. ¿Sabe usted dónde

puedo encontrar al mecánico del taller que está ahí?

La puerta se abrió. Desde el otro lado, entre sombras, emergió el rostro arrugado de una mujer muy pequeñita. Alfredo tuvo que bajar la mirada, tras un instante de desconcierto al abrirse la puerta y no ver a nadie.

—¿No está Avelino en el taller? —preguntó la señora.

—No, está cerrado.

—Este Avelino... Antes abría por las tardes, pero ahora... Es el hijo de mi hermana, ¿sabe? Un poco cabeza loca, el muchacho.

Por la edad de la mujer, Avelino debía de ser ya un tipo maduro, más que un muchacho. Y lo que decía no era muy halagüeño.

—¿No es buen mecánico? —dijo Alfredo.

—Eso sí, hijo, pero es que trabaja menos que la sotana de un cura. Ahora, últimamente, sólo cuando quiere...

—¿Sabe usted dónde puedo encontrarle?

—En casa o en el bar, seguro. No se me ocurre ningún otro sitio. Ése le da un poco al alpiste, ¿sabes?

El cuadro que estaba haciendo del mecánico su propia tía era como para dejar de preguntar y salir corriendo.

—El bar sé dónde está.

—Pero mira antes en su casa, que la tienes más cerca. Si está durmiendo la siesta, o la mona, insiste al timbre hasta que se levante. Es ahí. Esa puerta verde fea. Quién le mandaba pintarla de ese color...

La señora sacó todo su cuerpo al exterior, se cerró la gruesa chaqueta de lana negra que llevaba puesta y señaló hacia el fondo del callejón.

Yolanda e Iván habían visitado ya tres casas con el mismo resultado que en la primera, al menos en lo que respecta a la información obtenida. En aquel pueblo sólo parecía haber gente mayor. Salvo Mikel, el hijo del dueño del bar, no habían visto a nadie con aspecto de tener menos de cincuenta años.

Iván estaba empezando a perder la paciencia. No entendía por qué la guardiacivil se empeñaba en indagar en el pueblo, en vez de iniciar una búsqueda de verdad de Beatriz. Si al menos compartiera con él lo que pensaba, quizá comprendería sus razones. Pero de momento guardaba silencio.

Iba a lanzarle esos reproches a Yolanda cuando la puerta de la casa a la que ella acababa de llamar se abrió. Tendría que esperar a que la anciana que apareció en el umbral les dijera, una vez más, lo consabido: que no había visto nada, que no sabía nada, que no se enteraba de nada...

—Buenos días. Perdone que la moleste, señora —saludó Yolanda—, pero ha desaparecido una chica y querría hacerle unas preguntas.

La mujer no cambió la expresión de su rostro. Se limitó a contestar con otra

pregunta, escueta y directa:

—¿Estaba en casa de Amane?

La que no esperaba eso era la guardiacivil. Tardó un segundo en procesar la pregunta. Por fin parecía que alguien iba a aportar algo a la investigación. Y no sólo a la desaparición de la joven.

—Sí, se hospedaba con dos amigos en casa de Amane. Uno de ellos es este.

—Pasad, por favor. Es mejor no hablar aquí fuera —dijo la mujer, haciéndose a un lado—. Hace frío y nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Primero entró Yolanda, seguida de Iván. La casa era oscura y los muebles tan rústicos que casi parecían no haber sido labrados por un ebanista sino por un niño. Aquella casa tenía al menos un siglo, y todo en ella lo demostraba: un suelo de baldosines con dibujos geométricos desgastados, unas paredes irregulares de un blanco de cal amarilleado por la humedad, un pasillo estrecho y triste que desembocaba en una sala de estar con olor a cerrado.

—Sentaos donde queráis —dijo la anciana, señalando una mesa circular con cuatro sillas—. ¿Queréis tomar un café? Acabo de hacerlo.

Yolanda agradeció el ofrecimiento, aunque lo rehusó. Sin embargo, la mujer no hizo el menor caso. Desapreció un momento en el pasillo y regresó con una bandeja de metal con tazas, un tetrabrick de leche y una cafetera italiana. Ni Yolanda ni Iván se habían sentado aún a la mesa.

—Vamos, que las sillas no muerden. ¿Cómo tomáis el café?

—Solo, con bastante azúcar —dijo Yolanda, sentándose y aceptando el casi obligado café.

Iván ayudó a la anciana a posar la bandeja en la mesa. Se notaba que, a pesar de su edad avanzada, era una persona vital y enérgica, pero sus manos temblaban ligeramente.

—Yo lo tomo con un poco de leche, y normal de azúcar.

—¿Qué es normal de azúcar para ti, hijo?

Yolanda esbozó una sonrisa. Esa mujer le recordaba a su propia abuela, una asturiana sin pelos en la lengua que falleció hacía un par de años.

—Una cucharada —dijo Iván como si respondiera a una orden militar.

La anciana sirvió los cafés. Ella se puso una taza sin leche ni azúcar.

—Tengo que deciros, antes de nada, que no he visto a ninguna joven. En eso no voy a poder ayudaros. Pero... —hizo una pausa, durante la cual escrutó los rostros expectantes de Yolanda y de Iván—... pero sí tengo algo que contar. Y estoy segura de que os interesará.

Alfredo había conseguido arrancar al mecánico del sofá a fuerza de hacer sonar, sin piedad, el timbre de su casa. De malas pulgas, el hombre se adecentó y

se aseó lo mínimo y fue con el chico hasta el taller. Tenía unas ojeras que le llegaban a los pies y parecía —quizá por la resaca de una comida bien regada— poco inclinado a charlas. Cuando Alfredo le contó los síntomas de la avería, estuvo un buen rato mirando el motor y, dentro del coche, acelerando y escuchando el sonido que producía. Sin explicar nada, concentrado como un médico en su paciente, conectó un pequeño ordenador bastante arañado a una toma interior del vehículo. Ejecutó un programa, miró varias pantallas y, por fin, hizo su diagnóstico.

—A este coche le fallan los inyectores. Pero tengo que hacerle más pruebas. Tendrás que dejármelo.

A Alfredo no le agradó nada esa opción.

—¿No puede hacer algún apaño para que podamos llegar a San Sebastián? No hace falta que quede perfecto.

—No lo sé. Para eso tengo que mirarlo mejor. Si la cosa es muy grave, no tengo aquí las piezas y no puedo pedir las hasta el lunes. Intentaré hacer un arreglo de emergencia, pero no sé si será posible, ¿eh?

—Pues vaya... ¿Qué hago entonces, le llamo más tarde para ver si ha podido hacer algo?

El mecánico le dio al chico su número de móvil.

—Llámame a partir de las siete o así. A ver si hay suerte.

Ahora Alfredo estaba en medio de la calle, cerca de la plaza, con la sensación de que todo se ponía en contra. Sacó su teléfono del abrigo y marcó el número de Iván. Cuando éste contestó, en voz baja, trató de explicarle lo que había pasado con el coche, pero no le dejó. Le dijo dónde estaban él y la guardiacivil y le pidió que fuera para allá. Utilizó la palabra “importante”.

Alfredo se quedó un tanto extrañado. Iván no dijo que hubieran encontrado a Beatriz, pero debían de estar sobre una pista. Eso le alegró y le inquietó a la vez. Al pensarlo, lo segundo fue aumentando en detrimento de los primero.

Se apresuró en llegar a la dirección que Iván le dio por teléfono. Era de una casa que estaba por detrás de las primeras en el ramal izquierdo de la calle principal, cuyas fachadas daban a la de Amane. Alfredo cruzó la vía, bajó por un pequeño terraplén y caminó unos metros en dirección a la salida del pueblo. Las indicaciones no eran demasiado precisas, pero sí la descripción de la casa, con una puerta estrecha y marrón y ventanas blancas con macetas sin plantas.

Cuando llamó a la puerta, la dueña pidió a Iván que fuera él a abrir. Yolanda iba tomando notas en su libreta. Hasta el momento, en efecto, la anciana había dicho algunas cosas interesantes y perturbadoras. No había visto a Beatriz, pero en allí pasaban cosas muy raras, en toda la zona, con su epicentro en Ochate. Como esos perros, que siempre aparecían cuando algo extraño iba a ocurrir. No

es que no hubiera perros sueltos todos los años, pero, en algunas ocasiones, parecían ir juntos, tener un plan, ser capaces de... pensar.

—Yo soy tan vieja como las piedras de estos parajes —dijo—. Hace años, en 1987, creo recordar, murió un periodista que había estado en Ochate. Nunca se investigó a fondo. Se han contado muchas cosas. He oído hablar de ello hasta en la televisión. Pero la verdad sólo la sabemos unos pocos. Al menos una parte de la verdad. Aquel hombre murió porque vio algo que no debía haber visto. ¿Qué?: antes de que me lo preguntéis, no lo sé. Sólo sé, a ciencia cierta, que su muerte no fue casual. Está relacionada con esta región. Yo no creo en maldiciones, aunque creer o no creer en algo no cambia la realidad. Y el peor ciego es el que no quiere ver.

—¿Sabe algo de los excursionistas que desaparecieron hace nueve años? —preguntó Yolanda.

—Ese año también aparecieron los perros, como ahora. Se dijo que los excursionistas habían desaparecido en el monte que está detrás del pueblo, y que se extiende hasta las cercanías de Ochate, por el norte. Lo dejaron todo como si tuvieran intención de volver. Los cuerpos nunca se encontraron. Al menos, eso dijeron. Han sido ya varios los desaparecidos a lo largo del tiempo. Incluso el padre José, el último cura que tuvimos, se mató de un modo extraño. Sobre todo para alguien tan aficionado como él al campo. Nunca creí lo que contaron, que se había caído y golpeado con una piedra en la cabeza, ni vi su cuerpo en la capilla ardiente.

Yolanda escuchaba con atención, pero sabía muy bien adónde quería llegar.

—¿Los excursionistas estaban hospedados aquí, en Otsobeltz?

—Estuvieron acampados unos días en el bosque, pero antes estuvieron aquí, en efecto: en casa de Amane.

—¿Puede decirme algo de ella?

—¿De la casa?

—No, de Amane.

—No tengo mucho contacto con ella. Es una mujer que no me gusta. Es... Tiene algo maligno, no sé si me entienden. Siempre que ha habido desapariciones, ha estado relacionada de algún modo. Igual que Paco Ortiz. ¿Lo conocen?

Iván se apresuró a decir que sí, que le habían conocido en el bar del pueblo, y que fue él quien se ofreció a avisar a la Guardia Civil. Yolanda levantó la mano para que no desviara la conversación.

—¿Y su hermano José María?

—No, José María no. Él no quiso saber nada. Se hizo guardiacivil, como su padre. Paco y José María son hermanos, pero nadie lo diría. En José María se

puede confiar. En Paco... —suspiró—. Está siempre con Amane. Tienen algo entre manos, y también otros del pueblo. Aquí hay algo malo, antiguo. No sé lo que es, pero lo noto como cuando va a venir una tormenta, en los huesos.

Yolanda estaba segura de que aquella mujer sabía más de lo que decía, quizá por miedo. Pero, de momento, no convenía presionarla. Al hablar, sus expresiones cambiaban, sus facciones temblaban. Sus sentimientos se veían aflorar a su rostro como náufragos tratando de escapar de las profundidades oscuras y traicioneras del mar.

—Lo mejor es que os marchéis cuanto antes —añadió la anciana mirando a los chicos—. La Guardia Civil buscará a vuestra amiga. Es lo mejor. Por nada del mundo querría que os pasara algo a vosotros también. Hacedme caso y marchaos.

—Nuestro coche está averiado —intervino Alfredo.

La anciana negó y volvió a suspirar.

—Ya veo que no vais a hacerme caso. Pero yo os lo he avisado. No puedo hacer más.

En cuanto Yolanda y los chicos se despidieron de la anciana y abandonaron su casa, ésta regresó de inmediato a la sala de estar. Ahora había allí un joven, de pie en medio de la estancia: era Mikel, que había estado escuchándolo todo oculto, desde la habitación de al lado.

—Abuela, ¿estás segura de que han creído lo que les has dicho?

—No lo sé, hijo. Pero es lo único que podía hacer.

El muchacho se sentó en la silla donde unos momentos antes había estado Yolanda. La anciana se ocupó la que estaba enfrente y le miró a la cara. Tenía los ojos perdidos en el fondo de una de las tazas vacías de café. Pensaba, sin saber por qué, en la televisión; en todas esas series y programas en los que salían jóvenes como él, que, a diferencia de él, tenían problemas de jóvenes. Sintió más que nunca estar lejos, muy lejos de Otsobeltz.

—Seguro que me han creído —dijo la anciana, sacándoles de sus pensamientos.

El muchacho levantó la vista de la taza.

—¿Qué haremos si...? ¿Qué haremos si no se dan cuenta de la verdad?

—No le des vueltas. Ahora es tu turno: haz lo que tienes que hacer. Y ten cuidado. Por lo que más quieras, que no te descubran.

—Sí, abuela, lo que tú digas.

Sin decir nada más, el muchacho dio un beso a la anciana y se marchó. Quería ver a otra persona antes de que llegara la noche, antes de hacer lo que debía hacer. Por si las cosas no salían como estaban planeadas.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Iván a Yolanda.

Había anochecido y el cielo amenazaba con descargar la prometida tormenta de nieve.

—Al bar. Quiero ver si está allí Paco Ortiz. Luego volveremos a casa de Amane. También tengo unas preguntas para ella. Pero antes quiero preguntaros algo a vosotros dos.

Alfredo la miró sin entender. Fue Iván el que habló.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Cuál es vuestra relación con Beatriz? Ya sé que eso os lo ha preguntado antes mi superior. Pero no se trata de si habéis discutido o estáis peleados. Quiero saber el fondo. ¿Sólo sois amigos? ¿No hay o ha habido nada más?

La pregunta dejó a Alfredo clavado. Sintió cómo cierto rubor le subía a las mejillas. Por su parte, Iván se tomó la pregunta, tan directa y personal, como algo que no venía a cuento y se molestó.

—Ya lo hemos dicho antes: no hay nada más que una estupenda amistad

entre nosotros. Sólo eso.

—No me lo creo —le picó Yolanda—. Tú no creo que tengas nada con ella. La estás buscando y aun así me das repasos cada vez que puedes. Pero tú, Alfredo, juraría que te gusta. Quizá ella te corresponde. ¿Es así?

—A los dos nos gusta Beatriz —dijo Alfredo azorado—. Eso no es... ningún secreto.

—¿Ah, no? —exclamó Iván—. Pues para mí sí que es un secreto. Nunca me lo habías dicho. Nunca hemos hablado de eso, de hecho.

Yolanda había conseguido lo que quería. Todo el mundo miente.

—Ya veo que a ti también te gusta.

—Beatriz es guapa y muy atractiva —se defendió Iván—. Eso no quiere decir nada. Yo, desde luego, no tengo nada con ella. Alfredo... ya no lo sé.

—No, no tengo nada con Beatriz.

—¿Ni lo has tenido? —insistió la guardiacivil.

—No.

La respuesta de Alfredo sonó tajante, pero sus ojos se desviaron. No fue capaz de aguantar la mirada de Yolanda. Era suficiente. Su intención no era provocar un conflicto, aunque si tenía que provocarlo para saber lo que quería, tampoco iba a andarse con miramientos.

—De acuerdo, no tenéis nada con Beatriz. Salvo una hermosa amistad, por supuesto —dijo aceptando en apariencia, y con cierta socarronería, las explicaciones de ambos—. Bien, vamos al bar a ver si está allí el hermano de mi jefe. Ojalá él pueda arrojar algo de luz en todo esto. No se os ocurra decir nada, y menos hablar de lo que nos ha dicho esa anciana.

—¿Qué piensas? —preguntó Alfredo—. ¿Tienes ya alguna sospecha concreta?

—Ya veremos.

Mikel fue hasta la calle principal y siguió por ella hacia el ayuntamiento. Iba despacio, distraído. Sacó su móvil y buscó el número de Arantxa. Quería hablar con ella, escuchar su voz. Verla, si era posible. Aunque no podía contarle nada de lo que estaba sucediendo.

—Soy Mikel —dijo él, un tanto azorado, cuando la chica contestó a la llamada. Siempre se ponía nervioso cuando hablaba con ella por teléfono, no sabía por qué—. ¿Puedes quedar un rato ahora?... Sí, hasta la hora de cenar... Vale, te espero junto al ayuntamiento.

Colgó y volvió a guardarse el móvil. Ahora no nevaba, así que podrían dar un paseo. Mikel odiaba no tener un lugar donde verse con Arantxa. Quizá, si fuera así, su relación podría ir a más. Nunca se habían acostado.

Estaba ya muy cerca del lugar de la cita. Continuó sobre la capa nevada,

dejando sus huellas en la blancura absoluta y contemplando las casas de ese pueblo que detestaba. Se sentó bajo el pórtico del ayuntamiento, apoyado en una de las columnas de piedra. Enfrente tenía la iglesia. El suelo estaba frío, pero seco, y prefería enfriarse el trasero que seguir de pie.

Arantxa no tardó en aparecer. Sonreía y estaba hermosísima, más guapa que nunca por debajo de un grueso gorro de lana que dejaba al descubierto las puntas de sus orejas, levemente de soplillo. Le miró con picardía y se encendió un cigarrillo. Fumaba a escondidas, sin que lo supiera su padre.

Se acercó a Mikel, soltó el humo de la primera calada, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos a quedar aquí? —le dijo.

—Vamos a donde tú quieras —contestó él.

—Pues no hay muchas opciones... ¿Y si nos metemos en la iglesia?

La chica se abrió un poco el abrigo y dejó al descubierto dos botes de cerveza que llevaba escondidos.

—Se los he cogido a mi padre.

Dentro de la iglesia y con cervezas, fue la única vez en que Mikel y Arantxa habían tenido contacto físico. No fue gran cosa, más allá de un poco de sobeteo y unos cuantos besos. Hacía mucho frío, pero quizá hoy pudieran llegar a más.

Antes de atravesar la plaza para ir juntos a la vieja iglesia, Mikel vio, a distancia, a los amigos de Beatriz. Iban acompañados de la guardiacivil con la que habían estado en casa de su abuela.

Paco Ortiz no estaba en ese momento en el bar. Había ido a la casa de Amane para hablar con ella. Y con su madre, la anciana ciega que decía tener visiones. Los tres habían bajado al sótano por un corredor secreto. Por debajo de la estancia que Amane había mostrado a la bisoña guardiacivil y a los amigos de Beatriz, había otro espacio mucho mayor. Este se hallaba conectado, mediante largos túneles naturales excavados en la roca por la acción de un antiguo río subterráneo, con los montes de la parte alta de Ochate, más allá de la ermita de Burgondo.

La anciana estaba en su silla de ruedas, mirando sin ver hacia el frente, con el rostro impertérrito. Su hija y Ortiz hablaban junto a ella a la luz de un candelabro de hierro negro, con tres velas, cubierto de una capa de cera que se proyectaba hacia el suelo pétreo como finas estalactitas.

—No saben nada —dijo Paco Ortiz.

—¿Y Mikel? ¿Y su padre? ¿Y esa a la que llama abuela?

—Mikel y su padre servirán a nuestros propósitos. Su abuela ya ha sido aleccionada.

La anciana intervino en ese momento. Su voz sonó aguda pero áspera como

el roce de unas ortigas.

—¿Y ha aceptado colaborar?

—Sí, lo ha hecho —dijo Paco Ortiz en un tono de máximo respeto.

—¡No os fiéis de esa!

—Madre —terció Amane—, tiene motivos para obedecer y hacer todo lo que le digamos. Lo único que me preocupa ahora es esa guardiacivil.

—Mi hermano la tendrá controlada si llega a ser necesario. Aunque no lo creo. Nadie puede ni imaginar lo que pasa en nuestro... pequeño mundo.

—¡Pequeño, sí, pero poderoso, no lo olvidéis! —casi gritó la anciana.

Amane asintió y le acarició el pelo con ternura. Sonrió al evocar el poco tiempo que le quedaba ya a su madre, y cómo toda esa amargura que destilaba por su marchito cuerpo se transformaría en comida para los gusanos. Entonces ella heredaría su don.

El silencio se hizo de nuevo en el bar, como la noche en que llegaron los chicos al pueblo. Pero esta vez fue más tenso. Había por lo menos diez o doce clientes, que se callaron al instante al ver a Yolanda y su uniforme de la Guardia Civil, seguida de los dos amigos de la chica desaparecida. A esa hora, ya sumidos en la noche invernal, todos en Otsobeltz sabían lo que pasaba.

Antón, el dueño, saludó secamente desde la barra. Su expresión era seria. En un rápido escrutinio del interior, Iván y Alfredo comprobaron que ni Paco Ortiz ni Mikel estaban entre los presentes. Los tres se acercaron a la barra. La guardiacivil se abrió el abrigo y dejó su gorra sobre el viejo metal pulido. Los chicos no sabían si iban a pasar allí un rato, pero la imitaron. Fuera hacía mucho frío y empezaban a caer los primeros copos de nieve. El contraste con la calidez interior les hizo sentir un repentino sofoco.

—Es usted el dueño, ¿verdad? —dijo Yolanda a Antón, más afirmando que preguntando.

—Sí. Y usted es la guardia nueva de Treviño, ¿no?

—Exacto. Tengo que hacerle una pregunta. En realidad, dos preguntas.

—Por supuesto. Pero ¿quieren tomar algo?

—Después —dijo Yolanda sin esperar a ver qué decían los chicos—. Supongo que está al tanto de que ha desaparecido una joven que estaba hospedada en el pueblo.

El dueño asintió y enarcó las cejas.

—Sí, llegó anoche con sus acompañantes. Ya han estado aquí y me han preguntado esta mañana. No la he vuelto a ver. Espero que no le haya pasado nada.

La respuesta fue convincente. Lo último que había dicho era verdad y mentira a la vez, pero no titubeó.

—¿Y a Francisco Ortiz lo ha visto? —continuó la guardiacivil.

—¿A Paco? Sí, a Paco sí lo he visto. Ha estado aquí esta tarde, hará una hora o poco más.

—¿Y sabe adónde ha ido? Es importante que hable con él.

—No, ni idea. Imagino que se habrá ido a su casa.

—¿Puede haber ido a casa de Amane?

Esa pregunta sí que hizo a Antón vacilar. Se le escapó una mirada de reojo hacia los clientes que ocupaban las mesas, como si quisiera ver la reacción que la guardiacivil había provocado en ellos.

—No... lo sé. Puede ser. Son amigos. Yo no lo sé, no soy su niñera.

—Aquí nadie sabe nada... —se quejó Yolanda entre dientes.

Lo hizo para que todos pensaran que no había descubierto nada. Y así era en cierto modo. Pero sólo en cierto modo. Lo que le había contado la anciana resultaba impreciso, vago, aunque esclarecedor. Ahora tocaba emplear la táctica de hacerse la tonta. Cuando era niña, su padre le dijo que eso hacía el filósofo Sócrates, y así sonsacaba astutamente a cada uno lo que pensaba en realidad.

—¿Y ustedes? —miró hacia los que estaban en la barra y luego hacia el resto de los presentes—. ¿Han visto algo, lo que sea, que nos pueda ayudar a encontrar a la chica?

Se escuchó un murmullo de negación. Todas las cabezas negaron o desviaron los ojos. No era más que lo que Yolanda esperaba. Se quitó el abrigo y añadió de nuevo hacia el dueño:

—Habrá que ir a buscarla por el monte.

—¿Está usted loca? —exclamó Antón—. ¿Con el tiempo que hace y la que va a caer esta noche?

—Qué remedio...

Iván y Alfredo, de momento, eran convidados de piedra. Pero el primero saltó cuando Yolanda se quitó el abrigo y pidió al camarero un café solo bien cargado y un bocadillo de jamón.

—¿Crees que ya no hay nada más que hacer? Además, ya hemos buscado a Beatriz en el monte.

—Tú calla, pídete algo y deja de molestar. Que no tienes ni pajolera idea de nada.

El chico se quedó por un instante boquiabierto con la dureza de la respuesta. Estuvo a punto de replicar, pero comprendió que debía de ser por algo más que las molestias que él pudiera causar. Bufó, se quitó también el abrigo y se sentó en un taburete junto a la guardiacivil. A su lado, Alfredo miró la hora como si saliera de un trance y sacó su móvil.

—¡Joder, el mecánico!

Eran casi las ocho y el mecánico le había dicho que le llamara a partir de las siete. Le llamó mientras Iván pedía una cerveza. Estuvo hablando con él un par de minutos. Casi todo fueron monosílabos y negaciones. Al colgar, sus labios musitaban algún que otro juramento por lo bajo.

—Nada, los inyectores están jodidos. No puede arreglar el coche hasta la semana que viene. Dice que no puede pedir las piezas que necesita antes del lunes.

Iván se lo temía desde que le contó lo que le había dicho el mecánico cuando le llevó el coche.

—Eso da igual ahora —dijo—. Cuando encontremos a Beatriz ya veremos qué hacemos.

Alfredo asintió en silencio. Miró al suelo y luego, con resignación, levantó la vista hacia el camarero.

—Otra cerveza para mí, por favor.

En el bar, la vida empezaba a ponerse de nuevo en marcha. La tensión inicial había pasado. Alfredo se quitó también el abrigo y lo dejó en un taburete.

—Deberíais comer algo —dijo Yolanda, masticando aún el final de un bocado.

Iván negó con la mano.

—Yo ahora no tengo hambre —dijo Alfredo.

La guardiacivil iba a insistirles, porque no era bueno estar con el estómago vacío y quizá necesitaran contar con sus energías intactas. Pero no hubo tiempo para su respuesta, porque en ese preciso instante Paco Ortiz entró, con su bastón, por la puerta del bar. Como si supiera que Yolanda y los demás estarían allí, se dirigió hacia ellos sin dudar, sólo frenado por su cojera. Sonrió todo lo que su rostro le permitía, que no era mucho, y se quedó de pie, apoyado en el bastón, junto a la barra.

—¿Algún progreso? —dijo sin saludar.

Ni Iván ni Alfredo se atrevieron a contestar. Yolanda lo miró directamente a los ojos, se mantuvo así durante un instante que pareció durar una hora, y al fin dijo:

—No demasiados. Ahora iba a llamar a mi jefe, su hermano, para darle novedades.

—Para decirle que no hay novedades —la corrigió Ortiz.

—Eso mismo.

—¿Y cuál va a ser el siguiente paso?

—Ir a hablar de nuevo con Amane.

—Yo vengo de allí —dijo Ortiz—. No ha visto a la chica.

—Supongo que no —contestó Yolanda en un tono tan sereno como el del

hombre—. De lo contrario habría avisado al puesto y me hubieran llamado para decírmelo. Quiero hablar con ella de todos modos. Imagino que no le parecerá mal.

—De ningún modo, haz como quieras. Pero... Hace unas horas, creía que la desaparición no tenía importancia.

—¿Y ahora? —le preguntó Iván.

—Ahora, sin ambages, me temo lo peor. Está nevando ya fuerte, el frío aumenta, es de noche. Si a vuestra amiga le ha pasado algo y no está a cubierto... No hay más que sumar dos más dos.

A Iván le dieron ganas de romperle la cara. No iba a servir de nada, pero al menos se quedaría a gusto. Yolanda pareció notar la tensión que crecía en su interior y se interpuso entre ambos.

—¿Podemos sentarnos un momento a una mesa? —preguntó a Paco Ortiz.

—Por supuesto. Ahí hay una libre.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó la guardiacivil a los chicos, que obedecieron sin protestar.

—¿Me puede decir dónde está el cuarto de baño? —preguntó Alfredo al dueño del bar.

—Por ahí —dijo Antón, señalando un pasillo que llevaba también a la cocina y las escaleras del piso superior—. A la derecha.

Alfredo se encaminó hacia cuarto de baño arrastrando los pies. En el pasillo, vio las puertas a la derecha, como le había dicho el dueño. Comprobó cuál era la que correspondía al aseo de caballeros y se metió dentro. Necesitaba, sobre todo, estar solo un rato. No sabía por qué el asunto del coche le afectaba tanto. Quizá era porque ponía de manifiesto que Beatriz estaba quién sabía dónde, y aumentaba en él la sensación opresiva de ignorar su paradero y sentirse preso en ese maldito pueblo.

Al salir, un poco más entero, alguien lo llamó entre las sombras. Alfredo se quedó quieto y miró alrededor. No vio nadie. La voz insistió.

—Aquí, estoy aquí.

En una segunda visual consiguió ver la mitad de la cabeza de Mikel, que emergía de la barandilla de las escaleras.

—No digas nada.

El muchacho dejó su escondite y bajó con sigilo hasta donde estaba Alfredo, aún junto a la puerta del servicio.

—Esta noche a las doce en la antigua iglesia. Ahora no puedo decir nada. No faltéis.

—Oye. —Alfredo le agarró por el brazo—. ¿Es que sabes algo de Beatriz?

—A las doce en la iglesia —repitió Mikel—. Si no me sueltas, te juro que no os contaré nada.

La mano de Alfredo se abrió, dejando regresar al muchacho a las oscuras escaleras. Desapareció por ellas a toda prisa, sin hacer el menor ruido, como si fuera un gato. Alfredo sentía cómo su corazón galopaba en su pecho. Durante un segundo estuvo tentado de seguir a Mikel escaleras arriba y sacarle lo que supiera a puñetazos. Recapacitó a tiempo y se contuvo.

Alfredo volvió a donde estaba Iván con la cabeza tan caliente como la caldera de un viejo tren de carbón.

—¿Qué te pasa? —dijo su amigo al verle, preocupado—. Estás pálido. ¿Te encuentras mal?

—No, no, estoy bien. Sólo un poco mareado.

Bebió un sorbo de su cerveza. Seguía dándole vueltas a lo que le había dicho Mikel. Se acercó un poco a Iván, con el vaso en la mano, y le dijo:

—Luego tengo que contarte algo importante.

—Cuéntamelo ahora.

—No. Luego.

En la mesa de metal barato, Yolanda estaba con su libreta abierta. Paco Ortiz había cumplido la ceremonia de colgar su bastón del respaldo de su silla y sentarse parsimoniosamente. Lo hizo sin eliminar su media sonrisa de la cara y comenzó a dar golpecitos en la mesa con los dedos.

—¿Le importa si pido algo de beber? —preguntó a la guardiacivil.

Ésta le hizo un gesto de la mano para que hiciera lo que quisiera.

—Antón, una tónica de las mías.

—Hay algunas cosas que me gustaría aclarar, si le parece —dijo Yolanda, con el bolígrafo sobre una de las hojas de la libreta abierta.

—La ayudaré en todo lo que pueda. Sólo quiero, como todos, que esa chica aparezca. Ojalá sana y salva.

—Pues, si le parece, empiece por hablarme de usted y de Amane.

Paco Ortiz se echó hacia atrás en la silla. Transmitía un control absoluto de la situación.

—No sé a qué se refiere, ni qué tiene que ver eso con su investigación. Pero para darle gusto, le contestaré: somos amigos desde la infancia, nada más. Nos vemos a menudo para charlar y comentar lo mal que va el mundo, cómo todo ha cambiado por ahí, la vida del pueblo. Ese tipo de cosas.

—Los últimos excursionistas que desaparecieron hace nueve años estaban hospedados en casa de Amane.

—Eso fue hace mucho tiempo. No veo a dónde quiere llegar. No estará insinuando que Amane tuvo algo que ver.

—No lo sé, dígamelo usted.

—Es obvio que no. Qué disparate. Aquellos jóvenes se hospedaron sólo un día o dos en su casa. Luego se fueron a acampar en el monte. Cuando se fueron, estaban perfectamente. Desaparecieron después, durante la acampada.

El dueño del bar llegó con el gintonic de Ortiz. Se lo puso en la mesa, sin mirar a ninguno de los dos, y regresó a la barra.

—¿Y la muerte del párroco del pueblo? Cómo se llamaba...

Yolanda consultó sus notas, pero antes de que encontrara el dato, Paco Ortiz se lo dijo:

—Don José. Se llamaba don José Calvo. Era un buen hombre. El pobre tuvo una mala caída y se abrió la cabeza. Cosas que pasan.

—¿No hubo ninguna sospecha de asesinato? ¿Por qué no se mostró el cuerpo a los feligreses?

—Mira, jovencita, no me gusta el cariz que está tomando esta conversación. Parece un interrogatorio y a eso sí que no estoy dispuesto.

Era cierto que Yolanda estaba siendo un tanto capciosa. Quería que Ortiz creyera que la investigación se le estaba escapando de las manos, que no sabía nada y que daba palos de ciego. Así era en cierto modo, pero al menos tenía claro lo que pretendía.

—Lo siento —se excusó—. Es que no tengo nada sólido y me estoy agobiando un poco.

Recibió una mirada compasiva de su interlocutor. Hizo una pausa y siguió hablando como si estuviera sincerándose con él.

—Llevó sólo dos meses en el puesto de Treviño y me gustaría causar buena impresión a mis superiores. A su hermano, en especial.

—Lo comprendo, lo comprendo. Pero no busques tres pies al gato. Esa chica se habrá perdido por el monte, o habrá ido a Ochate. Quizá —ojalá no sea así— ha tenido un resbalón, como don José. Lo mejor que puedes hacer es salir a buscarla. Y no te preocupes mucho por mi hermano. Entre tú y yo, es un cretino. Buen agente, eso sí. Hazle caso en lo que te pueda enseñar. En lo demás, te aconsejo que mantengas la distancia y no te hagas muy íntima suya.

—Supongo que tiene usted razón. En lo de nos buscar tres pies al gato, quiero decir. De todos modos, voy a llamar al puesto para dar novedades.

Paco Ortiz asintió mientras Yolanda se levantaba de la mesa. Sacó su móvil y volvió con los chicos. Lo tenía en la mano cuando sonó de pronto. Antes de descolgar, la guardiacivil vio en la pantalla que tenía varias llamadas perdidas. Parecía un caso de telepatía telefónica: el número que se mostraba ahora era el del puesto de Treviño.

—Guardia Serna al aparato —contestó.

—¿Dónde te habías metido, Yolanda? —dijo José María Ortiz en tono de reproche—. Te he llamado tres o cuatro veces y me salía todo el tiempo que estabas sin cobertura.

—Lo siento mucho, mi cabo. Estoy en el bar de Otsobeltz. No me he dado cuenta. Tenía el móvil en el bolsillo y debe de ser que aquí no hay buena cobertura.

—Pues estate más atenta la próxima vez. Estar comunicados es esencial. ¿Alguna novedad?

—Poca cosa. La chica no aparece. Nadie la ha visto. Temo que pueda haberse desorientado en el monte y que esté perdida. Recomiendo una búsqueda inmediata por la zona.

Al otro lado hubo un silencio.

—¿Ahora? ¿Has visto la que está cayendo? Y va a ir a peor.

Yolanda se movió hacia la ventana que quedaba junto a la puerta. A la luz del letrero del bar pudo distinguir los copos de nieve cayendo. No eran muchos.

—Aquí no nieva demasiado.

—El viento va en esa dirección. La nevada irá a peor, te lo aseguro. De todos modos, lo mejor será que yo vaya para allá, ahora que todavía es posible desplazarse por carretera. Ten el móvil a mano para que pueda avisarte cuando llegue.

—A la orden. Descuide, comprobaré que tengo cobertura.

En cuanto Yolanda colgó, Iván le preguntó qué le había dicho su superior. Esta vez, la guardiacivil optó por no mostrarse hostil. Tenía la cabeza en otro lugar y, además, el chico tenía derecho a estar al tanto.

—Mi jefe viene para acá. La previsión meteorológica se está cumpliendo: nieva otra vez, y se espera que esta noche caiga una de las buenas.

—¿No vamos a buscar a Beatriz?

—Sí, claro que la buscaremos —dijo Yolanda con rotundidad, a pesar de lo que había hablado con el cabo Ortiz—. Vámonos. Quiero ver antes a Amane y hablar con ella otra vez.

Cuando fueron a abonar sus consumiciones, Antón les dijo que ya estaban pagadas. Señaló a Paco Ortiz, que les hizo un gesto con la mano desde la mesa.

—Suerte —les deseó.

Le agradecieron la invitación, se pudieron sus prendas de abrigo y se despidieron de él. Yolanda tenía cada vez más claro que, en efecto, en ese pueblo pasaba algo fuera de lo común. Y estaba resuelta a descubrirlo.

Mikel se había encerrado en su cuarto. Estaba nervioso. No entendía muy bien por qué su abuela no les había contado, a la guardia y a los amigos de la chica, toda la verdad cuando hablaron con ella esa tarde, ni por qué tenía que ser él quien se la revelara a medianoche en un lugar tan sórdido como la iglesia abandonada. La anciana le dijo que confiara en su juicio, que tenía que hacerse así. Si descubrían la verdad demasiado pronto, no podrían actuar ni conseguirían nada.

Eso dijo su abuela. Pero él seguía dándole vueltas a sus palabras sin comprenderlas.

De cualquier modo, iba hacer exactamente lo que ella le había encargado. Cuando, la noche anterior, salió de madrugada para visitarla e informarle de la llegada de los forasteros, la anciana le contó una pequeña historia que no conocía. El chico estaba al tanto de lo que pasaba en el pueblo, de las desapariciones, del extraño comportamiento de Amane y de Paco Ortiz, entre otros. Pero ignoraba una parte esencial de la historia. Una parte antigua, que venía de muy lejos y que le hizo sentir auténtico miedo.

Lo mejor era no pensar en ello. Se tumbó en la cama y se puso los cascos para escuchar un poco de música. El azar quiso que la primera canción que

reprodujo su mp3 fuera *Todo es infierno*.

—Vaya mierda de tiempo —dijo Iván subiéndose la cremallera del abrigo hasta la nariz.

Alfredo seguía con el suyo abierto. Su andar era errático y parecía absorto.

—Deberías abrigarte —le recomendó Yolanda.

El chico se quedó quieto a unos metros de la salida del bar. Miró a su espalda para comprobar que no había nadie cerca. Ni siquiera los perros parecían atreverse a salir de sus guaridas durante la creciente nevada.

—Tengo que decirles algo muy importante.

—¿No puedes esperar a que llegemos a casa de Amane? —dijo Iván—. Nos vamos a calar hasta los huesos.

—No, no puedo. Antes, cuando fui al servicio, al salir me encontré con Mikel. Me llamó desde las escaleras que suben a la casa.

—¿Por qué no lo has dicho antes?! —le espetó la guardiacivil.

—No podía hacerlo. Me amenazó con no contarnos nada si no le obedecía.

—¿Contarnos...? —dijo Yolanda. Estaba desconcertada. Eso sí que no se lo esperaba.

—Sí, tiene que contarnos algo, pero no me dijo qué. Me pidió que le esperáramos esta noche a las doce en la iglesia. No dijo más. Se notaba que tenía mucho miedo.

—Tanto secreto no puede ser porque sí —dijo la guardiacivil pensativa, y por primera vez compartió parte de lo que pensaba con los chicos—. Cada vez tengo sospechas más sólidas: aquí pasa algo grande.

—¿Que pasa qué, Yolanda? ¿Qué es lo que sospechas? —preguntó Iván, llamándola por su nombre.

—No lo sé. Hasta ahí no llego. Esta noche saldremos de dudas, espero. Menos mal que viene mi jefe. Tengo un mal presentimiento, y creo que Beatriz no se ha perdido sin más.

—Yo tampoco lo creo —dijo Alfredo, y miró hacia Iván para recibir su aquiescencia.

La nieve cubría ya el pelo de los dos chicos y la gorra reglamentaria de Yolanda. La temperatura se había desplomado desde la tarde. Parecía que la noche ya no fuera a ceder nunca más su turno al día. Todo era negrura en lo alto.

—No nos quedemos aquí más tiempo —dijo Yolanda—. Por cierto, cuando estemos con Amane no mencionéis nada sobre la cita de esta noche con Mikel.

A paso rápido, los tres caminaron hacia la farola que marcaba la bifurcación de las calles del pueblo. Iban con la mirada en el suelo, levantándola sólo a veces para comprobar que no se desviaban. Las marcas de los pocos coches que había pasado por la nieve de la noche anterior empezaban a quedar tapadas. Cuanto

más blanco estaba el pueblo, más oscuro parecía. Y las casas, sepulcros blanqueados en mitad de un viejo cementerio.

Pasaron junto a la farola de la bifurcación y siguieron avanzando hacia el ayuntamiento y la iglesia. No pudieron evitar ralentizar el paso ante su fachada. Pero no se detuvieron hasta la cuesta que conducía a la casa de Amane. No se veía un alma. Sólo las pocas farolas y algunas ventanas iluminadas hacían patente que aquel no era un pueblo fantasma, abandonado, sin vida.

Y los perros. Los perros, que no se habían ido ni estaban a resguardo. Eran siete u ocho: todos igual de grandes, igual de amenazadores en su serena pose. Formaban un grupo al pie de la de la cuesta, como si tramaran algo. Sus ojos brillaron a la escasa luz de la farola que había abajo.

—¡Joder! —Iván contuvo el grito y frenó en seco.

—¡Fuera de ahí! —les gritó Yolanda.

La guardia no parecía tenerles miedo, pero aun así sacó su arma de la pistolera y le quitó el seguro.

—Van a atacarnos —dijo Iván angustiado.

A su lado, Alfredo le tocó en el brazo.

—Tranquilo. No nos harán nada. Ya les conocemos.

—Seguidme los dos y no hagáis ningún movimiento brusco —ordenó la guardiacivil—. No os preocupéis: si intentan hacernos algo, les meto un tiro entre ceja y ceja.

Amane cenaba tranquilamente, sola en el salón. Había puesto un disco, de vinilo, en el vetusto equipo de música de válvulas de vacío. El sonido era excepcional. Acababa de darle la cena a su madre y la había dejado en su mecedora, junto a la ventana de la habitación, como todas las noches. Allí evocaba otros tiempos y esperaba sus visiones del pasado y el futuro.

Las notas del segundo movimiento de la *Apassionata* de Beethoven llenaban el ambiente. Amane recordó la frase de Lenin, muy aficionado a esa misma sonata, a la que achacaba embargarle y sustraerle de sus actividades políticas: “Beethoven va contra la Revolución”.

La mujer sonrió. Nueve años había esperado ese momento. Nueve largos años. Pero así debía ser. Las visiones de su madre lo confirmaban. Lo menos relevante era el tiempo: el día había llegado, su momento, eso era lo único que importaba.

El timbre de la puerta la sacó de sus evocaciones y le hizo fruncir el ceño. Esperaba que sonara desde hacía largo rato, pero eso no hizo que no la perturbara ni que se sintiera menos molesta. En todo caso, era una molestia necesaria. Se armó de paciencia, se levantó de su cómoda butaca y salió al pasillo para dirigirse a la entrada.

—Habéis tardado mucho —dijo a la guardiacivil y a los chicos al abrirles—. ¿Sabéis ya algo de Beatriz?

—Es obvio que no ha vuelto —fue la contestación de Yolanda.

Amane puso cara de pena.

—O sea, que no la habéis encontrado. Pero quitaos esos abrigo y secaos antes de que cojáis una pulmonía. Venid al calor, tengo la chimenea encendida.

Los tres obedecieron. Yolanda no quería apresurarse. Entró en el salón, seguida de Iván y de Alfredo, y sólo entonces se dirigió a Amane.

—Esta tarde he estado indagando en el pueblo. No he sacado nada en claro sobre el paradero de Beatriz, pero he llegado a la conclusión de que ha podido ser secuestrada.

—¿Por qué piensas eso? —dijo Amane, aparentemente turbada.

—Las razones, y no se ofenda, no son de su incumbencia. Pero tengo que preguntarle de nuevo si hay algo que deba contarme.

—Secuestrada... —repitió Amane, y se dejó caer en una silla.

La *Apassionata* seguía sonando y remarcando las palabras de los presentes como una peculiar banda sonora.

—Debo insistir —dijo la guardiacivil—. ¿Hay algo, lo que sea, que pueda contarme y que antes no recordaba o no le pareció importante?

Iván miró a Alfredo. Con la mirada le transmitió que no pensaba que Amane fuese a aportar nada nuevo. Pero se equivocaba.

—A decir verdad —empezó diciendo la mujer—, sí hay algo. No me pareció importante. Pero ahora que dices que Beatriz ha podido ser secuestrada, quizá sí tenga importancia...

—¿Sí...? —dijo Yolanda.

—Anoche, cuando fui a acostarme, antes de hacerlo estuve un rato con mi madre. La pobrecilla está impedida, ciega, en silla de ruedas. Es muy mayor, y le gusta que le haga compañía antes de acostarse... El caso es que después, cuando ya me iba a la cama, miré un momento por la ventana de mi habitación. Apenas hay luz fuera, pero en la calle de abajo hay una farola, a un lado. Estaba muy oscuro. No estoy segura de lo que creí ver. Quizá sólo fueron imaginaciones mías.

La guardiacivil insistió.

—Continúe, por favor.

—Pues bien: vi, o creí ver, una sombra. Alguien que se movía entre las casas de abajo. Cuando volví a mirar, ya tratando de fijarme mejor, no volví a ver nada. La sombra ya no estaba. Seguro que no es nada. Ni siquiera estoy segura de haber visto esa sombra. Deben ser cosas de la edad, que a veces juega malas pasadas... Ya digo, no le di importancia y me fui a dormir.

—Esa sombra que creyó ver, y supongamos que la vio, si tuviera que aventurarse —dijo Yolanda—, ¿diría que le recordó a alguien del pueblo?

—¿Del pueblo? La verdad es que no, no lo creo... Pero, si tengo que aventurarme, por cómo se movió, si es que la vi en realidad... Bueno, se movió rápido. ¿Cómo decirlo?: se movió con agilidad. Sí, eso es, con agilidad. Tenía que tratarse de alguien joven. Suponiendo que fuese real.

—¿Alguien joven como Mikel? —lanzó la pregunta Yolanda.

—No lo sé. Alguien joven, sí. Y Mikel lo es. Pero no me atrevería a decir que era él. No, apenas vi nada.

La guardiacivil estaba llevando poco a poco la conversación hacia donde quería.

—¿Qué sabe usted de ese chico? ¿Cree que podría ser responsable de un secuestro?

—¡Oh, no, de ninguna manera! —exclamó Amane con los brazos abiertos—. Eso no lo creo. Aunque...

—Aunque...

—Lo cierto que siempre ha sido un muchacho raro, un tanto solitario, poco sociable. Últimamente creo que sale con una chica del pueblo, pero siempre ha sido solitario. Su padre y él llegaron a Otsobeltz hace unos diez años. Eran de

fuera. Compraron el bar y se instalaron aquí. Nunca han encajado muy bien entre nosotros, para qué decir otra cosa. Puede parecer una tontería, pero la gente de fuera trae ideas nuevas, y aquí eso no nos guata mucho. Somos muy tradicionales.

Yolanda asintió y se quedó en silencio. En ese momento recordó que el cabo Ortiz le había dicho que podía llamarla en cualquier momento y sacó su móvil para comprobar la cobertura. El indicador mostraba una poco halagüeña equis roja. Lo levantó y lo movió para ver si recuperaba la conexión, pero no fue así.

—¿Aquí no hay cobertura de móvil? —preguntó a Amane.

—Sí. Poca, pero la hay. ¿Por qué? ¿No te funciona el teléfono?

—No. Está sin una sola raya... ¿Podéis comprobar los vuestros? —dijo a los chicos.

Iván y Alfredo confirmaron que ellos tampoco tenían cobertura. La guardiacivil se levantó de la silla y miró por la ventana. La nieve caía ahora como una cortina impenetrable. Seguramente había afectado a la torre de telefonía móvil, la única que daba servicio a Otsobeltz.

—Maldita sea... —masculló Yolanda. Luego añadió hacia Amane—: ¿Me permitiría usar su fijo para llamar a mi jefe a Treviño?

—Por supuesto. Acompáñame, lo tengo en el pasillo.

Ambas mujeres salieron del salón. Iván también se puso en pie para ir también hasta la ventana. Desde la silla que ocupaba, Alfredo seguía abstraído y con la mirada perdida.

—Estoy asustado —dijo sin levantar la voz.

—Yo también. Esto no me gusta nada. A ver si Yolanda consigue hablar con su jefe y esta noche resolvemos lo que sea que está pasando aquí.

Alfredo se frotó la nuca y asintió.

—Tengo que decirte algo, Iván.

—Si es por lo de antes, no hay nada que decir. Los dos estamos tensos. Olvídalo.

—No, no es por eso.

La expresión de Iván se hizo dubitativa. Se separó de la ventana y dio un paso hacia Alfredo.

—¿Entonces qué?

—Cuando Yolanda nos preguntó si había tenido algo con Beatriz... Dije que no, pero yo sí lo tuve. Sólo fue una vez. Una noche en que nos emborrachamos. Nunca te lo dije para no herirte, pero ahora creo que debes saberlo.

A Iván le costó mucho evitar que el golpe que acababa de recibir se reflejara en su rostro.

—No me hieres con eso. Ambos sois personas libres.

—Ya lo sé, pero también sé que a ti, igual que a mí, Beatriz te gusta. Se nota, no me digas que no es cierto.

—Sí, me gusta, claro que me gusta. Pero eso no significa nada. Si ella quiere estar contigo, adelante. Yo no tengo nada que decir. Nada cambiará entre nosotros.

Al fin Alfredo levantó la mirada. Se dio cuenta de que Iván tenía los puños apretados, por mucho que tratara de mostrarse calmado y sereno.

—No, Iván, todo cambiará. De hecho, todo ha cambiado ya. Lo que siento es no habértelo dicho antes.

Sin que Iván tuviera tiempo de responder, Yolanda y Amane regresaron al salón. La guardiacivil les dijo que no había podido hablar con el cabo, pero sí con el puesto de Treviño, y que ya le habían avisado por radio del lugar donde estaban y de que no disponían de móviles.

—¿Tardará mucho en llegar? —preguntó Iván, con la mente en la revelación de Alfredo.

—Eso es difícil de decir con este tiempo. Cuando hablaron con él, estaba a unos cinco kilómetros de aquí. Si no se topa con ningún obstáculo imprevisto, debe de estar a punto de llegar.

—Mientras esperáis —intervino Amane—, puedo prepararos algo de cena. Son las diez de la noche.

—Gracias, yo me he comido un bocadillo en el bar, no tengo más hambre —dijo la guardiacivil—, pero vosotros sí deberíais comer algo aunque no tengáis ganas. Ya os lo he dicho antes: no se puede estar con el estómago vacío tanto tiempo, y menos si vamos a ir a buscar a vuestra amiga.

Amane fingió sorpresa ante el final del comentario.

—¿Has dicho que vais a salir a buscarla esta noche? ¿Con el tiempo como está? ¿No será por el bosque?

—Antes iré con mi superior a interrogar a Mikel —contestó Yolanda—. Si él no sabe nada, tendremos que salir a buscar a Beatriz por donde haga falta. Aunque esté nevando. Pero antes tenemos que agotar todas las opciones que nos quedan.

Los chicos dijeron a Amane que no se molestara en hacerles nada de comer. Preferían, dada la inminencia de la llegada del cabo Ortiz, coger algo, cualquier cosa, para poder llevárselo consigo.

—No servirá de nada que os pida que os quedéis aquí esperándonos, ¿verdad? —dijo Yolanda con la vista fija en Iván.

No era el momento ni la situación, pero a ella también estaba empezando a gustarle el chico. Al principio le pareció un perfecto cretino de ciudad, pero ahora, después de unas horas con él, había ido cambiando de impresión.

—No, no serviría de nada, ya lo sabes —dijo el aludido.

Yolanda suspiró e hizo un gesto de resignación con los brazos.

—Vale. Yo no me opondré. Pero a ver qué opina mi jefe. El es el que manda, así que haremos lo que él diga.

—O nos detiene o iremos contigo —dijo Iván, y sonrió por primera vez en mucho rato.

El sonido de un motor de gran tamaño precedió a un breve silencio y al ruido del timbre de la puerta. Amane hizo el amago de ir a abrir, pero la guardiacivil se adelantó. Hizo un gesto con la mano para que los chicos la siguieran.

—Vamos, no perdamos tiempo.

Afuera, el cabo Ortiz estaba resguardado de la nevada bajo la cornisa. Aun así, en el corto trayecto del todoterreno a la puerta, se le veía ya medio cubierto de blanco. Se quitó la gorra y la sacudió de malas pulgas.

—Es peor de lo que pensábamos —dijo a Yolanda al verla e hizo ademán de entrar en la casa.

—No, mi cabo, tenemos una pista consistente. —La guardiacivil no tuvo reparo en mencionarlo. Creyó que Amane pensaría que se estaba refiriendo a lo que ella les había dicho sobre la sombra que supuestamente vio—. Se lo contaré todo por el camino.

—Creía que no habías averiguado nada.

—Bueno, eso no es del todo exacto.

El cabo saludó a Amane desde el umbral. Sus ojos se cruzaron por un instante. Iván creyó percibir algo extraño en ellos. En los del guardiacivil. Pero no sabría cómo definirlo.

—Vosotros dos no podéis venir —dijo a los chicos cuando se dio cuenta de que también ellos se disponían a salir de la casa.

—Déjelos, jefe —le rogó Yolanda—. Al fin y al cabo, la desaparecida es su amiga y me han prometido no entorpecernos.

—Está bien. Pero si hay que hacer alguna intervención, se largan. Como no me has contado qué has descubierto, no puedo saber qué pasará. Pero que lo sepan.

De nuevo bajo la cortina de nieve, el cabo y los demás regresaron al vehículo. Yolanda se sentó en el puesto del acompañante y los chicos en la parte de atrás. Con la reja en medio de ambas zonas de la cabina, parecían dos detenidos. El enorme motor diesel volvió a rugir. El cabo accionó los limpiaparabrisas. La calefacción estaba a tope desde que salió de Treviño.

—Y ahora dime, Yolanda: ¿qué sucede?

—Tengo la sospecha de que Beatriz, la joven desaparecida, ha sido víctima de un secuestro.

—¿Un secuestro? ¿Aquí, en Otsobeltz? Me resulta inverosímil. Nunca ha ocurrido nada parecido...

El cabo enfiló la cuesta que bajaba hacia el pueblo.

—Eso no podemos asegurarlo —dijo Yolanda—. Los excursionistas que desaparecieron hace nueve años nunca volvieron a aparecer, ni vivos ni muertos. No sabemos si los secuestraron.

—¿Y sospechas de alguien?

—Eso no lo tengo claro aún. Pero quizá lo sabremos muy pronto. A las doce vamos a encontrarnos con un chico del pueblo que tiene algo que contar. Ha sido él mismo quien se ha citado con nosotros. Se llama Mikel.

—¿Mikel? ¿El hijo de Antón, el del bar?

—El mismo.

—Les conozco desde que llegaron al pueblo. Son buena gente. ¿No creerás que ha sido el chaval?

—No. Le he hecho pensar a Amane que sí, pero estoy convencida de que él no ha sido. Aunque está claro que sabe algo. Él mismo nos ha citado en la iglesia abandonada. Lo que tenga que contarnos, lo ignoro.

El cabo Ortiz separó un momento la vista del parabrisas.

—¿Por qué le has hecho creer a Amane que podía haber sido Mikel?

—Porque ella nos ha contado que vio esta noche una sombra. Una sombra que podría haber sido la de Mikel. No lo afirma, pero tampoco lo ha negado. Sospecho de ella. Sé que usted estará conmigo en que aquí pasa algo inusual. Hace un par de semanas vi en el puesto su carpeta con recortes de prensa de las desapariciones, de los sucesos que han ocurrido en la zona a lo largo de los años.

—Entonces... —dijo el cabo con voz patibularia—... entonces también sospecharás de mi hermano. Donde ha estado Amane ha estado él.

Bajo la nieve que casi tapaba el cristal, con un chorro de aire cálido que le daba en pleno rostro, Yolanda agachó un poco la cabeza antes de decir:

—Lo siento, pero sí, también sospecho de su hermano Francisco.

Aún quedaba casi una hora para la cita con Mikel en la iglesia abandonada. Sin embargo, el cabo Ortiz decidió que quería inspeccionarla antes de que llegara el momento de encontrarse con el muchacho. Explicó a Yolanda que nunca había que dejar nada al azar. Si ese joven tenía algo que ver con la desaparición de Beatriz, aunque la guardiacivil pensará que no era así, quizá podía tener pensado tenderles una emboscada o intentar algo contra ellos.

Dejaron el todoterreno aparcado en un callejón, fuera de la vista desde la fachada de la iglesia y del camino lógico que conducía a ella desde el bar. El cabo entró primero, seguido de Yolanda y de los dos chicos. El interior era una nave diáfana, sin capillas laterales, aunque flanqueada de hornacinas en las paredes. Tanto éstas como el altar mayor estaban vacíos de cualquier clase de imagen o símbolo sagrado. Con el paso del tiempo y el abandono, la suciedad se había adueñado del lugar. Los viejos bancos de madera estaban tirados y descolocados, como si hubiera irrumpido en la iglesia un gigante de malas pulgas o una manada de animales salvajes.

El cabo encendió una pequeña linterna y comenzó a explorar los recovecos, cualquier lugar donde alguien pudiera haberse escondido. Si era así, ese alguien debía de estar mimetizado con las sombras, porque no había muchos sitios donde ocultarse. Al pasar la luz por el altar, vio por detrás de la mesa de celebraciones una figura, humana en apariencia. Estaba inmóvil, como una estatua. Yolanda sacó su arma y caminó hacia ella muy pegada a uno de los muros. El cabo, sin moverse de su posición ni desviar el haz de la linterna, sacó también su arma y dijo con autoridad:

—¡Sal de ahí ahora mismo!

Su voz retumbó en el espacio vacío. No obtuvo respuesta. Insistió en un tono aún más desafiante, pero el resultado fue el mismo: nada.

En ese momento, Yolanda alcanzó el altar por uno de sus laterales. De un certero saltó, se plantó junto a la mesa y apuntó con su arma al desconocido.

Su juramento, extrañamente coherente con un lugar que una vez fue sagrado, reveló la verdad de la figura:

—¡Joder, es el Cristo!

En efecto, cuando los demás corrieron hacia ella vieron con sus propios ojos que el supuesto desconocido era la imagen del Cristo crucificado, separada de la cruz, partida en dos mitades y abandonada en aquel lugar. La cruz no estaba por ningún lado, ni rota ni entera. Sólo quedaba de ella la marca de haber estado colgada en la pared que estaba tras el altar.

—Aquí no hay nadie —dijo Yolanda, notando aún el efecto de la adrenalina

y la palpitación de sus venas.

—¿Esta iglesia no tiene cripta? —preguntó Iván.

El cabo Ortiz le miró y asintió. Él conocía esa iglesia de cuando era niño y, en efecto, tenía una cripta. Pero nunca bajó a ella ni sabía dónde se hallaba el acceso.

—¿Dónde suelen estar las entradas a las criptas? —dijo Yolanda, preguntándose más a sí misma que a sus compañeros.

Los cuatro se pusieron a buscar, cada uno por un lado. Yolanda e Iván con las lámparas de sus móviles. Alfredo, que tenía un modelo desfasado, con la casi nula que emergía de la pantalla del suyo. Al poco rato, la luz del teléfono de Iván se apagó: no lo había cargado en todo el día y su batería estaba agotada.

—Putos *smartphones*... —masculló.

No tuvo tiempo de lamentarse. Yolanda dio una voz para avisarles de que había encontrado el acceso a la cripta. Era una estrecha escalera a la que se accedía por la parte de atrás del altar, donde también se hallaba la sacristía. Por suerte, allí tampoco había nadie. Habían pasado por alto esa zona en su primera inspección por no tener más que una única linterna.

—Yo la he encontrado y yo voy delante —dijo Yolanda a su superior.

—De eso nada —negó él.

—Espero que esto no sea porque soy mujer.

—Claro que no, Yolanda. Eso no tiene nada que ver. Eres guardia igual que yo. Es porque estoy al mando y tengo más experiencia que tú, ¿entendido?

Yolanda no respondió, pero se dio cuenta de que había dicho una tontería. Se colocó detrás del cabo, con la pistola reglamentaria bien apretada en su puño, y comenzó a bajar detrás de él sin dejar de mirar a los traicioneros peldaños. La piedra estaba gastada por los siglos de pies hollándolos arriba y abajo. El subterráneo no era muy profundo. Olía a humedad reconcentrada, gélida, formando una especie de bruma que calaba en la piel.

Abajo, el cabo recorrió el espacio con el haz luminoso. Tampoco parecía haber nadie. Esa cripta no era más que una gruta, que a Yolanda le recordó al sótano de Amane. Al igual que en la iglesia, por encima, no había imágenes sagradas, aunque sí algunos símbolos cristianos grabados en la roca y semiborrados por el tiempo y la humedad. Además, alguien los había marcado con un martillo, un escoplo o algún otro objeto punzante con intención de destruirlos.

El único lugar donde podía haber alguien escondido era detrás del altar de la cripta. El cabo lo comprobó y volvió con Yolanda.

—Subamos —dijo, terminada para él la inspección.

Mientras lo hacían, Yolanda miró la hora en la pantalla de su móvil: eras ya

las once y media. No quedaba mucho para la llegada de Mikel. Si es que de verdad se presentaba.

—Volvamos al coche —dijo a los chicos, ya arriba.

—¿No nos quedamos aquí a esperar a Mikel? —preguntó Alfredo, que empezaba a recuperarse del estado en que había quedado sumido desde su encuentro con el muchacho.

—Es mejor que él no nos vea. Vigilaremos la puerta desde lejos y sólo entraremos a la hora fijada. Podría arrepentirse de hablar si se siente acosado o amenazado de algún modo.

También Mikel miró la hora. Lo hizo en el reloj de pared que su abuela tenía en la sala de estar donde, esa tarde, recibió a Yolanda y a los forasteros. Se sentía muy nervioso. Contaba los minutos como si pudiera acelerarlos con el poder de su mente. Su abuela estaba sentada en una butaca, a un lado, en silencio. Poco antes —después de estar con Arantxa y en cuanto pudo zafarse del control de su padre y marcharse del bar— habían estado hablando del pueblo, de los forasteros, de Amane y de Paco Ortiz.

Y de lo que Mikel iba a hacer esa noche.

Estaba todo dicho. La hora se acercaba. El muchacho se acercó a la anciana, se inclinó hacia ella y le dio un cariñoso beso en la frente.

—Me voy.

—Suerte, hijo. Todo saldrá bien.

Mikel respiró hondo. Cogió su abrigo del respaldo de una de las sillas, donde lo había dejado al llegar, y se lo puso. A pesar del cálido interior de la casa, la tela del abrigo seguía mojada en algunas partes. Ojalá tuviera uno de mejor calidad, pensó. También, antes de irse, pensó un momento en Arantxa. Eran amigos, quizá algo más, pero no novios. Se gustaban mutuamente, de eso no cabía duda, pero no compartían mucho al margen de sus escarceos románticos. Para Mikel era obvio, incluso en eso, que no encajaba en aquel pueblo.

Aunque esa noche había sido distinto. En la iglesia, la misma iglesia a la que iba a ir ahora con un propósito tan diferente, se bebieron las cervezas, se sumieron en el arrullo del alcohol, al que no estaban acostumbrados, y acabaron tumbados sobre un banco tocándose y acariciándose. No hicieron el amor, pero por primera vez Mikel sintió algo especial en ella; como si algo hubiera cambiado y deseara estar con él de un modo diferente. Por eso le contó parte de lo que iba hacer más tarde, esa misma noche y en ese mismo lugar. No podía decirle toda la verdad, pero tampoco quiso dejarla al margen. Arantxa le daba ahora una fuerza que antes no había sentido.

Cuando el chico se fue, la anciana se levantó del sofá y caminó despacio hasta la puerta. La cerró con llave y corrió el pasador del cerrojo. También cerró

bien la puerta que daba a la parte de atrás, en la cocina. No tenía sueño —y aunque lo tuviera, no podría dormir hasta que Mikel regresara—, pero lo mejor era acostarse y quedarse a solas con sus pensamientos, en la oscuridad. Esperando.

Se preparó un vaso de leche caliente, con un poco de miel de tomillo, y se lo llevó a la habitación. Lo dejó en la mesilla de noche y se quitó la ropa para ponerse el camisón. Cuando la tela de éste dejó de velar sus ojos y su cabeza emergió por el cuello, lo que vio le hizo dar un traspié. No cayó al suelo porque se topó con el armario por detrás. Lo golpeó con los huesos viejos y casi descarnados de su espalda.

Una figura entre las sombras, recortándose ante la única ventana, la observaba de pie, inmóvil, frente a ella. Se sentó lentamente en una silla, sin decir nada. No se le veía su rostro, pero la mujer sabía perfectamente quién era.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —dijo con la voz trémula—. He hecho todo lo que me pedisteis, punto por punto —protestó.

—Lo sé —respondió una voz serena y masculina.

—Entonces, ¿por qué has venido? Dímelo.

—Es lo que me han ordenado. Lo siento.

La mujer comprendió. Se sentó en el borde de la cama, consciente de que no podía hacer nada para cambiar su destino. Sus pensamientos volaron a la única persona en el mundo que le importaba.

—¿Y Mikel?

—¿Mikel? —repitió la sombra—. No tienes que preocuparte por él, no le pasará nada.

La mentira caló hondo en la mente de la mujer. Uno cree, más que en cualquier otra cosa, en lo que quiere creer.

—Eso es lo único que me importa —aceptó la anciana, y se tumbó sobre el colchón, boca arriba, con las manos cruzadas en el pecho. Cerró los ojos—. Por favor, sólo te pido que seas rápido. Dile a Mikel que le quiero.

Fue Yolanda quien lo vio. Aún faltaban quince minutos para la medianoche. Apenas se podía distinguir quién era la figura que entró huidiza en la iglesia, pero por su forma de moverse y por el hecho en sí de entrar en el desnudo templo, tenía que ser Mikel, que se adelantaba un poco a la hora.

—Mi, cabo, ¡ahí está el chico! —dijo a José María Ortiz, señalando con el dedo—. ¿Vamos ya?

—No: esperemos a la hora convenida. Si llegamos antes o después podría asustarse o impacientarse.

A Yolanda le pareció perfectamente razonable la decisión de su superior, aunque por ella hubiera ido de inmediato a encontrarse con Mikel. Empezaba a

afectarle la tensión de la espera. Si hubiera dependido de ella, a Mikel no le habría ocurrido lo que le ocurrió.

Cuando el muchacho entró en la iglesia, se dirigió al altar. Se sentó por detrás, en espera de que aparecieran la guardiacivil y los amigos de la chica desaparecida. O, más bien, forzada a desaparecer. Se colocó a un lado del Cristo partido, observándole con una sensación extraña. ¿Era aquella, en realidad, la imagen del hijo de Dios? ¿Había realmente un Dios bueno y justo que velaba por los seres humanos? A la vista de esa imagen rota, antaño venerada, parecía que no.

Ajeno a todo, sumido por completo en sus pensamientos, sólo oyó el ruido a su espalda cuando la persona que lo había producido estaba ya muy cerca de él. Se volvió, con miedo en los ojos, y vio que era Arantxa.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —dijo, levantándose algo más calmado.

—He venido a verte. Esta tarde me pareció que estabas un poco tenso. Me quedé preocupada. Por eso he venido.

—¡Pues tiene que irte ahora mismo! —dijo Mikel.

Ella no le hizo el menor caso. Se acercó a él y le abrazó para besarle. Al hacerlo, le fue empujando hacia la parte de la nave que llevaba a la sacristía.

—¿Me quieres, Mikel? —le preguntó.

El chico no se esperaba eso: ni el beso, tan apasionado, ni mucho menos la pregunta.

—Yo... Claro. Claro que te quiero.

De pronto, dos hombres aparecieron por detrás. Cuando Mikel se dio cuenta, ya era demasiado tarde para huir. Ambos se abalanzaron sobre él sin darle ninguna opción. Arantxa se separó, con una sonrisa en los labios. Uno de los hombres le agarró por detrás y le tapó la boca. Era muy fuerte. El otro llevaba una cuerda. Era el padre de Arantxa. La desenrolló y la lanzó hacia lo alto. Tuvo que hacerlo dos veces, bajo la aterrorizada mirada de Mikel. La cuerda pasó por encima de una vieja viga y, al volver abajo, vio que su extremo tenía una soga.

Intentó gritar, pero la tenaza del hombre que lo aprisionaba se lo impidió. Se revolvió, pataleó, dio codazos, intentó morderle. Todo sin el menor efecto.

Sólo pudo dar un grito, que nadie oyó fuera, cuando su boca quedó libre un instante mientras le ponían la soga al cuello. Después, ante la mirada fija e impassible de Arantxa, un fuerte tirón de la cuerda, un crujido de su nuca y sus ojos dejaron de ver para siempre.

Afuera, el cabo Ortiz y Yolanda vieron entrar a Arantxa en la iglesia. Faltaban todavía unos minutos para las doce. La guardiacivil, que no la conocía, quiso seguirla, pero su superior volvió a retenerla.

—Esa es la novia del chico. Aún no es la hora. Es mejor que les dejemos

solos.

A regañadientes, Yolanda tuvo que obedecer y esperar a las doce en punto. Iván y Alfredo no dijeron nada, aunque por ellos también hubiera ido ya. Desde el interior del todoterreno, aislados por la chapa y el cristal, rodeados de la ventisca y la nieve, no escucharon ningún sonido que proviniera de la iglesia.

Los últimos minutos pasaron como si fueran horas. El cabo tenía justo delante el reloj del salpicadero, que iba en punto.

—Ahora sí. Son las doce. Vamos —dijo al fin.

Ajenos a lo que acababa de ocurrir o lo que podían encontrar, los cuatro bajaron del vehículo y se encaminaron a la entrada.

El cabo no encendió la linterna hasta que todos estuvieron dentro. En una primera visual, no parecía haber nadie. Ni Mikel ni Arantxa. A Iván y a Alfredo el corazón les dio un vuelco: ¿se habría arrepentido el muchacho de revelarles lo que sabía? Pero, ¿y dónde estaba su novia? ¿Quizá en la parte de atrás, la que comunicaba con la cripta?

El haz de luz seguía recorriendo la nave, reflejándose en el polvo en suspensión. Yolanda llamó en voz alta al muchacho un par de veces. Fue ella la que vio algo que no creía haber visto antes, en su anterior visita a la iglesia: una cuerda tensa que cruzaba el altar en diagonal. Pidió a su superior que la iluminara en su base. Estaba atada a uno de los pesados bancos de madera. La luz la siguió hacia arriba. Primero aparecieron unos pies, luego unas piernas y, por fin, un cuerpo completo. Uno de los pies hizo un repentino movimiento, como un leve espasmo.

—¡Mikel! —gritó la guardiacivil.

Reaccionó al instante. Corrió hacia el banco donde estaba atada la cuerda y se puso a intentar deshacer el nudo.

—¡Ayudadme, aún está vivo! Tirad de la cuerda —pidió a los chicos, para que Mikel no cayera a plomo.

Liberado el nudo, fueron bajando al muchacho con cuidado hasta que el cabo Ortiz lo recogió en sus brazos y lo tendió en el suelo. Le quitó la soga del cuello y puso su mano a un lado para comprobar el pulso. Sus venas no palpitaban.

—Está muerto —anunció.

En ese momento, oyeron una especie de gemido agudo. Provenía de un lugar donde había varios bancos de madera cruzados y apilados. Al dirigir la luz hacia allí, vieron a la joven, a Arantxa. Estaba acurrucada, con los ojos muy abiertos. Parecía aterrorizada por completo.

Su actuación hubiera engañado al mismo diablo. Yolanda supuso que había presenciado los hechos y por eso estaba así, en estado de shock. Se le acercó y se agachó a su lado. Le puso una mano en el hombro y trató de confortarla.

—Tranquila. Ya pasó todo.

Ante la consternación de Alfredo y de Iván por la inesperada muerte de Mikel, Yolanda volvió con Arantxa y la sentó en uno de los viejos bancos. Se quedó a su lado. La joven, apenas una adolescente, parecía incapaz de hablar. Pero vaya si lo hizo.

—¿Qué ha pasado, Arantxa?

El que se lo preguntó fue el cabo Ortiz, que les conocía a ella y a su padre desde hacía muchos años.

—Yo...

—Es importante, Arantxa. ¿Sabes por qué se ha suicidado Mikel?

El guardiacivil daba por hecho esa circunstancia. La chica soltó unas cuantas lágrimas y luego contestó con un ahogado:

—Sí.

Todos se miraron con expectación. A pesar de la muerte de Mikel, quizá aún pudieran averiguar lo que fuera que iba a contarles. Si es esa era su intención, y no sólo matarse en la iglesia por alguna razón desconocida.

—Dinos, ¿por qué lo ha hecho? —continuó Ortiz, con voz suave, intentando no presionarla—. ¿Tiene algo que ver con la chica desaparecida?

—Sí. Él, él...

—¿Él...?

—Fue él quien la secuestró.

La revelación cayó como una bomba, aunque en lugar de ruido provocó un atronador silencio.

—¿¡Está viva?! —gritó Alfredo.

El cabo Ortiz le miró con desaprobación, pero repitió su pregunta con más tiento.

—Arantxa, ¿está viva la chica?

—Cre... creo que sí.

Alfredo liberó toda su tensión con un largo suspiro. Iván se inclinó y se apoyó en sus propias rodillas. Lo único que importaba ahora era encontrarla.

—¿Sabes dónde la tiene? —preguntó una vez más el cabo.

—No. Eso no quiso decírmelo.

Yolanda se levantó del banco y se arrodilló junto al cadáver del muchacho. Aún estaba caliente, a pesar del frío helador que también reinaba en la iglesia. El cabo Ortiz, de pie junto a ella, la iluminó con la linterna. La guardiacivil buscaba signos de forcejeo o de violencia, al margen de las marcas en la piel y la contusión provocada en el cuello por la soga. No parecía haber nada extraño a primera vista. Si es que lo había, tendría que determinarlo el forense cuando le

practicara la autopsia.

—¿Pero qué...?

Al examinar una de las manos de Mikel, Yolanda encontró un papel aferrado dentro de su puño. Lo abrió y lo cogió con sumo cuidado. Estaba doblado dos veces, en forma de un pequeño cuadrado. Antes de desplegarlo se lo mostró a su superior, que le hizo un gesto para que lo examinara ella misma.

—¿Qué es? —dijo Iván.

—Aún no lo sé...

Yolanda se puso en pie. Miró hacia Arantxa, que negó con la cabeza. Un poco por delante del cabo y los dos chicos, que miraban sin perder detalle, desplegó la pequeña hoja, una página de una libreta cuadriculada. Iba dirigida a Iván y a Alfredo. Con letra temblorosa e irregular, Mikel había escrito: *“Os pido perdón por lo que he hecho. No he podido evitarlo ni soporto más la vida. Tengo que morir. Yo secuestré a vuestra amiga y la llevé a un escondite que tengo cerca de las ruinas de Ochate. Es una cueva que descubrí hace tiempo. A ella no le he hecho ningún daño. Pude evitarlo, pero no sé si podría seguir controlándome, y por eso prefiero acabar con mi vida. Por favor, perdonadme y salvad a vuestra amiga. Y decidle a mi padre que lo siento y que le quiero. Él no tiene ninguna culpa de cómo soy ni de lo que he hecho”*.

—¿Crees a Mikel capaz de esto? —preguntó Yolanda a Arantxa.

La muchacha agachó la mirada. Parecía a punto de ponerse a llorar otra vez. Había algo que no quería contar.

—Arantxa, por favor, contesta —insistió la guardiacivil.

—Mikel está... estaba como loco últimamente. Me daba miedo. No sé qué le pasaba, pero había cambiado. Esta misma noche intentó violarme.

La joven rompió a llorar. Yolanda volvió a su lado y la abrazó. Creía saber cómo debía sentirse, con todo lo que había ocurrido. Creía saberlo, pero lo cierto era que no tenía ni la más remota idea de la verdad.

Antón, el padre de Mikel, sacaba en ese momento la basura por la parte de atrás del bar. Allí se encontró —se topó, más bien— con Paco Ortiz. Y con los perros. Se llevó un sobresalto porque no se lo esperaba a esas horas. Después de un segundo quieto como una estatua, saludó a Ortiz y, sin perder de vista a los perros, fue hasta los cubos, que estaban a un lado, protegidos por un techado de plástico de la nieve.

Ortiz se encendió un cigarrillo. No tuvo que decir nada. Le bastó con un leve gesto con la cabeza para que los perros —una decena— empezaran a moverse hacia Antón. Se colocaron cortándole el paso, rodeándole e impidiéndole regresar al cobijo del bar.

—¡Qué es esto! —gritó el hombre hacia Ortiz.

—Creo que ya lo sabes —dijo éste—. Todo tiene un precio, y a ti te ha llegado la hora de pagarlo.

Sólo había un pequeño espacio, un hueco mínimo, en el cerco de los animales. Preso del pánico, Antón se lanzó hacia él a toda velocidad. Logró zafarse y se dirigió hacia el callejón que desembocaba en un descampado de las postrimerías del pueblo. Los perros le siguieron, acosándole. No les costó mucho, porque Antón apenas podía correr sobre la gruesa capa de nieve.

Se resbaló un par de veces, se levantó, miró hacia atrás. No se echaban encima de él. Parecía que lo empujaban hacia las afueras del pueblo.

Sólo cuando estuvo en mitad de la explanada, a medio camino de una zona de árboles no muy densa, el primero de los perros saltó sobre su espalda. Le hizo rodar por la húmeda blancura. Antón quedó de espaldas, pero tuvo tiempo de volverse para ver al segundo perro saltando sobre él. Dio un grito que llegó hasta el pueblo.

En menos de un minuto, las diez bocas despedazaron por completo su cuerpo. No se veía nada en la oscuridad de la noche, pero su sangre formó un charco. Un charco cálido y oscuro que derritió varios centímetros de nieve, hasta llegar a la tierra, para helarse como y mezclarse con ella.

En el reverso del papel que Yolanda encontró en la mano de Mikel había una especie de mapa o plano. Mostraba, con indicaciones un tanto toscas, un camino y algunas marcas. Una de ellas era la torre de la vieja iglesia de Ochate, como referencia, más allá la ermita de Burgondo, en lo alto de un camino y, hacia el bosque cercano, la entrada a la cueva donde Mikel confesaba tener presa a Beatriz.

—¡Hay que ir a buscarla enseguida! —gritó Alfredo.

El cabo Ortiz le miró con una expresión extraña. Antes de que pudiera hablar, si es que iba a hacerlo, Yolanda dijo:

—Sí, ¿pero cómo? Con esta nevada ni siquiera podríamos llegar con el todoterreno.

Iván dio un paso al frente.

—Hay que ir de todos modos. Tenemos que intentarlo.

—Es imposible llegar a Ochate —dijo el cabo Ortiz. Su voz era la única serena—. Ni con un helicóptero de Protección Civil se podría llegar ahora. Hay que esperar a mañana, a la luz del día y a que pare esta nevada.

Alfredo estaba frenético. Hizo unos amplios gestos con los brazos como pidiéndoles a los demás que se callaran.

—¡Sí que hay una forma de ir! En el taller del pueblo hay un quad. Lo he visto esta tarde, cuando llevé el coche para que lo revisara el mecánico.

—Con un quad, y bien abrigados, sí podríamos intentar llegar a Ochate —

dijo Yolanda.

—Ni siquiera alguien que conozca muy bien la zona podría lograrlo —objetó el cabo—. Es casi imposible no desorientarse con esta nevada.

—¡Pero Beatriz podría morir! —protestó Alfredo—. No podemos dejarla allí sola. ¿Es que no lo entiende?

El guardiacivil miró al chico con fuego en los ojos. No estaba acostumbrado a que lo contradijeran, y menos un niño de ciudad.

—Se supone que Mikel la ha metido en una cueva. Allí estará guarecida del temporal. Aunque no haya comido en veinticuatro horas, eso no la va a matar. Y, en todo caso, no pienso arriesgar la vida de nadie más en estas condiciones meteorológicas. Punto final.

—¡Yo iré! —exclamó Iván de pronto.

—Te lo prohíbo —le dijo el cabo con aspereza—. Si me obligas a hacerlo, tendré que detenerte. Ahora que estoy aquí, es responsabilidad mía velar por la seguridad de todos.

Yolanda no estaba de acuerdo. No era el mejor momento para oponerse a su superior, pero el tiempo resultaba vital; más de lo que él decía. Ignoraban el estado real de Beatriz o si podía encontrarse al borde de la congelación. Y ello suponiendo que aún estuviera viva, lo cual, por desgracia, dudaba a pesar de lo que decía la nota y de las palabras Arantxa, que seguía sentada en el banco con los ojos llorosos.

—Déjeme ir a mí. Iré con el chico. Hoy hay luna por encima de las nubes, y algo se verá, aunque sea poco. Usaremos el GPS de mi móvil para no perdernos. Sólo he estado en las inmediaciones de Ochate una vez, pero soy capaz de reconocer su torre solitaria sin problemas. Y, a partir de ahí, las indicaciones de la cueva en el plano parecen fáciles de seguir.

Contra cualquier pronóstico, el cabo Ortiz no voceó ni montó en cólera. Se limitó a negar sin decir nada. Cuando habló, ninguno podía esperar que fuera a decir lo que dijo.

—Sólo te lo permitiré si antes compruebas que el GPS funciona correctamente. Por esta zona falla mucho, no sé por qué. Y también suelen surgir neblinas como de la nada. Ir sin el GPS en orden es una locura.

Las palabras del cabo hicieron a Yolanda pensar en los militares que, a finales de los ochenta, se desorientaron en la niebla y estuvieron perdidos durante horas en Ochate. No eran inexpertos ni excursionistas con una simple brújula. No es que fuera a echarse por eso. Simplemente le vino a la mente.

De hecho, no tuvo mucho tiempo para mantener esa imagen de la unidad militar perdida. Alfredo no iba a dejar las cosas así. Estaba harto de que Iván se saliera con la suya y que fuera siempre él quien tomara la iniciativa. Esta vez no

estaba dispuesto a permitirlo.

—Yo acompañaré a con Yolanda —dijo con firmeza.

—No, Alfredo. Sé que quieres ir tú, y lo comprendo —dijo Iván—. Pero ahora no se trata de competir para ver quién gana en esta especie de absurda competición que tenemos a veces. Yo tengo experiencia en montaña, sé conducir un quad y estoy mejor preparado físicamente que tú. Es así.

A Yolanda le volvió a sorprender Iván. No imaginaba que pudiera ser tan sensato, llegado el momento de hacerse necesario. Aquel chico daba una primera impresión muy equivocada.

—Sí, es verdad, tienes razón en todo —reconoció Alfredo—. Pero sigo queriendo ir yo.

Tuvo que ser el cabo Ortiz quien zanjara la disputa a favor de Iván. Si ya era una temeridad lanzarse en un quad, en medio de la noche y con esa nevada infernal, por los traicioneros caminos que conectaban Otsobeltz con Ochate, lo que de ningún modo iba a permitir es que acompañara a su subordinada el menos preparado de los dos jóvenes.

Para Alfredo fue duro aceptarlo, pero no tuvo alternativa. Al fin y al cabo, lo único importante era ir en busca de Beatriz. Sentía que su amistad con Iván estaba rota para siempre, pero eso ahora también carecía de importancia. Le indicó a Iván dónde vivía el mecánico, cerca del taller y la iglesia, y esperó a que Yolanda comprobara su GPS, que recibió enseguida señal de los satélites y funcionó a la perfección, no como los suyos cuando se desviaron hacia ese maldito pueblo. Les deseó suerte, aunque serio y de malas pulgas.

—Será mejor que os llevéis la linterna —dijo el cabo, y se la entregó a la guardiacivil.

Todos salieron de la iglesia. El guardiacivil y Alfredo fueron con Arantxa hasta el todoterreno. El chico no dijo nada hasta que el guardiacivil arrancó el motor. Lo hizo para preguntarle si no iba a avisar de lo sucedido al puesto de Treviño. Parecía lógico hacerlo, tanto por dar parte de las novedades y de la muerte de Mikel, como por notificar lo que estaban a punto de hacer Yolanda e Iván. Aunque no pudieran prestarles apoyo inmediato, debían estar al tanto de los últimos acontecimientos.

—Antes llevemos Arantxa a casa —dijo el cabo. Y luego, hacia ella, que estaba en parte de atrás—: Acuéstate en cuanto llegues. Si le dices algo a tu padre, pídele que no avise a Antón. Es cosa mía comunicarle la muerte de su hijo.

—Sí, señor Ortiz —dijo Arantxa en un hilo de voz.

—¡Joder! —exclamó el cabo con el comunicador de la radio ya en la mano.

Alfredo creyó que estaba rota, o que pasaba algo con ella. Pero no tenía nada

que ver con eso.

—¿Qué sucede? —preguntó desde el asiento del copiloto.

—Tendremos que volver luego a la iglesia. —En ese momento le contestaron desde el puesto. El cabo pidió un momento y terminó de explicarse con Alfredo —: No podemos dejar ahí tirado el cuerpo de Mikel. Hay que ponerlo a resguardo. Lo bueno es que hace frío y no será difícil encontrar un sitio donde meterlo.

—¿Le harán la autopsia?

—Es casi seguro que sí, pero no lo sabremos a ciencia cierta hasta que lo vea el juez y determine si es necesario o no. A su padre le avisaré mañana por la mañana. No quiero ir ahora a darle una noticia tan jodidamente mala y que no tiene solución.

Volvió a la radio. El guardia con el que habló en el puesto de Treviño le dijo que las carreteras estaban cortadas desde hacía una hora. Enviarían efectivos de apoyo en cuanto fuera posible. Se esperaba que el temporal remitiera durante la noche, en las horas siguientes, para luego contraatacar y seguir en los siguientes días.

Al menos una buena noticia, pensó Alfredo.

—Venga, vamos a llevar a Arantxa —anunció el cabo cuando finalizó su conversación con el guardia del puesto—. Cuando protejamos luego el cuerpo de Mikel, volveremos a casa de Amane a esperar. No podemos hacer otra cosa. Nos quedaremos allí hasta que Yolanda y tu amigo regresen de Ochate.

Parecía que iba a añadir “si es que regresan”, pero no lo hizo. Ni Alfredo quiso pensarlo tampoco. De hecho, visualizó en su mente el regreso, no sólo de Yolanda e Iván, sino de ellos dos con Beatriz, sana y salva. Después de lo que había pasado hasta el momento, ya no iba a ser un timorato con ella. Iván ya no iba a ser un freno. Eso se acabó.

Avelino, el mecánico, estaba viendo una película porno cuando Yolanda e Iván aparecieron ante su puerta. Estaba en bata y por debajo de ella se le veía el pijama. Ninguno de los dos quiso imaginarse lo que estaría haciendo. La guardiacivil se limitó a mostrarle su placa y a pedirle que se vistiera.

Hubo un momento en que el hombre pareció asustado como un conejo. Yolanda le aclaró que no debía temer nada, que sólo necesitaban su quad, lo que le hizo cambiar la expresión por otra de incredulidad absoluta.

—¿El quad...? ¿Para qué lo quieren ahora?

La guardiacivil sopesó si debía o no contarle la verdad. En las actuales circunstancias lo juzgó lo más simple.

—Estamos buscando a la chica desaparecida. Este es uno de sus amigos.

—Ah, sí —dijo el mecánico—. Su otro amigo me ha traído esta tarde el

coche para que le mirara el motor.

—El caso es que necesitamos su quad para ir hasta Ochate. Al parecer, la joven podría estar allí, dentro de una cueva.

El hombre sacó la cabeza hacia fuera para mirar el cielo.

—¿No lo dirá en serio?

—Completamente. Vístase, por favor. No podemos perder tiempo.

Iván y ella se quedaron dentro, en el recibidor, mientras el mecánico se ponía a toda prisa unos pantalones encima de los del pijama y un grueso abrigo de plumas. Desde allí se veían en la pantalla los movimientos de esculturales cuerpos entrelazados, de los que antes sólo habían escuchado palabras obscenas y gemidos. Al mecánico no parecía importarle demasiado. Ni siquiera se molestó en apagar el aparato cuando volvió con ellos para guiarles al taller.

Cruzaron el callejón y atravesaron la pequeña explanada que estaba delante del mismo. El hombre quitó el cerrojo de la puerta metálica y la abrió hacia arriba. Las lamas emitieron un quejido a corrosión y falta de engrase, cosa inesperada en un mecánico. El quad estaba al fondo, por detrás del coche de Alfredo, que tenía el capó abierto.

—Van tener que abrigarse bien —dijo el mecánico—. Y yo sólo tengo un casco para dejarles.

—Los cascos son lo de menos —contestó Yolanda—. Pero sí le agradeceríamos que nos prestara algo más de ropa de abrigo y, si tiene, unos gorros o algo con que cubrimos la cabeza.

—Lo mejor es un chubasquero por encima de un buen gorro de lana y el abrigo. Si quieren, tengo un par de chubasqueros de publicidad. Me los regalan de una marca de aceites. Gorros también debo de tener por aquí.

—¿Y algún jersey?

—No, pero les voy a dar un truco de motero: hojas de periódicos.

Iván ya lo conocía. Era una buena idea y funcionaba a la perfección. Yolanda y él se quitaron los abrigos y se metieron, por debajo de la ropa, varios periódicos de los que el mecánico usaba para poner en el suelo y no mancharlo tanto. Volvieron a ponerse los abrigos, unos gorros de lana gruesos y mugrientos y, por fin, se cubrieron con los chubasqueros, de calidad bastante escasa y plástico muy fino.

—Me olvidaba de los guantes. Tengo unos del quad, pero también les pueden valer los que uso cuando manejo las herramientas.

El hombre cogió estos últimos de encima de un mueble y los del quad del interior de un cajón.

—¿Tiene suficiente gasolina el depósito? —preguntó Iván.

—Sí, está a tope. Lo he llenado hoy mismo.

Ni el chico ni la guardiacivil pensaron que pudiera no ser verdad. Pero, de hecho, no lo era: con los escasos litros que quedaban en el depósito era casi imposible que llegaran hasta su destino.

—Saquémoslo afuera —dijo Yolanda—. Yo conduzco.

—¿Estás segura? —preguntó Iván con cierto tonillo—. ¿Has llevado antes un quad? No es nada intuitivo. Se conduce como...

Ella sabía lo que Iván pretendía y le cortó la retahíla de cuajo.

—Sí, sí he conducido antes quads y sé perfectamente cómo se llevan, no tengas cuidado por eso. Vamos, monta detrás de mí y agárrate fuerte, no te vayas a caer del asiento cuando acelere.

Amane abrió la puerta con una incongruente sonrisa en la boca. Cuando, después de llevar a Arantxa a su casa, regresaron el cabo Ortiz y Alfredo, y el primero le contó que habían encontrado muerto a Mikel, ahorcado en la iglesia, pareció que le costaba cambiar la expresión de su rostro a una más seria y grave, como sería natural en cualquiera al oír eso. Tampoco le pareció a Alfredo procedente que el cabo le revelara a Amane detalles tan concretos y específicos de la muerte de Mikel. Y menos que habían encontrado en una de sus manos una nota de suicidio y un plano que conducía a una cueva escondida cerca de Ochate, a donde supuestamente el chico había llevado por la fuerza a Beatriz.

Se sentaron en el salón. Sobre la mesa había bizcochos, una jarra con leche y una cafetera humeante.

—Tomaos un café caliente. Os sentará bien y me parece que lo necesitáis —dijo Amane.

—Se agradece —correspondió Ortiz.

Mientras la mujer servía el café, dijo:

—Es terrible lo de Mikel. ¿Cómo se lo ha tomado el padre?

El padre no se lo podía tomar de ningún modo, porque también estaba muerto. Ortiz la miró un momento antes de contestar.

—Aún no se lo he comunicado.

—¿Y eso de que Mikel dibujó un plano en la nota con su confesión del secuestro? ¿Cómo se le ha ocurrido a tu subordinada, que no es más que una niña, intentar llegar a Ochate en esta noche infernal?

Alfredo pensó que infernal era un muy buen calificativo. El Infierno suele asociarse con el calor y el tormento. Pero, si existe, seguramente se parece más a una inmensa extensión helada y solitaria.

—Ella sabe lo que se hace. No he querido impedirselo. Es su primer caso y está muy implicada.

—Lo comprendo. Espero que la suerte la acompañe. Y a tu amigo —añadió Amane mirando a Alfredo—. No queremos más muertes, ¿verdad?

La última pregunta iba dirigida al cabo Ortiz. Éste cogió un bizcocho de la bandeja de la mesa, lo mojó en el café y, antes de metérselo en la boca, contestó con un lánguido:

—No, claro que no.

—¿Y qué habéis hecho con el cadáver del muchacho?

El cabo Ortiz cogió otro bizcocho.

—Lo hemos metido en la cripta de la iglesia. Allí estará fresco y no se lo comerán las alimañas.

Alfredo estaba sintiendo náuseas por la naturalidad de la conversación, como si aquellos dos estuvieran hablando sobre cualquier cosa intrascendente. La imagen del cabo Ortiz devorando bizcochos le revolvió las tripas.

—Si me disculpan, yo voy a subir un momento a la habitación. Quiero cambiarme de ropa.

—Sí, hijo, ve, estás disculpado.

La sonrisa absurda volvió a los labios de Amane. La mantuvo hasta que el chico desapareció por el pasillo. Luego se cambió de silla para sentarse en la que estaba más cerca del cabo. Y ya no sonreía.

La nieve seguía cayendo sobre el Condado, aunque quizá con un poco menos de intensidad. Las únicas luces que rodeaban a Yolanda y a Iván eran el foco delantero del quad y los pilotos traseros rojos. En el monótono terreno, el faro apenas servía para que no se toparan con el tronco de un árbol o un pedrusco en medio del camino.

Sentado detrás de la guardiacivil y agarrado a ella por la cintura, Iván notaba sin desearlo la excitación al contacto con su cuerpo. A pesar de la gruesa capa de ropa, podía notar un vientre plano, coronado por un pecho más abundante de lo que dejaba entrever el uniforme. Lo peor era sentir su entrepierna sobre su trasero. El movimiento había provocado que sus pelotas estuvieran sueltas y fueran rebotando a cada bache. Esperaba con sinceridad que ella no lo notara, porque no era algo que diera precisamente buena impresión.

—¡Me cago en la puta! —gritó de pronto Yolanda por debajo del anorak y el chubasquero.

Iván sintió que se iba para delante y que sus pelotas se aplastaban. La guardiacivil había frenado en seco. Las ruedas del quad se bloquearon y fueron deslizando unos metros con el vehículo girando fuera de control.

—¿Qué pasa? —preguntó Iván, gritando también.

No necesitó que Yolanda se lo explicara. Lo vio él mismo por encima de su hombro: los perros. Estaban allí, unos diez, miránolos tan quietos como los troncos de los árboles que flanqueaban el camino.

—¡¿Qué... qué hacemos?! —dijo Iván muy asustado. No pudo evitarlo.

—Ya verás lo que hago —contestó ella mientras se bajaba del quad.

Tiró hacia arriba del faldón del chubasquero, metió la mano por debajo del abrigo y sacó su pistola. Le quitó el seguro y dio un tiro al aire. La detonación resonó en el aire con un eco que parecía inaudito en ese espacio abierto.

Los perros no se movieron un ápice. Iván hubiera jurado que ni siquiera parpadearon. Sus ojos, encendidos por la luz del faro, seguían fijos e impasibles sobre ellos.

—Se acabó —musitó Yolanda.

Dio un paso al frente y apuntó a uno de los animales, el que estaba más cerca, en el centro del camino. Acarició el gatillo con el dedo y se dispuso a oprimirlo. Estaba a punto de hacerlo cuando algo ocurrió. Sin previo aviso, sin el menor signo de que fueran a moverse ni actuar de ese modo, los perros se dividieron en dos grupos como si fueran sendas bandadas de aves. Se movieron sincronizados, al unísono, y se alejaron al trote hacia los árboles.

Yolanda esperó unos momentos, perpleja, y aún con recelo volvió a guardar su arma. Al volverse hacia Iván vio que su rostro estaba desencajado. Lo achacó al miedo. Y tenía razón. Pero no al miedo que ella creía.

En el piso superior de la casa de Amane, Alfredo entró un momento en la habitación de Beatriz antes de ir a la suya. Su maleta abierta seguía sobre la cama, y sus cosas repartidas en una silla y sobre la cómoda de la ventana. Sintió repentinos deseos de notar su olor. Cogió una de sus camisetas y la estrechó contra su rostro, apretada con ambas manos.

Aspiró el aroma de Beatriz, el dulce aroma de Beatriz, y su mente se llenó de imágenes y de recuerdos. Y de imágenes y de recuerdos de deseos, durante tanto tiempo acallados en su interior.

La resolución de que si todo salía bien cambiaría de actitud respecto a su relación con ella, cobró más fuerza. Dejó la camiseta sobre la cama, la miró durante unos segundos y se dio media vuelta para salir de la habitación. Volvió al pasillo y continuó por él hasta la puerta de la suya, un poco más adelante. Cambiarse ropa era sólo una excusa. Lo haría, ya que lo había dicho, pero lo que quería en realidad era estar solo durante unos minutos. Relajarse, en la medida de lo posible, sin estar en presencia de Amane y del cabo Ortiz y sus bizcochos. Descansar y ordenar un poco sus pensamientos.

Aún en el pasillo, escuchó el sonido del timbre de la puerta. Estaba a punto de entrar en la habitación, pero cambió de sentido para acercarse a las escaleras. Oyó cómo Amane abría y saludaba a alguien. Era una voz masculina. Parecía la de Paco Ortiz. Después oyó la de su hermano José María. Su tono —el de ambos— era muy amigable. Alfredo no sabía por qué, pero se había imaginado que su relación no sería tan cordial. Al fin y al cabo, a pesar de sus desavenencias, eran hermanos.

Fue lo que escuchó a continuación, las frases que dijo Amane creyendo que él no la oiría, lo que provocó que las ruedas de su cerebro se activaran y todas las alarmas se encendieran. Como en una vieja computadora, la información tardó un poco en aflorar. Pero cuando traspasó la barrera del inconsciente para hacerse consciente, Alfredo se tambaleó, sintió las piernas sin fuerza y estuvo a punto de caerse al suelo por la impresión.

—Ya falta poco. Todo está saliendo según nuestros planes, aunque ese chico,

Mikel, ha estado a punto de contarles la verdad. Y, como sabéis, es crucial que no la descubran.

Eso era lo que había dicho Amane.

Un repentino chillido, muy agudo, inyectó en Alfredo la adrenalina que le hizo recuperar las energías al instante.

En el piso de abajo, se oyeron pisadas rápidas. Amane y el cabo Ortiz corrían. Paco, por su cojera, iba más despacio, pero los golpes de su bastón en el suelo también sonaban acelerados.

Alfredo dejó de oírles. Lo único que sabía con certeza era que no podía quedarse allí esperando a que fueran por él. ¿Quién era en realidad esa gente? ¿Locos, secuestradores, una especie de secta...? Aunque no pudiera avisar a Iván y a Yolanda, porque los móviles no funcionaban, tenía que escapar de allí. Esa era su única esperanza: huir.

—¿Qué te pasa? —dijo Yolanda a Iván, que seguía sentado en el quad con el pánico dibujado en el rostro.

—¿No lo has... visto? —tartamudeó él.

—¿Ver el qué? ¿Los perros?

La pregunta de Yolanda era una obviedad, pero no se le ocurrió qué otra cosa podía haber visto Iván y que le había hecho mostrar esa cara de terror. Como no fuera un fantasma...

—Uno de los perros... —dijo el chico—. Tenía algo en la boca. ¿Lo has visto o no?

—No. Estaba demasiado ocupada tratando de pegarles un tiro.

La guardiacivil estaba empezando a perder la paciencia. Respetaba las fobias —ella misma tenía fobia a los payasos por una mala experiencia con un ex novio—, pero no podían perder tiempo ahora con eso. No iba a coger al chico de la mano y acariciársela para ayudarle a calmarse.

—Uno de los perros —repitió Iván— tenía... sangre. En la boca, en los dientes... Y había algo más.

—¿Sangre? —dijo la guardiacivil sorprendida.

—Y también un trozo de tela. Ensangrentada.

—¿Estás seguro? ¿No puede haber sido una mala pasada de tu mente? A ti te dan mucho miedo los perros, ¿verdad?

—No, Yolanda. Sí, me dan mucho miedo los perros, pero no es eso. Cuando tú estabas ahí delante, con la pistola, me quedé paralizado, pero sé lo que vi. El faro iluminaba al perro directamente. Es uno de los que se han ido hacia la derecha para meterse entre los árboles.

El ruido del motor en marcha del quad resonó sobre el silencio de Yolanda. Era mal asunto. Si Iván había visto en realidad a un perro con la boca llena de

sangre, eso podía significar tanto que cazó a un animal como que se peleó con otro perro. Pero el trozo de tela no podía ser de un animal. Si había probado la sangre humana, querría volver a probarla, como sucede con las fieras de los circos. Aun así, trató de quitar yerro al asunto mientras grababa en su mente que la próxima vez ya no dudaría en disparar. Y no dudaba que habría una próxima vez.

—Habrás cazado algún bicho, o mordido a otro perro. Vamos, no nos quedemos aquí, no sea que vuelvan.

—Sí —dijo Iván en un hilo de voz.

Yolanda comprobó que el GPS seguía dando la posición. Si los datos eran correctos, ya no les quedaba mucho para llegar a Ochate. La luz del faro aumentó de intensidad cuando volvió al quad y giró con energía el mando del acelerador. Las ruedas patinaron antes de adquirir tracción. La nieve caía con menos fuerza, pero, en contrapartida, el frío estaba aumentando. Y el viento intensificaba esa sensación desapacible y heladora.

Si había algo que Alfredo hubiera necesitado en toda su vida, era, justo ahora, pensar con rapidez. Él estaba en el piso alto de la casa. Amane y los Ortiz estaban abajo. Tenía un pequeño y limitado abanico de opciones: saltar por una ventana, con el riesgo de romperse una pierna o algo peor; bajar por las escaleras sin hacer ruido e intentar ganar la puerta de la calle antes de que advirtieran su presencia; esconderse y esperar que lo le descubrieran, ocultarse con algo contundente por si lo encontraban...

Esta última opción resultaba inopinada, teniendo en cuenta que eran tres contra él, y uno de ellos guardia civil, lo que implicaba un arma reglamentaria.

—¡Vamos, vamos! —se dijo a sí mismo en su susurro vehemente.

La idea apareció en su mente como si no tuviera nada que ver con las opciones que estaba barajando: el sótano. No iba a saltar por la ventana ni a esconderse. Si llegaba al exterior de la casa, no sería difícil que le dieran caza, porque el frío era muy intenso y no tenía dónde cobijarse.

—¡La iglesia!

Ahora dos posibilidades pugnaban por vencer mientras les hacían perder un tiempo precioso.

Ganó la iglesia. En la cripta hacía frío, pero no creía que pudiera congelarse. Ni tampoco que lo buscaran allí. No era algo seguro, pero sí mejor que meterse en la ratonera del sótano de Amane.

Fue bajando por las escaleras con tiento, evitando ruidos o crujidos de la madera, muy pegado a la pared, donde los escalones eran más sólidos. Al descender, empezó a escuchar de nuevo un murmullo que, poco a poco, se transformó en las reconocibles voces de aquellos malnacidos. Había una más, la

aguda que debía de pertenecer a la madre de Amane. La anciana impedida de la que había hablado esa tarde. Tuvo que ser ella la que gritó. Pero ¿por qué lo hizo?

Ya casi abajo, distinguió algunas palabras sueltas y fragmentos de frases: “lo sabe”, “la cueva”, “esa chica”, “Ochate”, “el momento”, y, con más claridad que ninguna otra, “no le dejéis escapar”.

Pero eso era justo lo que Alfredo se proponía: escapar. Olvidó el sigilo. Se agarró al borde de la barandilla y dio un salto con todas sus fuerzas. Giró en el aire y se plantó en el pasillo, mirando hacia la salida. Corrió sin pensar ni mirar atrás.

El chillido se repitió, aún más estridente que el primero. Se oyeron otros gritos. Pero Alfredo llegó a la puerta. Sólo en el momento de tratar de abrirla se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. No quiso volverse, pero le asaltó el temor de que, antes de poder darse la vuelta, recibiría un tiro en la espalda.

Sobre el cielo casi negro, a unos centenares de metros de donde estaban, la torre de la vieja iglesia de Ochate se dibujó como una mole de piedra entre las sombras; como un centinela impertérrito al paso del tiempo y las penurias de las gentes que allí habitaron. Sólo esa torre seguía en pie, testigo orgulloso de todos los acontecimientos que el ser humano, a posteriori, había interpretado o malinterpretado, sobre los que se había dicho la verdad, fantaseado o mentido. Sólo ella sabía toda la verdad, pero de nada servía: nunca podría contarla.

Yolanda detuvo el quad y apagó las luces. Quería dejar que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad para confirmar que se trataba de la torre a la que se dirigían. Se giró hacia Iván.

—¿La ves?

—Sí: esa debe de ser la torre de Ochate, ¿no?

—Lo es. Quería confirmar que mis ojos no me engañaban.

La breve sensación de victoria se quebró de un modo abrupto. De repente, el motor del quad emitió una especie de quejido, petardeó un par de veces, volvió a quejarse y se paró. El silencio hizo que se escuchara la brisa. Casi no nevaba ya. Eso era lo único positivo.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha jodido el motor? —preguntó Iván.

—No, no se ha jodido —dijo Yolanda con una voz que daba miedo—. Hijo de puta...

—¿Entonces...?

—Ese puto mecánico nos ha engañado. El depósito se ha quedado seco.

—¿No hay un indicador o una luz?

—No. Yo no he visto ninguna luz. Pero el depósito está seco. No es la primera vez que me quedo sin combustible.

A Iván le vino a la memoria la tarde del día anterior, cuando todo comenzó con la necesidad de repostar. Él había sido quien dijo que tomaran la desviación que, a la postre, les llevó hasta Otsobeltz. Podía no haberla visto, haberlo dicho tarde... Una pequeña decisión puede cambiar muchas cosas. Cambiarlo todo.

—¿Qué hacemos ahora, Yolanda?

—Seguir a pie. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Estamos cerca.

—¿Y los perros? Caminando somos una presa fácil.

—Que lo intenten.

—¡No le dejéis escapar! —gritó Amane.

Alfredo ya se había dado la vuelta y aún no tenía un balazo en la espalda. Pero no porque el cabo Ortiz no hubiera tenido la oportunidad. Desde el fondo del pasillo, le apuntaba con su arma mientras avanzaba lentamente hacia él, secundando de su hermano Paco y seguido de la mujer. Por detrás se veía a la anciana madre de Amane en su silla de ruedas.

—Chico, quédate donde estás y no te pasará nada —le ordenó el guardiacivil con su voz seca.

¿Qué otra opción tenía salvo obedecer? El paso al sótano estaba cortado. La puerta de la calle, cerrada con llave. Estaba desarmado contra un tipo que llevaba una pistola y sabía utilizarla.

—No me dispare, por favor —fue lo único que se le ocurrió decir.

Cada vez estaban más cerca de él. Si había algo que pudiera hacer, si la iluminación podía aún llegarle —o más bien, ocurrir un milagro—, que se produjera ahora o nunca.

Y llegó.

Alfredo no sabía decir cómo, pero se dio cuenta de que a su derecha, no muy lejos, quedaba la puerta de la biblioteca. Si se movía con rapidez, quizá podría llegar a ella antes de que el cabo tuviera tiempo de reaccionar. O, al menos, con un movimiento brusco tendría la opción de evitar el disparo.

O se quedaba quieto y obedecía a aquellos malnacidos o actuaba. Ya.

—¡Alto! —gritó el guardiacivil.

Alfredo había dado un repentino salto hacia delante. El sonido de la detonación llenó el ambiente. La maldita vieja volvió a chillar. El humo del cañón de la pistola nubló por un instante la vista del cabo Ortiz. Al disiparse, el chico no estaba ya en el pasillo. Corrió tras él hacia la biblioteca. Se escuchó un ruido de cristales.

Cuando el guardiacivil llegó, seguido de Amane y de su hermano, la ventana estaba rota y una sombra corría a toda velocidad hacia la negrura nevada.

La torre de Ochate, sombría y solitaria, fue para Yolanda e Iván el refugio ansiado tras una travesía por un inmenso desierto helado. Las gentes de la región decían que no se debía entrar, que amenazaba ruina y podía desplomarse en cualquier momento. Y debía de ser verdad, pero si había aguantado siglos en pie, no iba a caerse precisamente esa madrugada.

Volvía a nevar en esa noche sin fin en la que los cielos parecían castigar al mundo. La primera en entrar en la parte baja de la torre, donde no había hoja en la puerta, fue Yolanda. Tuvo que usar la linterna de su móvil, al que quedaba ya

muy poca batería, para iluminar el interior. La linterna que les dio el cabo Ortiz no funcionaba. Tenía pilas, pero no funcionaba.

En el interior de la torre no había nada con lo que hacer una pequeña fogata, y cualquier madera traída de fuera era inservible por la humedad.

—Nos quedaremos unos momentos aquí a resguardo —dijo la guardia a su compañero mientras se sacudía la nieve del chubasquero—. Y quiero estudiar una vez más el plano de Mikel para orientarme.

Iván se dejó caer en una esquina, la más alejada de la desprotegida puerta.

—La ermita esa... como se llame...

—Burgondo.

—Eso, la ermita de Burgondo queda más o menos hacia el norte. Hacia la izquierda de la puerta por la que hemos entrado. Debe de haber un camino.

—Pero el camino, aunque esté ahí, no se verá con esta nevada —protestó Yolanda.

—Ya lo sé. No podremos seguirlo, pero la forma de los laterales nos dará una pista de dónde está.

—La “forma de los laterales” —repitió Yolanda con sorna—. Se ve que eres todo un hombre de campo.

Fue la primera vez que ambos sonrieron.

—Sí, bueno, pero creo que podría funcionar.

—De todos modos, Iván, nos vamos a quedar aquí un rato. Casi no llegamos, y de poco íbamos a servir a Beatriz si nos convertimos en muñecos de nieve por el camino.

—Tienes razón —convino el chico, y la miró de un modo extraño—. ¿Sabes? Antes te dije que no había tenido nada con Beatriz. Es cierto, pero no porque no lo intentara. Sospechaba que ella y Alfredo habían estado juntos, por eso me enfadé antes cuando él lo reconoció.

—Eso ahora no tiene importancia —dijo Yolanda.

—Sólo quería que lo supieras.

Seguía mirándola de ese modo un tanto desconcertante. Sólo cuando él desvió sus ojos hacia la puerta, por la que entraba una mínima cantidad de luz del exterior, ella dijo un sencillo:

—Vale.

Pasaron unos minutos en silencio, sentados en esquinas opuestas, tratando de recuperar fuerzas y en espera de que la tormenta amainara. Iván estaba como retraído, absorto, con la mirada perdida en el resquicio de luz que la linterna del móvil de Yolanda arrojaba en el suelo. Era lo poco que escapaba del papel de Mikel, donde la tenía enfocada, y pasaba entre sus rodillas.

Casi sin que se dieran cuenta, el viento se había ido haciendo poco a poco

menos intenso. Las ráfagas, que a veces entraban en la base de la torre como si un gigante soplara dentro a su capricho, empezaban a espaciarse.

—Oye, Iván.

La guardiacivil había terminado de repasar el plano y apagado ya la linterna del móvil.

—¿Sí?

—¿Tú crees en las leyendas que se cuentan sobre este pueblo abandonado?

El chico encogió los hombros en la oscuridad.

—Ayer ni siquiera sabía que existiera.

—Me refiero a cosas como las psicofonías, el espiritismo, los fantasmas, las maldiciones... todo eso.

—No. ¿Y tú?

Yolanda se demoró un instante en contestar.

—Yo tampoco.

El cabo José María Ortiz no tardó mucho en seguir a Alfredo por la cuesta nevada que conducía al pueblo. A diferencia del chico, él no lo hizo corriendo, sino en el todoterreno de la Guardia Civil, acompañado de su hermano Paco. En la casa, Amane hacía una llamada telefónica a otra casa de Otsobeltz. A la persona que descolgó al otro lado de la línea sólo le dijo que había un pequeño contratiempo, remarcando lo de pequeño. Luego colgó y volvió a poner el disco de la *Apassionata*.

—¿A dónde crees que irá ese maldito chico? —dijo Paco en el asiento de copiloto—. No consigo verle.

—¡Ahí están sus huellas!

La remisión de la nevada jugaba en contra de Alfredo. La cantidad de copos que caía ahora no bastaba para borrar las marcas de sus pisadas antes de que sus perseguidores pudieran verlas con las luces del coche.

—Parece que se dirige a la entrada del pueblo —apostilló el guardiacivil.

—No importa a dónde vaya ni dónde intente esconderse: o se congela o le encontraremos.

Pero Alfredo no tenía intención de permitir que ocurriera ninguna de las dos cosas. A cierta distancia, oyó el ruido del potente motor diesel y le llegó el reflejo de sus faros. Era muy consciente de su situación. Lo único que podía hacer era buscar cobijo en el bar del padre de Mikel. Habían asesinado a su hijo —ahora lo tenía claro—, y por eso no creía que él pudiera estar compinchado con Amane y los dos hermanos Ortiz. Tenía que ayudarle. Quizá él tuviera un coche. Quizá le escondiera o le sacara del pueblo...

Ya a no mucha distancia, jadeando por el esfuerzo y el miedo, vio que el letrero del bar no estaba iluminado. Era muy tarde, Antón debía de haber cerrado

hacía tiempo, así que tendría que ir por la parte de atrás y rezar porque hubiera un timbre para llamar y sacar al dueño de la cama.

Corrió lo más velozmente que pudo. Al llegar a la altura del bar, lo rodeó por el callejón lateral y siguió hacia la parte de atrás. Allí no había más casas, sólo una extensión oscura. Al fondo se recortaban unos árboles difusos sobre un cielo casi negro que la luz de la luna a duras penas lograba atravesar.

El coche de la Guardia Civil se acercaba. Frenético, Alfredo buscó el llamador de la puerta trasera. A un lado estaban los cubos de basura llenos de bolsas que debían proceder del bar. En cuanto localizó el pulsador, lo oprimió como si la fuerza pudiera darle más intensidad al timbre. Resonó en el interior, una y otra vez. Antón tenía que estar oyéndolo.

Por un instante, Alfredo pensó en lo insensible que era pedir que lo salvara un hombre que, aunque aún no lo supiera, acaba de perder a un hijo.

Nada se movía dentro. El único sonido era el del timbre. Aunque, dentro de sí, al chico también le llegaba el retumbar de los latidos de su corazón.

—¡Vamos! —ahogó un grito lleno de angustia.

El todoterreno estaba ya muy cerca. Sus luces entraron en el callejón y se proyectaron más allá, hacia el descampado. No quedaba tiempo.

Entonces, el motor se detuvo. Alfredo dejó de apretar el timbre y escuchó abrirse las puertas del vehículo. Eran dos. El cabo Ortiz, y quién sabe si su hermano Paco, habían decidido seguirle ahora a pie. Paco era cojo, pero José María estaba en buena forma. Y más que él, lo estaba su pistola.

¿Qué podía hacer? No había dónde esconderse... Su única oportunidad era correr hacia los árboles al otro lado de la llanura nevada. De día habría sido un blanco perfecto, pero en medio de esa madrugada invernal aún tendría una opción de lograrlo.

—Sabemos que estás ahí, chico —le llegó la voz del cabo desde el callejón.

Alfredo no quiso pensar en qué haría después. Sólo corrió, con toda su energía, sin mirar atrás, excitado como un purasangre justo antes de la carrera.

—¡Quieto!

El ruido de una detonación.

Alfredo sintió de pronto un calor abrasador en medio de la gélida llanura.

—¡Iván!

Yolanda había tenido que repetir tres veces su nombre para que saliera de su ensimismamiento. Todo estaba oscuro. La guardiacivil no había querido encender la linterna de su móvil para reservar los últimos minutos de batería.

—¿Sí? —dijo él al fin.

—Nos vamos. Ya no nieva. O casi.

Iván se levantó con mucha más ligereza de la que nadie hubiera podido

imaginar, viéndole arrobado en su esquina unos segundos antes.

—Perdona, estaba pensando... ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado?

Era normal perder la noción del tiempo en esas circunstancias.

—Un poco más de media hora.

—Beatriz... —musitó el chico.

—He estado comprobando el plano y tienes razón, hay que salir hacia la izquierda y subir por una cuesta. Aunque no podamos distinguir el camino, la cuesta nos guiará. La ermita de Burgondo queda a un lado. A esa altura tenemos que hacer un quiebro y meternos en un bosque. La entrada a la cueva debería estar a unos cien metros.

Iván asintió varias veces. Él también había visto el plano y estaba de acuerdo con su interpretación. Lo que ahora le preocupaba era otra cosa.

—Sé que soy un pesado, pero ¿y si aparecen otra vez esos perros?

—Sí, eres un pesado. Te lo repito: si aparecen, tranquilo, yo te protegeré. No tienes problema en que sea una mujer la que vaya armada, ¿verdad?

—No, ninguno —dijo Iván, y sonrió levemente.

—Pues venga, no esperemos más.

La guardiacivil sacó su arma. Apenas caían ya copos de nieve del cielo. El viento también había cesado casi por completo. Sólo el frío seguía igual de intenso y cortante.

Ella salió primero, con el arma levantada. No parecía haber ningún perro cerca. Aun así, no la bajó. Se quedó a un lado de la puerta y dijo a Iván que la siguiera.

Al salir, el chico la rozó en la espalda. Había estado mucho tiempo agarrado a ella en el quad, mucho más cerca y en contacto más estrecho —demasiado estrecho, se dijo, recordando cómo su entrepierna se bamboleaba sobre su trasero—. Pero ahora sintió algo muy diferente. Se quedó mirándola. Ella mantuvo la mirada. Un deseo irreprímible la impulsó a aproximarse y rozar sus labios con los suyos.

Alfredo no sabía si su herida era grave o no, pero siguió corriendo. Si las fuerzas le abandonaban, que lo hicieran. No iba a dejarse llevar por el pánico. Sentía un dolor agudo y abrasador en su hombro derecho, por todo él, irradiado hacia el brazo y parte de la espalda. Estaba claro que le había alcanzado una bala, aunque nunca pensó que la sensación fuera esa.

Tras él se escucharon dos detonaciones más. Las balas le pasaron cerca, silbando, pero no le alcanzaron. Daba igual si estaba herido. Daba igual si se congelaba en el bosque. No se dejaría atrapar vivo.

Hasta sus pensamientos quedaron interrumpidos de improviso. Algo le trabó un pie. Intentó equilibrarse sin conseguirlo. La caída fue inevitable. Dio una

vuelta por el suelo, blando y nevado. Por fortuna cayó sobre el brazo izquierdo y quedó boca arriba. Tenía que volver a levantarse de inmediato, seguir corriendo...

—¿Qué...?

Noto algo junto a él, lo que le había hecho caer. No era una piedra, sino algo relativamente blando. Movié el brazo sano para empujarse y ponerse de pie, y fue entonces cuando lo tocó. Se le heló la sangre: era una cabeza, una cara. Pero no tenía piel, sino que era una especie de masa amorfa, fría y pringosa.

A unos cincuenta metros de él, Paco Ortiz instó a su hermano a seguirle. Pero el cabo no estaba dispuesto. Ni había la menor necesidad.

—Volverá. Y entonces le cogemos. Volverá o morirá en el bosque.

—Sí, es verdad —convino Paco, y cargó todo su peso en el bastón para afianzarlo—. Que se muera como una alimaña en el bosque. Pero... ¿Qué dirá Amane?

—Lo ignoro... Pero con lo que sabe, ya no nos sirve, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo Iván cuando Yolanda se separó de él, después de besarle.

—Lo siento. Ha sido... un momento de debilidad.

Él no la dejó terminar. La atrajo hacia sí y la besó de nuevo. Esta vez no fue un beso leve, como el de ella, sino uno profundo y apasionado.

—No es el momento —trató de decir Yolanda, pero prefirió callarse y disfrutar del beso.

Aunque era cierto: no era el momento. De haberlo sido, ninguna fuerza del Cosmos hubiera podido evitar que acabaran desnudos y con sus cuerpos entrelazados. A pesar del frío y la intemperie. Su ardor hubiera podido con todo.

Pero eso no podía ocurrir. Al menos de momento. Se separaron de nuevo y, como si nada hubiera pasado, empezaron a caminar hacia la cuesta que conducía hacia la ermita de Burgondo. Alrededor de ellos, aún cerca de la torre de Ochate, había algunas construcciones bajas en ruinas, destrozadas. Apenas quedaba nada de las construcciones originales. Resultaba imposible imaginar que en aquel lugar hubo una vez un pueblo, con personas, animales, sueños y deseos.

—¿Y el barranco? —preguntó Iván mientras avanzaban a duras penas por la gruesa capa de nieve.

—No te preocupes, está hacia el otro lado del pueblo —dijo Yolanda.

—Espero que no aparezcan los perros.

—¡Pesado!: si aparecen, peor para ellos.

Yolanda apretó la mano con que sujetaba la culata de la pistola. En la otra tenía el móvil, que iba encendiendo cada varios pasos para comprobar que seguían por el camino y no se estaban desorientando.

La subida era suave al principio y más intensa hacia el final. A la derecha del camino, una forma irregular, pero formada a base de líneas geométricas, se recortó contra el cielo. A un lado, en el horizonte, había algo de iluminación. Pero aún era muy pronto para el amanecer. Yolanda pensó que podían ser las luces de Vitoria, a unos quince kilómetros de distancia hacia el noroeste.

—Creo que ahí está la ermita —dijo, apuntando hacia el lugar con el haz del móvil, que no llegó a iluminarla.

Un sonido inesperado hizo que Iván no contestara. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se volvió y, en medio de la oscuridad, vio dos minúsculos puntos brillantes. Estaban sobre una masa apenas visible e inmóvil. Cuando pudo fijarse en algo que no fuera eso, más allá de los dos puntos brillantes, se dio cuenta de que había otros. Todos igual de quietos, como flotando en la negrura.

—¡Ah!

El grito se apagó en la soledad del páramo. Sólo a Yolanda le produjo una reacción. Iluminó a Iván y, al hacerlo, los perros quedaron a la vista. Estaban ahí, vigilándoles, sin parecer amenazantes. La primera reacción de la guardiacivil fue disparar contra ellos. Pero luego pensó que eso podía ser peor que dejarlo estar de momento.

—Iván, no hagas ningún movimiento brusco. Ponte delante de mí y sigue hacia la ermita. Yo iré detrás. Si intentan algo, me los cargo.

—Dispara ya, joder.

—No, hazme caso. Es mejor así.

El miedo atenazó la mente del chico, que no podía comprender por qué ella no mataba de una vez por todas a esos malditos perros. Pero obedeció y siguió avanzando hacia la vieja ermita derruida. A su espalda, Yolanda comprobó que les seguían manteniendo la distancia, todos en grupo, sin acercarse más de la cuenta y aparentemente en calma.

Esos perros no iban a atacarles, pensó. Y sin saber por qué, terminó ese pensamiento con: “tienen otra intención”.

Entre el frío y el dolor, Alfredo creyó que ya no podría volver a levantarse; que moriría congelado o desangrado, o ambas cosas al mismo tiempo. O aún peor: que los Ortiz irían por él y le darían el tiro de gracia.

Pero el destino no le tenía deparado ese final.

Tras unos minutos de extraña calma, como si la desesperación tuviera la propiedad de aportar cierta tranquilidad al espíritu, se dio cuenta de que no iba a morir. Al menos, de momento. La bala sólo le había rozado y podía moverse. La herida ya no lo dolía tanto. Le costó mucho, porque se sentía agotado, pero logró ponerse a gatas y miró en dirección al pueblo. Había algo de luz, mínima, que llegaba de la farola al fondo de la calle principal y de un par de ventanas. No había ni un alma en la calle. Ni tampoco rastro de los Ortiz.

Por un momento, Alfredo se olvidó de esos malnacidos y pensó en el hombre muerto. O mujer. La masa que había tocado al caer sólo revelaba que era una cabeza humana. Gateó hacia ella sin intención de volver a tocarla. Lo que palpó, con mano vacilante, fue el resto del cuerpo. Lo que quedaba de él. La ropa estaba hecha jirones y endurecida por la sangre helada. Tuvo que contener una náusea de repugnancia cuando sus dedos se introdujeron en una oquedad y rozaron lo que parecían órganos internos y huesos machacados.

Se dejó caer a un lado. Aquella persona no había muerto por disparos o por golpes. Aquella persona estaba medio devorada. Sólo se le ocurría una explicación: los perros.

De pronto, el miedo inundó todo su cuerpo, como si le hubieran inyectado litros de agua helada. Prefería congelarse o que le cosieran a balazos antes que

morir como aquel infeliz, comido por los perros. Pero ¿qué hacía esa persona en aquel lugar? ¿Acaso había huido y llegó hasta donde fue cazada?

Quedarse allí o ir hacia los árboles eran las peores opciones. Alfredo volvió a hacer un esfuerzo superior a sus energías, se puso de rodillas y luego en pie. Caminó tambaleándose de regreso hacia la parte de trasera del bar. También volvía a su idea inicial de refugiarse en la cripta de la iglesia, junto al cadáver de Mikel.

Pasara lo que pasase, iría allí. Ya no temía encontrarse con los Ortiz. Su miedo estaba enfocado en los perros. Los perros...

—¡CORRE!

El grito de Yolanda se mezcló con el de una detonación. Uno de los perros que les seguía a ella y a Iván se había adelantado del grupo. Al principio sólo un poco, pero ahora estaba a un par de metros de la guardiacivil. Ella se contuvo. Era capaz de controlar su temor. Sólo cuando el animal abrió las fauces y adquirió una postura que parecía de ataque inminente, apretó por fin el gatillo y le voló la cabeza.

Los sesos del perro saltaron entre un chorro de sangre y huesos. El animal se desplomó en el suelo como un pelele de trapo. Yolanda vio que los otros se alejaban despavoridos. Pero era un truco, lo sabía. Lo intuía. No dudaba que volverían.

Por detrás de Iván, corrió con todas sus fuerzas hacia la ermita de Burgondo, ya a escasos metros de ellos. Los dos atravesaron la nave central, completamente derruida, con piedras y fragmentos del desplomado techo desperdigados por el suelo. Iván se tropezó con uno y rodó sobre la nieve. Se quedó en una postura inverosímil, retorcido sobre sí mismo y atenazado por el pánico. Yolanda le levantó al pasar junto a él, le empujó con fuerza y, juntos, se refugiaron en la parte trasera de lo que fue el altar, donde quizá se alzó antaño una torre.

En ese muro del fondo había dos puertas laterales, y un arco sobreelevado en el centro. Si los perros volvían por ellos, podrían entrar por cualquiera de los huecos. Yolanda pensó con rapidez. Lo mejor era situarse en el arco, una posición elevada y con una buena visual del único sitio por que el que los perros podían venir.

—Tú quédate ahí al fondo —dijo a Iván y señaló hacia el muro.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Esperar a esos hijos de puta.

Le quedaban nueve balas en el cargador de su Beretta reglamentaria. Por desgracia, no llevaba encima el cargador de repuesto. Pero nueve deberían bastar. Si mantenía la frialdad para usarlas, los perros no tendrían nada que hacer. Casi prefería que fueran por ellos cuanto antes. De otro modo, en algún

momento tendrían que arriesgarse a salir de su refugio y exponerse a un ataque inesperado en el bosque.

Su velado ruego no se hizo esperar. Los perros fueron apareciendo uno a uno en lo que, en otro tiempo, fue el arco de entrada a la ermita. Allí se colocaron en una fila perpendicular a ella, como esperando a que tomara la iniciativa. Pero Yolanda no iba a caer en su juego. No dispararía hasta que se acercaran más, hasta que los tuviera a tiro y no pudiera fallar.

En ese momento, su móvil emitió un pitido agudo. Sin apartar la mirada de los perros, la guardiacivil extendió el otro brazo con el aparato en la mano. También empezaba a levantarse una leve neblina. En la pantalla, una ventana de aviso indicaba que la batería restante había llegado al 15 %. Oprimió el botón para cerrarla. Les quedaban unos minutos de luz. Después, sólo habría oscuridad.

—¿Qué habéis hecho con el chico?

El tono de Amane, cuando hizo la pregunta a los Ortiz al regresar a su casa, era muy distinto del habitual. No había sonrisas ni palabras suaves: ahora hablaba como una mujer fría y autoritaria.

—Está muerto —dijo Paco Ortiz.

Entraron en el salón, donde estaba la madre de Amane. José María Ortiz, al ser interrogado por Amane con la mirada, confirmó lo que había dicho su hermano con un movimiento de cabeza. Pero titubeó por un instante, una fracción de segundo casi imperceptible. Y Amane lo notó.

—¡No está muerto! —gritó levantando la mirada a las alturas.

Su madre, al lado en su silla de ruedas, lo repitió con su voz chillona.

—¡No está muerto! ¡No está muerto! ¡Yo lo he visto! ¡No le dejéis libre!

—No supone una amenaza para nosotros. Y ya no nos sirve, eso está claro.

Las palabras de José María Ortiz encendieron aún más la ira de Amane, que dio un paso hacia él y se colocó a escasos centímetros de su rostro.

—¡Estúpido! Sí nos sirve. Claro que nos sirve, aunque habrá que ayudarle un poco... Contádmelo todo y yo os diré lo que hay que hacer.

Fue Paco Ortiz quien llevó la voz cantante. Explicaron a Amane todo lo ocurrido, la huida de Alfredo hacia el bosque, el disparo, su caída en la nieve. El cabo de la guardiacivil asentía sin decir nada. Por su parte, Amane emitía chasquidos con la lengua cada vez que algo le parecía erróneo. Cuando el relato terminó, se quedó durante unos segundos en silencio, reflexionando. Su madre, antes tan activa, ahora parecía ajena a todo, ausente por completo.

—Ese chico intentará llegar a algún refugio. Y, aparte del bar, sólo hay uno que él conozca.

—¡La iglesia! —exclamó José María.

—Sí, la iglesia —confirmó Amane—. Id allí a buscarle, pero no le cojáis. Que encuentre él mismo el camino.

Apoyado en su bastón, un poco inclinado hacia delante, Paco Ortiz apretó los labios pensativo.

—¿Y si no lo encuentra?

—Matadle.

—¡Lo encontrará! —gritó de repente su madre. Y añadió en un susurro—: Yo lo he visto.

Si Otsobeltz daba la impresión de soledad durante el día, en la madrugada era como un pueblo fantasma; como los de las viejas leyendas de lugares que sólo aparecen cada cierto intervalo de tiempo, para volver a desaparecer sin dejar rastro.

Alfredo caminaba pegado a las viejas fachadas de las casas, buscando su protección. El aire, denso y preñado de humedad, reflejaba la luz de la farola de la bifurcación, creando un amarillento globo luminoso que se iba apagando en la distancia. Sus oídos estaban tan atentos a cualquier ruido que, en cierto momento, le pareció escuchar un sonido sordo, lejano y constante.

No le quedaba mucha distancia para llegar a la iglesia. De los Ortiz no había ni rastro. Debían de haberle dado por muerto, o pensado que, herido como estaba, moriría a la intemperie. O sabían que los perros darían buena cuenta de él, como del desgraciado sin rostro con el que tropezó en su huida.

—Beatriz...

Se sorprendió a sí mismo pronunciando su nombre en voz alta. ¿Qué podía hacer por ella? Sabía que nada, pero... Su conciencia se revolvió, quejándose de que aceptara la derrota sin lucha. Tenía que haber algo que pudiera hacer.

—Amane...

Sin detenerse, hizo un rápido repaso mental a sus opciones: estaba helado y herido, no tenía ningún arma y no sabía dónde habían ocultado a su amiga. Si es que seguía viva.

Obligó a su conciencia a callarse. Le hubiera gustado ser más arrojado, más valiente. Pero, ahora, su instinto de supervivencia primaba sobre cualquier otro impulso interior. Como tantos otros antes que él, se convenció a sí mismo de que no había nada que pudiera hacer. Y, si lo intentaba, lo único que conseguiría es perder la vida.

Sumido en un silencio interior atronador, cruzó la calle y recorrió los últimos metros que le separaban del amargo cobijo de la iglesia.

Yolanda llamó a Iván. No hubiera querido tener que mezclarle en su tiroteo contra los perros. Sabía el miedo que le daban y, al fin y al cabo, la que estaba preparada para ese tipo de contingencias era ella. Sin embargo, la situación requería de su presencia para ayudarla. Le pidió que mantuviera fija la luz del móvil en los animales, evitando moverla cuando disparara.

El chico se colocó en la parte baja del arco. La guardiacivil sobre él, con las piernas un poco abiertas, como una versión en miniatura del Coloso de Rodas. Aguzó la vista sobre el primero de los perros, parcialmente mimetizado con la neblina. Era el que estaba en el centro y había sido el primero en aparecer. El pulso le temblaba ligeramente. Balanceó el arma, apuntó de nuevo dándose tiempo para hacerlo y, por fin, oprimió el gatillo.

La bala cortó el aire y se incrustó en el hocico del animal, que emitió un chillido aterrador y quedó tumbado en el suelo entre ahogados ladridos y movimientos descoordinados. Los demás no se movieron esta vez. Al contrario: comenzaron a avanzar todos juntos, cerrando filas sobre el miembro caído sin mirarle siquiera. Los quejidos cesaron. El perro había muerto.

El pulso de Yolanda tembló un poco más. Esa reacción de los perros le ponía los pelos de punta. Era imposible que se comportaran así si no tenían un objetivo determinado, un plan. Un plan urdido con inteligencia.

El miedo se estaba apoderando de ella. Pero, de repente, igual que habían aparecido y que se mantuvieron serenos cuando ella mató a uno de los suyos, los supervivientes dieron media vuelta y se alejaron al trote.

Yolanda no daba crédito a su reacción. ¿Se marchaban para volver con más fuerza?... Ella no podía saber que no, que ya no iban a volver. Habían recibido una llamada. De alguien que no estaba presente, pero a quien los perros obedecían ciegamente. Ese alguien fue quien les hizo acosarlos sin llegar a herirles, ponerlos al límite y hacerles perder tiempo. Y en esa labor, poco importaban dos perros caídos.

En la ermita, la linterna del móvil se apagó finalmente. El aparato se había quedado sin batería. Por debajo de las piernas de Yolanda, Iván emitió un suspiro. Ella bajó a tuestas al nivel del suelo y le acarició la espalda con suavidad. La niebla iba en aumento.

—Vamos, vuelve conmigo al refugio. Esperaremos un poco antes de seguir. Puta niebla...

—¿Por qué se han marchado? —dijo Iván.

—Deben de haberse asustado —mintió la guardiacivil.

El chico volvió a suspirar.

—Entonces... ¿por qué seguían avanzando?

Los hermanos Ortiz sabían lo que tenían que hacer, y también que la ira de Amane era algo que no debía subestimarse. Mientras obedecían sus designios y atravesaban el pueblo en dirección a la iglesia, ella se quedó a solas con su madre. Ésta se hallaba frente a la ventana del salón, en su silla de ruedas, con la ciega mirada fija en la negrura. Aunque sus ojos estuvieran ciegos, apenas podría ver nada desde allí. Pero le agradaba ese lugar, esa posición. Las ventanas abrían su sentido de la visión más allá de las imágenes físicas y de cualquier clase de luz.

—Madre —dijo Amane con dulzura.

—¿Sí, hija?

La voz chillona había desaparecido. Ahora su tono era de absoluto sosiego, como el de una dulce anciana que estuviera tomando su vaso de leche con miel antes de acostarse.

—Lo conseguiremos.

—¿Acaso lo dudabas, hija?

—No, madre, pero...

La anciana la cortó sin perder su tono calmado, sólo con levantar una de sus sarmentosas manos.

—Lo sé, lo sé. Creíste estar lista para seguir mis pasos. Pero no estabas madura aún. Ahora sí. Ahora ya sí deberías estarlo.

—Pero... No veo lo que tú ves.

—Lo verás, no lo dudes. Mi hora ha llegado, ambas lo sabemos. Moriré antes de que el sol vuelva a iluminar el mundo una vez más. Debes prepararte, hija mía. La hora está a punto de llegar.

—Sí, madre. Cumpliré mi cometido como tú antes que yo, tu madre antes que tú y la suya antes que ella.

—Como debe ser, por siempre.

Amane besó en la frente a su madre y le acarició el pelo. Si ella decía que estaba preparada, es que lo estaba. No podía equivocarse. Cómo iba a disfrutar renovando lo que llevaba tanto tiempo renovándose, continuando lo que nunca se había detenido ni se detendría jamás.

Sus pensamientos volaron hasta Ochate, donde Iván y Yolanda esperaban, en las ruinas de la ermita de Burgondo, a ponerse de nuevo en marcha. Ya no tenían la protección de la luz, y creían que esperar era una buena idea, sin saber que esperar era justo lo último que debían hacer. Luego pensó en la iglesia de Otsobeltz, donde los fieles Ortiz se disponían a cumplir una parte de lo que debía cumplirse.

Se deleitó un instante en la contemplación de sus pensamientos antes de dar

otro beso a su madre y disculparse ante ella. Había llegado el momento de prepararse, en espera del regreso de los Ortiz. Se dirigió al pasillo y lo recorrió hasta las escaleras que bajaban al sótano. Cogió la llave del mueble junto a la puerta y la abrió. No necesitó encender la luz: conocía el camino desde antes de que se formaran sus primeros recuerdos.

Cruzó la estancia rodeando el pilar situado en su centro. Lo acarició bajo el ensanchamiento de la parte superior hasta que su mano empujó un mecanismo. El ruido fue como el de un pesado mueble arrastrándose. Eso era lo que oyó Beatriz cuando se quedó al pie de las escaleras la noche anterior. Y Amane lo sabía perfectamente, porque fue ella quien se encargó hacer que lo oyera.

Ahora, en la negrura total, la humedad y el silencio de aquel sótano, Amane levantó la trampilla de madera que había por debajo del pasadizo secreto y se dispuso a recorrer el tramo de escalera de caracol, labrada en la piedra, que conducía a su verdadero santuario. Allí tampoco necesitaba ninguna luz. Al contrario: se sentía mejor así, arropada por la oscuridad.

A cubierto en la cripta de la iglesia, Alfredo se había acurrucado en una esquina, donde estaba inmóvil y tratando de no pensar. Se sentía como un pelele, incapaz de tomar una decisión ni de la menor iniciativa. Nunca antes había tenido que ponerse a prueba de verdad. Qué fácil había sido para él imaginar que, llegado el momento, daría la talla. Pero no, no era capaz de darla, y eso le provocaba un dolor inadmisibile.

De pronto, creyó escuchar algo que se movía en la parte de arriba. Que se movía despacio, como arrastrándose.

“Los perros”, pensó. Pero lo descartó enseguida. ¿Qué iban a hacer los perros allí dentro? Y, si era así, podía estar tranquilo: nunca, aunque percibieran su olor, encontrarían la entrada a la cripta.

No, aquello sonaba más bien... a pisadas. Sí. Pisadas de más de una persona. Caminando con lentitud.

“Es el cojo: Paco Ortiz”.

Esta vez el pensamiento atronaba dentro de su cabeza. En un instante, su corazón se puso a latir desbocado, hasta palparle las venas de las sienas. Su móvil no tenía linterna. Encendió la pantalla y, con la mínima luz que ésta arrojaba, se levantó sin hacer el menor ruido y se puso a buscar algo con que defenderse. El cadáver de Mikel estaba allí, a un lado, cubierto con su propio abrigo. Tuvo la sensación de que se movía bajo la vibración de la luz en su mano. Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá el mundo fuese un teatro, algo irreal, el delirio de un dios loco o el sueño de un dios durmiente.

Frenético, rebuscó por todas partes sin hallar más que un pedazo de madera corroído por el tiempo y la humedad. Pero con eso sería como un niño que

blande un palo tratando de detener un tanque.

En su desesperación, con los pasos cada vez más cerca de él, sí encontró algo más: una especie de trampilla de piedra, con una argolla de metal. Tiró de ella con todas sus fuerzas y logró levantar la pesada losa. Al hacerlo, un hueco negro como el corazón de Satanás se abrió por debajo. La pantalla de su móvil no podía disipar esas tinieblas.

Sólo podía hacer una cosa: meterse dentro. Y quizá rezar una oración, ya que aquella fue, en otro tiempo, la casa de Dios. No creía en él, pero esperaba que fuera cierto lo que los creyentes repetían tan a menudo: él sí cree en los humanos.

Se guardó el teléfono en un bolsillo, metió las piernas por el hueco, apoyándose con las manos en el suelo, y se fue deslizando y dejándose caer hacia el interior. Pronto notó unos escalones que sobresalían de la pared en uno de los laterales, arcos chatos de metal encastrados en la roca. Los usó para descender con más seguridad, hasta que su cabeza quedó a la altura del suelo de la cripta. Entonces tiró de la losa que tapaba el hueco para devolverla a su lugar. Si los Ortiz aparecían, no podrían saber que había estado allí.

Lo hizo con sumo cuidado, evitando hacer ruido al deslizar la piedra. Con los oídos tan aguzados que el simple vuelo de una mosca le hubiera roto los tímpanos, sólo le fue imposible evitar el sonido final de la losa al encajar en el hueco. Pero fue muy leve. No creía que desde la parte superior de la iglesia hubieran podido oírlo.

Pero se equivocaba. Arriba, Paco Ortiz levantó su bastón y apuntó con él hacia la entrada de la cripta. Al mismo tiempo, miró a su hermano, que sonrió. Ya no hacía falta que siguieran allí. Ahora podían regresar junto a Amane y unirse a ella. Todo estaba saliendo como ella dijo. Como llevaban esperando nueve años.

Yolanda no aguantaba más metida en ese nicho inmundo de la ermita de Burgondo. Iván se había acercado a ella para rodearla con su brazo. Fue extraño. Se sintió muy bien, confortada más que en ningún otro momento de su vida, quizá porque en ese preciso instante necesitaba el brazo de alguien sobre su hombro.

Nunca se había sido una persona que dependiera de nadie. Eso la había llevado a exagerar su independencia, impidiéndose en cierto modo a sí misma tener a otro ser humano a su lado, en todos los sentidos, compartiendo lo bueno, lo malo, la vida. Por eso ahora se sorprendió a sí misma deseando tener a Iván junto a ella, mucho más cerca, para no separarse nunca más de él.

Pero la tensión era tan grande que esa sensación no duró mucho. Enseguida su cabeza le robó la pequeña tregua que, quién sabe por qué causa, le había dado,

y volvió a sentirse enjaulada por una situación que no era capaz de dominar.

—Vamos, Iván —dijo al chico sin renunciar aún al abrigo de su abrazo.

—¿Ya?

—Sí.

Ambos se levantaron unidos. Sólo volvieron a ser dos personas distintas cuando estuvieron de pie y Yolanda se dispuso a comprobar su arma. No le hacía falta hacerlo, pero era una costumbre.

—Ponte detrás de mí —dijo la guardiacivil.

Iván negó. Ella no lo veía, pero su silencio se lo anunció.

—Iremos juntos, uno al lado del otro.

Yolanda no quiso oponerse esta vez. Ese tiempo había pasado.

—Vale.

Sin verle, más allá de una sombra, una forma sin brillo ni color, se acercó a él y le besó. Luego caminó hacia una de las puertas por las que habían pasado para refugiarse en la ermita. Juntos atravesaron la nave y pasaron, entre la niebla, a un lado del perro que Yolanda había matado. En lo alto, la luna arrojaba algo de su luz plateada que penetraba entre las nubes, que parecían un poco menos densas. Por instinto, la guardiacivil mantuvo el cañón de su pistola apuntando hacia el cuerpo del animal hasta que lo sobrepasaron, como si esperara que, de improviso, pudiera moverse y saltar sobre ellos.

No lo hizo. Estaba bien muerto. Y, sin embargo, a Yolanda le produjo un escalofrío recordar cómo él y sus compañeros se habían colocado en formación, amenazadores de un modo controlado, como soldados en una batalla.

Ambos se detuvieron donde había estado la entrada de la ermita. Miraron a ambos lados. Con la niebla y la poca luz, era imposible ver a más de dos metros. Pero no parecía haber rastro de los otros perros. Y, aunque lo hubiera, tenían que apresurarse en llegar a la cueva.

Los escalones metálicos estaban fríos y resbaladizos. Alfredo tuvo que aferrarse a ellos para no perder pie y caer por ese pozo del que ignoraba su profundidad. De haberle sucedido, podría haberse roto las piernas. No sería capaz de calcular cuánto espacio recorrió, pero al menos una decena de metros.

Al llegar abajo, notó más la humedad: sus pies estaban sobre una capa de agua. No era muy profunda, por fortuna, porque sus botas no se empaparon. Tanteó con las manos en torno a sí para comprobar si había altura suficiente para caminar erguido. Sacó de nuevo su móvil y se iluminó como pudo con la pantalla. No veía más que a un par de metros de distancia, pero enseguida se dio cuenta de que había llegado a una oquedad no demasiado amplia. La recorrió con paso cauteloso para comprobar si tenía alguna salida.

—¡Joder!

A unos metros del pozo se topó con una especie de nicho excavado en la pared. Creyó que podía ser la ansiada salida, pero en realidad se trataba de algo bien distinto. En el hueco había un bulto alargado, cubierto con una tela. Algo brillaba en él, blanquecino.

La primera reacción de Alfredo fue asustarse como cuando era niño y creía en monstruos dentro de armarios. Dio un paso atrás, aterrorizado. Sólo cuando recobró una cierta serenidad, pudo ver lo que en realidad era: un cadáver momificado con ropas de sacerdote.

—El cura... —musitó.

¿También a él le habían matado? No creía que su “desafortunada caída”, como les habían dicho que sufrió, hubiera sido allí abajo, en las profundidades de la tierra. Por eso nadie pudo ver el cuerpo ni hubo capilla ardiente.

Alfredo se puso en cuclillas durante unos segundos para recuperar el aliento. Aquel sacerdote, se dijo, no iba a hacerle daño. No iba a levantarse como un zombi momificado para comerle el cerebro. El peligro eran los vivos, no los muertos.

No había humor en sus pensamientos, sólo miedo. Pero tenía que seguir buscando una salida. Si no, ya podía buscar un hueco para acomodarse junto al cura y esperar hasta quedarse como él.

A medida que ascendían, la niebla se hacía un poco menos densa. Ahora que podían ver algo del entorno, Yolanda e Iván se quedaron quietos en medio del camino que llevaba desde Ochate a la ermita de Burgondo. Al otro lado de ese camino no había rastro de ningún bosque. Era un terreno pelado que descendía hacia una vaguada. El plano de Mikel estaba mal dibujado. Era lo que les faltaba. La guardiacivil arrugó el papel en su puño.

—Me cago en...

Iván se lo cogió de la mano y volvió a comprobarlo a la luz de la luna.

—Mikel conocía la zona. No puede ser un error muy grave —dijo, mientras miraba en derredor en busca de algún elemento que explicara la discrepancia.

Un poco más arriba de la ermita, el camino ascendía hacia una loma y se adentraba en una zona boscosa.

—Tiene que ser por ahí. Mikel debió de calcular mal la distancia entre la ermita y el bosque.

—Bosque, por llamarlo de algún modo —se quejó Yolanda—. Tampoco es que haya que ser un ingeniero para marcar bien los elementos esenciales.

Tenía razón. Sin embargo, seguir el camino y tratar de confirmar si Iván estaba en lo cierto era la única opción que les quedaba.

—Aquí está la ermita —dijo Iván señalándola—, ahí el camino, y ahí hay árboles. Yo creo que la entrada a la cueva tiene que estar por allí arriba.

Todo estaba cubierto de nieve. La luz, que iba en aumento, convertía poco a poco los grises oscuros en grises algo más claros. Con la niebla, la visión era desoladora. Sobre todo fría, y no sólo por la baja temperatura.

El chico y la guardiacivil avanzaron a duras penas por la cuesta, hundiendo sus pies hasta más allá del tobillo, mirando siempre por su veían a los perros. Al no poder distinguir el terreno por debajo de la nieve, debían tener cuidado de no dar un mal paso, como cuando Iván se chocó con el pedrusco que le hizo caer rodando en la vieja ermita.

Mientras ascendían, el chico acarició un momento la espalda de Yolanda, que estaba como ensimismada. Ella le miró de lado y le dedicó una fugaz sonrisa.

—Estaba pensando —dijo—. ¿Recuerdas la carpeta que mi jefe tiene en el puesto de Treviño, con recortes y papeles sobre las desapariciones, las muertes y demás en la zona?

—Sí, hablaste de ella cuando esperábamos en el todoterreno a que Mikel llegara a la iglesia.

—En esa carpeta se menciona la última desaparición, ocurrida en 2005. Los que desaparecieron fueron varios excursionistas, que supuestamente se perdieron

en los montes. Antes de salir de acampada se alojaron en la misma casa que vosotros, la de Amane. Antes, en 1987, murió un investigador, quizá asesinado. Lo encontraron ahorcado en su piso de Vitoria, como Mikel. Pudo descubrir algo y por eso le mataron. Fue justamente días después de la desaparición de un pastor cerca de Ochate. El investigador tenía una cámara. Antes de morir hizo algunas fotos. No hay copias en la carpeta, pero en un informe se menciona que en varias de ellas se veían perros a su alrededor.

—¿Por qué me cuentas eso ahora?

—No lo sé... Me he acordado de lo del investigador ahorcado... Como Mikel.

Iván se detuvo. La guardiacivil avanzó un paso más antes de pararse y volverse hacia él.

—¿Quieres decir que Amane pudo tener algo que ver con su muerte? —dijo el chico.

—No es eso —negó ella—. En esta zona han pasado cosas muy raras, eso es todo. Quería compartirlo contigo.

—¿Y si Mikel no se suicidó?

Lo que dijo Iván fue convertir en palabras lo que rondaba la cabeza de Yolanda, sin atreverse a formarlas.

—Sí, pero ¿qué sentido tendría entonces el plano, hacernos venir hasta aquí?

—¿Quitarnos de en medio? —dijo Iván en tono de afirmación.

—¿Para qué? No me he pasado años en la academia de la Guardia Civil tocándome las narices. Todos los cabos sueltos pueden atarse si se sabe cómo. Y aquí no encuentro el sentido. —Aunque continuó hablando, también siguió avanzando hacia el bosque—. Si Amane tuviera algo que ver con la desaparición de Beatriz o con la muerte de Mikel, ¿por qué lo del plano? Dices que podría querer alejarnos. Si aceptamos eso, habría que encontrar una explicación a sus motivos. Alejarnos unas horas no va a cambiar todo lo que venga después, cuando la desaparición de tu amiga se convierta en un caso firme y se investigue a fondo, más allá del puesto de Treviño.

—Quizá su intención era que nos mataran los perros.

—Puede ser... Pero, en ese caso, si estás en lo cierto, el plano de Mikel no llevará a ninguna cueva.

—Por eso el dibujo es incorrecto: da igual lo que ponga porque es falso.

Yolanda caviló acerca de esa afirmación. Tenía lógica dentro de la ilógica aparente de toda la situación.

—Sí —dijo—. Pero sigamos hasta el bosque y busquemos la cueva. Eso nos dará la confirmación. Es lo que nos falta para atar los cabos. Y recemos para que esta niebla no se haga más densa.

Alfredo avanzaba casi a tientas por un corredor, iluminándose con la pantalla del móvil. Lo bueno de no tener un *smartphone* era que la batería no se agotaba en unas pocas horas; lo malo, que carecía de linterna. Con todo, la batería empezaba a estar baja y no sabía hacia dónde estaba yendo, aunque no podía detenerse. Eso era lo único que no podía hacer.

En cierto momento, el corredor desembocó en una gran sala circular. Alfredo se detuvo en el medio, rodeado de la escasa luz. Desde allí, sólo pudo ver que las paredes resultaban extrañas. Había algo en ellas, colgando. Se acercó con tiento a uno de los muros y lo que vio le hizo sentir un puño apretando su corazón como una bola antiestrés: estaban “forrados” de cadáveres.

Iluminó los cuerpos uno a uno. Los más antiguos eran ya sólo esqueletos. Otros mostraban aún algo de su forma original, aunque su piel tenía una especie de cobertura negra. Había cabezas cortadas y momificadas, como el cadáver del cura. Los cuerpos más recientes estaban enteros. El pánico de Alfredo llegó al paroxismo: estos estaban calcinados por completo, con horribles expresiones en sus rostros, deformados por el fuego. Era evidente que fueron quemados vivos.

El miedo le atenazó. El escenario era terrible. Sintió la necesidad de sentarse en el húmedo suelo y llorar. Pero no pudo hacerlo. Un ruido a su espalda le hizo volver a la realidad. Parecía el sonido de una trampa.

Tenía que haber otro corredor por el que seguir adelante. Si ese era el final del túnel, estaba atrapado. Pero no iba a dejar que hicieran con él lo que habían hecho con aquellos desgraciados. Se arrojaría con todas sus fuerzas de cabeza contra las piedras, lo que fuera con tal de matarse antes de que lo torturaran de ese modo tan horroroso.

¿Acaso tendría valor para hacerlo?

“Primero busca una salida”, se dijo a sí mismo, acallando a su maldita voz interior.

En la soledad de las entrañas de la tierra, encontró al fin ese corredor que le daba esperanza. Lo que ignoraba era que el ruido que escuchó no venía de su espalda, sino del fondo de ese corredor por el que ahora casi corría, golpeándose los brazos y las piernas, a riesgo de caer o de torcerse un tobillo. Sólo el miedo —un miedo ancestral, casi animal— le impulsaba. La razón no cabía entre los terrores que el hombre antiguo, cuando las cavernas eran su hogar, dejó grabados, impresos en lo más profundo de la mente del hombre moderno.

El camino por encima de la ermita de Burgondo dividía el bosque en dos partes. Según el plano de Mikel, a pesar de sus inexactitudes, la entrada a la hipotética cueva debía quedar a la izquierda de la posición donde se hallaban Iván y Yolanda. Tenían que salir de dudas. La guardiacivil miró un momento al chico, que asintió.

—Ojalá estés equivocado —dijo ella.

Allí arriba, en el bosque, la niebla casi había desaparecido y los árboles no estaban demasiado juntos unos de otros, por lo que avanzar no se hacía mucho más difícil que por el camino. Salieron de una zona llana, que enseguida fue adquiriendo algo de cuesta. En esa parte, la vegetación también era un poco más densa.

De pronto, Iván dio un golpe a Yolanda en el brazo.

—¡Ahí! —dijo, señalando algo entre la nieve.

No era la entrada de ninguna cueva, sino un bulto blanco con pinceladas oscuras. Quizá rojizas.

—¡Beatriz! —exclamó el chico con un nudo en la garganta, y salió corriendo hacia el sitio.

Se tropezó sin llegar a caer, chocó de lado contra el tronco de un árbol y, por fin, se lanzó al suelo por delante del bulto. Yolanda llegó a su lado un poco después. Iván agarró la masa rojiza y tiró de ella. La nieve se deslizó por sus bordes.

—¡Es el abrigo de Beatriz! —dijo Iván, mostrándoselo a la guardiacivil.

—Ha estado aquí, de eso no hay duda.

Iván jadeaba. Suspiró con alivio antes de decir.

—O es otra pista falsa.

—Enseguida saldremos de dudas.

Yolanda le ayudó a levantarse. Miró en derredor sin distinguir nada especial. En todo caso, si la cueva existía, su entrada no podía estar muy lejos de ese punto.

—Vamos —dijo. Y en una frase no muy femenina añadió—: Estoy empezando a estar hasta los cojones de todo esto.

Por debajo del sótano de la casa de Amane, éste y los Ortiz se habían vestido con una especie de túnicas rituales. La madre de la mujer reposaba, sin su silla de ruedas, en una gran piedra cubierta con una manta. También había otra persona, un hombre más joven, que era quien visitó por la noche a la abuela de Mikel y le cortó el cuello sin piedad. Ni Amane ni los Ortiz deseaban que Mikel, su padre Antón y esa mujer a la que llamaba abuela acabaran así. Hubieran preferido tenerlos de su parte, como el resto de habitantes de Otsobeltz y muchos otros en toda la región. Pero, a pesar del miedo que les habían infundido, a pesar de que les habían tendido la mano y aceptado entre ellos, amenazaban con dar al traste con sus planes. Hubo que quitarles de en medio.

—El día ha llegado —sentenció Amane, con el viejo libro de páginas hinchadas entre sus manos—. Seguidme. Todo lo que deba ocurrir, ocurrirá.

José María Ortiz se colocó por delante de ella, con una antorcha. Paco y el

otro hombre los siguieron. El primero con otra antorcha y el segundo con la madre de Amane en sus brazos, ataviada completamente de blanco.

El camino era largo. Amane se dejó sumergir en los pensamientos que habían dominado toda su vida. Desde niña, siempre se había sentido conectada con la tierra, con la naturaleza, con las fuerzas invisibles que lo engloban y rodean todo; antiguas como la misma tierra o los bosques, los ríos y los animales. Y también había aprendido a mantenerlo en secreto, a no compartirlo con nadie de fuera, con nadie ajeno a su pequeña comunidad, el último reducto de unas creencias desaparecidas, olvidadas desde hacía muchos siglos en el resto de lugares donde existieron.

Luego pensó en los chicos, que habían llegado al pueblo, como su madre había captado en sus visiones, guiados por una fuerza invisible. Y también pensó en la joven guardiacivil. No albergaba sentimientos negativos o de odio hacia ninguno de ellos. Al contrario: sólo había gratitud en su corazón. Gracias a ellos, el poder dormido que habitaba las profundidades de la tierra les daría otra vez sus favores.

Por detrás de la comitiva, Alfredo llegó en su carrera al lugar donde, poco antes, esa escena se había desarrollado. El resplandor de una vela solitaria aún alumbraba el espacio. Amane había pedido que la dejaran encendida. El chico no sabía dónde estaba. Vio la boca de un nuevo corredor al fondo y una escalera en forma de caracol que terminaba en una trampilla de madera en el techo. Aquello podía ser su salvación.

Corrió a la escalera y subió por ella hasta alcanzar la parte alta, sintiendo que su vida iba en ello. La trampilla carecía de ninguna clase de pasador o de cierre. La empujó con todas sus fuerzas, con el ansia y la esperanza de escapar de aquella pesadilla. Pero la trampilla no se movió. Volvió a intentarlo, aún con más fuerza, una y otra vez hasta que sus fuerzas le abandonaron.

Se dejó deslizar por la escalera de caracol, sentado en los peldaños, como un gusano que regresa a su nido. De nuevo abajo, se quedó con la mirada fija en la llama de la vela. Luego contempló la cueva. Antes no lo había hecho más que tratando de encontrar una salida, sin percibir los detalles.

Las paredes exhibían extraños símbolos grabados en la piedra. Estaban repletas de ellos. Era como si aquel lugar fuera el templo de una antigua deidad, oculta bajo el suelo para escapar de las creencias nuevas, llegadas muchos siglos atrás para barrer a sus adoradores y hasta su recuerdo.

A Alfredo aún le quedaba el corredor que estaba en el lado opuesto a aquel por el que había llegado. Cogió la vela del candelabro y se dispuso a seguirlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Quizá estaba metiéndose en la boca del lobo, si es que no lo estaba ya. O si es que no lo era todo el pueblo, todo Otsobeltz, y el

mismo hecho de haber tomado la desviación equivocada en la carretera no les había conducido, a él a Iván y a Beatriz, a arrojarse de lleno en sus fauces.

A pesar de todas las dudas de Yolanda y de Iván, la cueva marcada en el plano de Mikel existía. Desde el lugar donde habían encontrado el abrigo de Beatriz, había menos de veinte metros hasta la entrada. Si no la vieron antes, fue porque estaba tapada con ramas y la nieve se había acumulado sobre ellas como en las copas de los árboles. Apenas una rendija negra les reveló su ubicación. Aunque, al acercarse, se dieron cuenta de que la rendija no era tan negra como les había parecido a distancia.

De hecho, emergía un leve resplandor que llegaba del interior de la cueva. Iván estuvo a punto de gritar el nombre de Beatriz, pero la guardiacivil logró impedirselo a tiempo.

—¡No, chsst! —le dijo en un susurro, agarrándole del brazo.

—¿Qué pasa?

Él también habló en voz baja, aunque no entendía por qué debía hacerlo.

—Escucha.

Ambos retiraron con cuidado las ramas que tapaban la boca de la cueva, las echaron a un lado y aguzaron el oído. Era cierto que alguna clase de sonido emergía de ella. Un runrún monótono, lejano, un cántico entre dientes o un rezo mil veces repetido, como una letanía.

—Ahí hay alguien más —dijo Yolanda.

Un escalofrío recorrió la espalda de Iván. Sin saber muy bien por qué, se giró para ver si los perros estaban cerca. Pero no, él y Yolanda seguían solos en ese bosque helado.

—¿Quién...? —acertó a decir el chico.

—No lo sé.

La expresión de la guardiacivil hacía patente que se estaba estrujando las neuronas para encontrar alguna explicación que le hiciera mínimamente comprensible todo aquello.

—No lo sé —repitió—. Pero vamos a averiguarlo. Ahora sí que vas a ir detrás de mí, y no admito discusión.

Iván no discutió: era lógico que ella, preparada para esa clase de situaciones y con su pistola en la mano, entrara primero. Aun así, el chico cogió un grueso palo del suelo y se quedó muy cerca de su espalda.

Justo antes de entrar, la guardiacivil le miró un momento y dijo:

—Sea como sea, vamos a ver quién coño está ahí dentro y por qué.

El corredor subterráneo parecía no tener fin, con subidas y bajadas, y la permanente humedad por todas partes. Los símbolos que Alfredo había visto hacía poco, en la gruta más grande, también estaban grabados en esos muros,

como si tuvieran la función de guiar a quien se adentrara por él. No tenía la menor idea de dónde podría desembocar, o si le estarían esperando esos malnacidos de Amane y los hermanos Ortiz. ¿Seguiría viva Beatriz? ¿Habrían hecho daño a Iván y a Yolanda?

Esas preguntas eran secundarias dentro de él, y lo sabía. Su única intención real era, fuera como fuese, escapar o, llegado el caso, morir sin que le torturasen. Evitar el sufrimiento si no lograba salvarse. Las imágenes de los cuerpos quemados, de aquellas muecas aterradoras en sus rostros deformados por el fuego, de las cabezas momificadas, le golpeaban por dentro como si abejas atrapadas dentro de la colmena pugnando por salir.

Después de un quiebro en el túnel, éste se ensanchó. Ahora las paredes eran más irregulares, y había grandes rocas que salían del suelo como dientes podridos de una boca inmundada. También el techo, no mucho más alto que una persona de pie, mostraba picudas rocas amenazando con caer sobre quien se detuviera a contemplarlas. Un poco más adelante, percibió un resplandor tenue. Apagó la pantalla de su móvil y se acercó despacio. El miedo seguía instalado en él, sin dar la menor tregua.

Al acercarse al sitio por el que llegaba el resplandor, se dio cuenta de que conectaba con una especie de escalera, labrada en la piedra, que descendía hacia un lugar que no podía verse desde donde él estaba. Lo que sí pudo fue oír un extraño sonido monótono. Eran voces, que murmuraban algo, una especie de canto cuyas palabras no alcanzaba a comprender.

Tenían que ser Amane y sus secuaces. Quién sabe cuántos. Puede que allí tuvieran a Beatriz, pero seguía siendo consciente de que no había nada que pudiera hacer para salvarla. Ni para salvarse a sí mismo, probablemente.

Decidió no seguir avanzando y esconderse entre las grandes rocas del suelo. Eligió una de las más abruptas. Se arrodilló por detrás de ella, con el corazón saltando en su pecho, y aproximó la frente a una de las aristas. Imaginó cómo sería, si llegaba el caso, lanzar su cabeza, con todas sus fuerzas, contra esa forma picuda y cortante.

Sin poder evitarlo, se puso a llorar.

Al otro lado de las cuevas, Yolanda e Iván habían dejado atrás la luz de la luna filtrada por las nubes. La que ahora les alumbraba era mucho más cálida, pero a la vez transmitía un frío helador. A medida que avanzaban por los túneles, se hacía poco a poco más intensa. Al igual que el sonido del atonal cántico, cada vez más claro, que les hacía comprender que estaban ya muy cerca de su destino. Y también que tendrían que enfrentarse con quienes lo emitían. Podían encontrarse con tres personas o con treinta, eso lo ignoraban.

El túnel era ancho e iba en descenso. En cierto momento, se abrió a una gruta

de la que sólo se veía el techo. La luz vibrante del fuego se reflejaba en él y alumbraba el túnel. De allí venía la iluminación. Yolanda se quedó quieta. Luego se volvió hacia Iván y le hizo un gesto para que se agachara. Ambos lo hicieron. Siguieron un poco más, y al llegar a la especie de arco de acceso a la gruta, se quedaron atónitos con su tamaño: era al menos tan grande como la nave de la iglesia del pueblo.

Al acercarse al hueco y tener una visual completa de la gruta, el corazón se les heló. Abajo estaban Amane y los Ortiz, vestidos con túnicas y rodeados de otras quince o veinte personas, ataviadas de la misma manera, formando un círculo. En el centro había una gran hoguera contenida en una estructura de metal. Las paredes mostraban dibujos y símbolos. Algunos eran geométricos, pero otros representaban una figura sin rostro, negra como la noche, serena como si acechara a una presa ya cazada.

Pero no había rastro de Beatriz. Ni de Alfredo.

Aunque...

Yolanda cambió de posición, casi tirada en el suelo, para tener otro ángulo. Entonces la vio. Beatriz estaba atada con gruesas cuerdas a una roca puntiaguda. A su lado había tres jaulas de madera, vacías.

—¿Qué coño...? —balbuceó la guardiacivil.

Desde donde él estaba, Iván no podía ver eso. Yolanda se echó para atrás y esperó a que se acercara. Le habló en voz muy baja.

—Tienen ahí a Beatriz.

—¿Viva? —preguntó él.

—Sí.

—¿Qué hace esa gente?

—No lo sé. Y no me importa. Ahora toca actuar. Quédate detrás de mí. Ya has visto que son muchos y puede que tengan armas. Esa Amane parece una especie de sacerdotisa de una secta. No creo que les dé igual que le meta un tiro entre ceja y ceja. Tú sígueme y haz todo lo que yo te diga.

—¿Cuál es...?

—No hay tiempo para explicaciones. ¡Vamos!

Bajaron por una larga rampa truncada hasta que los presentes repararon en ellos. Yolanda apuntaba con su pistola hacia Amane, que en ningún momento trató de protegerse.

—A ver, hijos de puta —dijo la guardiacivil casi gritando—, me vais a explicar de qué coño va todo esto y vais a soltar a Beatriz ahora mismo. De lo contrario, vuestra querida zorra de Amane tendrá un tercer ojo, y no será en el culo precisamente. ¡Venga!

Desde donde estaba presa, la chica emitió una especie de ahogado chillido de

esperanza.

—¡Beatriz! —exclamó Iván.

La joven tenía los rasgos desencajados y los ojos hinchados de llorar. Quizá le habían administrado algún calmante o droga. Aparte de eso, no parecía que le hubieran hecho daño.

En cuando a los demás, nadie se inmutó con las amenazadoras palabras de Yolanda. Iván tuvo un mal presentimiento. También la guardiacivil, pero no podía hacer más que reforzar sus órdenes a aquella gente. Apuntó un poco por encima de la cabeza de Amane y apretó el gatillo.

Algunos se agacharon por instinto, pero no ella. No Amane, que sonreía como cuando la conocieron, con esa sonrisa en apariencia bondadosa que sus ojos desmentían. Ahora esos ojos brillaban al fuego y parecían más luminosos y vibrantes que las mismas llamas que tenían delante.

—Suelta esa pistola, niña —dijo sin alzar la voz más de lo necesario—. Podrías hacerte daño. Y aquí nadie quiere que te hagas daño, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a Paco Ortiz, que estaba a su lado, igual de sereno que ella, y que negó con la cabeza. José María, su hermano, ocupaba el flanco contrario.

Mientras Amane hablaba, Yolanda e Iván se habían ido aproximando. Ahora estaban a unos metros de la mujer, al otro lado de la gran hoguera que, extrañamente, apenas producía humo.

—Vamos, zorra, diles a tus payasos que la función ha terminado. —La guardiacivil habló hacia Amane, pero luego desvió un poco la mirada hacia su superior, el cabo Ortiz—. Lo que no me podía esperar que usted también estuviera metido en esta locura. ¿Qué es lo que pretenden?

—Tú no puedes comprenderlo —dijo el guardiacivil.

Amane intervino antes de que Yolanda pudiera replicarle.

—Lo que aquí se agita, niña, es una fuerza indomeñable, sin edad ni tiempo. Una fuerza que exige un sacrificio, pero que prefiere a otros que no sean sus fieles y no acepta que se obligue al sacrificado.

—¿Qué cojones significa eso? —dijo Yolanda mientras rodeaba el fuego para acercarse aún más a la mujer.

—Significa que no se debe ofrecer a nadie que sea de aquí y que no se puede ofrecer a alguien que no haya venido por su propia voluntad. Así lo manda nuestro señor de las profundidades de la tierra. El mismo que destruyó a los infieles que habitaron Ochate en otro tiempo. El mismo que ha protegido a los fieles de Oztobeltz y el resto de pueblos.

—Pues Beatriz no ha venido precisamente por propia voluntad —intervino Iván.

Amane lo miró e incrementó su sonrisa.

—No, ella no. Por eso no tendrá el honor de satisfacer a nuestro señor. Pero vosotros sí.

De pronto, todo encajó en la mente de Iván y también en la de la guardiacivil. Todo aquel juego de medias verdades y mentiras cobró sentido. El secuestro de Beatriz había sido sólo un señuelo, el cebo para atraerles hasta esa gruta. Era cierto: habían ido hasta allí por propia voluntad.

—¿Y Alfredo? —preguntó Iván, aún conmocionado por la revelación.

—Él también llegará muy pronto —dijo Amane.

Yolanda estaba ya a un metro de ella.

—Llegue o no, maldita hija de puta, quiero que sueltes a Beatriz ya. Si quieres un sacrificio, mata a tu madre.

—Todo en su debido momento.

Sin mover los pies ni apenas el cuerpo, Amane giró el cuello hacia un lado. Allí estaba su madre, con los ojos blancos, perdidos, y aire de estupor.

La guardiacivil sintió cómo una mano gélida le acariciaba la nuca. Fue una sensación casi física.

Frente a ella, Amane emitió un aleve risilla.

—Nuestro amo y señor es cruel, pero justo y generoso con nosotros. Ella se irá hoy también. Se sacrificará para dar paso a su sucesora: a mí. Así debe ser y así será... Y ahora, os ruego que no opongáis resistencia. No tenéis escapatoria. Niña, suelta ya esa pistola.

A ambos lados de Yolanda aparecieron varios hombres con escopetas de caza. El resto se había ido acercando por detrás.

—Alejaos —les ordenó la guardiacivil—. Si no, vuestra *sucesora* se quedará sin cabeza.

De nuevo, la risilla de Amane hirió los oídos de Yolanda. Se dio cuenta de que los hombres de las escopetas no la apuntaban a ella, sino a Iván.

—Si yo he de morir hoy —dijo Amane, y suspendió un momento el final de la frase—, sea.

Alzó su mano diestra y dirigió una mirada de aquiescencia a los hombres armados.

Yolanda no iba a ceder. Apretó con aún más fuerza su arma, apuntada directamente al entrecejo de Amane. Y disparó.

Un poco antes, desde su escondite, Alfredo había oído el ruido de la primera detonación, que reverberó y se multiplicó en las oquedades y los túneles. Alguien había disparado un arma allí abajo. Quizá habían asesinado a Beatriz.

El grito que vino después le hizo ponerse en pie de un salto. Era una voz femenina pero autoritaria, conocida.

—¡Yolanda!

La reconoció a pesar de la distorsión. La esperanza se encendió en su espíritu como la pólvora de un cohete. Si ella estaba al otro lado de la cueva, seguramente iría acompañada de Iván, y ambos liberarían a Beatriz.

No debía quedarse parado, tenía que unirse a ellos cuanto antes. La historia completa se dibujó para él como lo haría un niño movido sólo por sus deseos. Aun así, dejó su escondite y se lanzó hacia las escaleras. Sólo se detuvo al oír otras detonaciones y un nuevo grito. Esta vez era Iván, no cabía duda. Y sí entendió lo que dijo: “¡NOOOOO!”.

Movido por un magnetismo desconocido, Alfredo continuó a pesar de todo hacia la oquedad y las escaleras. Las bajó con cuidado, lentamente, agachado, hasta que tuvo una visual de la gruta de donde procedían los disparos y el grito. Vio lo mismo que Iván y Yolanda antes que él: el fuego ritual, Amane y los otros con las túnicas, Beatriz atada a la roca, las jaulas de madera... Y a su amigo y a la guardiacivil agarrados por la espalda por dos hombres. Amane tenía en su mano la pistola de Yolanda y la mostraba como quien exhibe un trofeo. Junto a ella, otros hombres les apuntaban con escopetas de caza. La guardiacivil tenía la mano derecha cubierta de sangre.

Desde donde estaba, Alfredo no podía entender lo que decían, pero una simple deducción y su lenguaje corporal bastaban para entenderlo: Yolanda e Iván encontraron la entrada a la cueva, intentaron liberar a Beatriz, pero cayeron en las garras de Amane y sus seguidores. La mano herida de Yolanda significaba que tuvieron que arrebatarle su arma por la fuerza.

Alfredo se derrumbó de nuevo. Ahora sí que no había nada que hacer.

—¡¡¡Eh, tú!!!

El grito de uno de los acólitos de Amane alertó a todos los demás. Había visto a Alfredo en lo alto de las escaleras que conducían a la cueva desde los túneles que partían de Otsobeltz. Amane ni siquiera miró hacia el sitio: sabía que el chico vendría. Tarde o temprano.

—Id por él —ordenó a dos de los hombres armados, que cogieron sendas antorchas y obedecieron al punto.

Alfredo se retrepó en la escalera, arañando hacia atrás los peldaños con sus uñas. Se volvió temblando, cayó al suelo y se arrastró hasta quedar medio de pie. Corrió con todas sus fuerzas de regreso a los túneles. Sus perseguidores llegaron al pie de la escalera y empezaron a ascender por ella. En breve le pisarían los talones.

Lo único que se le ocurrió a Alfredo fue tratar de huir por los corredores hasta la iglesia del pueblo. Pero eso era una locura. Ellos iban armados, tenían luz y conocían a la perfección las cuevas. Todas esas eran sus ventajas.

Entonces, ¿qué?... Sabía lo que tenía que hacer. Ya lo había pensado. Si el miedo es capaz de oprimir el pecho, a Alfredo se le encogió como una nuez atrapada en el cascanueces. La idea de destrozarse la cabeza a sí mismo se hizo tan real que parecía estar ocurriendo ya.

¿Sería todo aquello una pesadilla? Alfredo rogó que lo fuera, y despertar en su blanda cama sin más amenaza en ciernes que poder tropezarse al ponerse las zapatillas.

Los hombres estaban ya muy cerca. Los oía tras él, arrastrando con sus pies las piedras disgregadas del suelo. Saltó hacia la roca en la que había estado escondido. Se agarró a ella con ambas manos, cerró los ojos...

—¡Sal de donde estés! —ordenó uno de sus perseguidores.

¿Y si no le encontraban? ¿Y si desistían de buscarle?...

La mente de Alfredo se aferró a una esperanza que ya estaba perdida. Aguardó al último momento. La luz de las antorchas iluminaba ya su escondrijo. Estaban encima de él...

Ahora o nunca.

—¡Quieto!

No tuvo el valor de hacerlo. Agarró con tanta fuerza los laterales de la roca que se arañó la piel de las manos y hasta se hizo sangre en algunas partes. Pero no pudo lanzarse de cabeza contra ella. No tuvo valor.

—Sal de ahí, chico. No queremos hacerte daño.

Uno de los hombres le hablaba, con la escopeta baja, mientras el otro le

apuntaba con la suya desde un poco más atrás.

Alfredo no les miró a los ojos, a ninguno de los dos. Se levantó sollozando y fue hacia ellos como un cordero.

En la gruta ritual, Amane colocó el viejo libro de sus antepasados sobre un ancho pedestal labrado en la piedra, parecido a una mesa de celebraciones. Lo abrió por una de sus centenarias páginas y, antes de empezar a leer, se dirigió a Yolanda y a Iván, que estaban dentro de dos de las jaulas de madera, atados de pies y manos.

—¿Queríais saber por qué no celebramos la Navidad? Aquí nadie cree en el Crucificado. Es una divinidad demasiado moderna. Y su padre, demasiado antigua. Nosotros creemos en otros dioses. Dioses de la tierra y el agua, del aire y el fuego. Son señores poderosos, de nuestros ancestros, que no todos han olvidado con el paso de los siglos.

Luego se puso a leer el libro, escrito en una lengua arcaica y desconocida para ellos. A medida que lo hacía, el tono de su voz iba creciendo en tensión. Llegó a parecer una cuerda de violín a punto de quebrarse bajo el arco de un violinista apasionado hasta el frenesí.

Cuando terminó la lectura, se dejó caer sobre el pedestal. Estaba exhausta. Aun así, no tardó en incorporarse para decir:

—Ha llegado la hora de renovar nuestros votos.

Hizo un gesto a sus seguidores para que fueran por su madre. La anciana seguía ausente. La cogieron entre dos de ellos y la llevaron, muy despacio y con sumo cuidado, hasta la el pedestal donde estaba Amane. El resto de los presentes entonaban un cántico lúgubre en la misma lengua antigua.

La anciana fue depositada sobre el pedestal, con el cuerpo extendido, boca arriba. Amane la contempló durante unos segundos, musitando algo inaudible. Después, Paco Ortiz le entregó un largo cuchillo de hoja curva. Lo aproximó al pecho de su madre y, sin dejar de recitar lo que fuera que estaba recitando, lo clavó en el corazón. En ningún momento cambió la expresión serena de su rostro.

Cuando la sangre empezó a brotar, Amane recogió un poco en sus manos, formando un cuenco, y la bebió. Luego la imitaron los Ortiz, seguido del resto de asistentes. Los últimos apenas pudieron lamer los últimos restos de su fluido vital; del líquido de la vida de quien fuera su guía durante más de medio siglo.

—¡Se ha cumplido! —exclamó Amane por fin, con el cuchillo ensangrentado en la mano, goteando sobre el suelo—. Ahora nuestro señor nos demanda el sacrificio que, como fieles siervos suyos, le debemos.

José María Ortiz dio un paso hacia Amane. Se colocó junto a ella y le habló al oído en voz baja.

—¿No sería mejor esperar a que traigan al otro chico?

—Sí, sí, tienes razón. No pueden tardar mucho en traerle. Así el sacrificio será completo. Triunfal.

Alfredo caminaba tan dócilmente que los dos hombres que iban con él bajaron la guardia. Pero eso es algo que nunca se debe hacer con un animal acorralado. En un último acto de desesperación, el chico se dio la vuelta y golpeó con el codo en plena cara al que iba justo por detrás. Los huesos de su nariz estallaron en mil pedazos y se derrumbó como un pelele de trapo.

El otro levantó su escopeta y trató de apuntar a Alfredo. La reacción del chico fue tan inesperada que no logró acertarle con el tiro.

Agachado junto al otro hombre, que había perdido el conocimiento y tenía la cara llena de sangre, Alfredo cogió su escopeta y volvió a saltar a un lado, hacia un grupo de rocas. Se golpeó en el hombro herido, que hasta ese momento no le había vuelto a doler. Apenas lo notó por la excitación.

Nunca había usado una escopeta. Aun así, apuntó con mano temblorosa, disparó y, sin saber cómo, acertó de plano en el blanco. En el pecho de su atacante se abrió un boquete del tamaño de un puño. En su rostro, una absoluta expresión de incredulidad.

También cayó al suelo, muerto. El otro pareció recobrar levemente el conocimiento con las detonaciones. Levantó un poco la cabeza. Alfredo se acercó a él, empuñó la escopeta por el cañón y le asestó un golpe en la cabeza que volvió a dejarle inconsciente. Quizá muerto. No lo sabía ni le importaba.

Al oír el sonido de los dos disparos, Amane pensó que Alfredo se habría resistido y no había quedado otro remedio que acabar con él. Miró a José María Ortiz con gesto compungido: uno menos para el sacrificio, decían sus ojos. Pero no era demasiado importante en ese día glorioso, en el que ella daba el relevo a su madre y su señor estaba a punto de recibir el sacrificio debido.

Dentro de las jaulas de madera, Iván se revolvió, insultó a Amane y a los demás. Antes había tratado de hablar con Beatriz, pero le fue imposible: su amiga estaba completamente ida. La que sí habló fue Yolanda.

—¿Creéis que esto va a quedar así?! Nos buscarán. Yo soy guardiacivil, y en el puesto saben que ha desaparecido una chica y que la estoy buscando. No van a dejarlo estar. Esto es absurdo, locos bastardos. Vuestro dios no existe.

Paco Ortiz se acercó a la jaula de Yolanda. Dio un golpe en ella con su bastón para hacerla callar.

—Te equivocas —dijo sin alterarse—. En Ochate no se hicieron los sacrificios oportunos y por eso nuestro señor lo asoló con enfermedades, muertes, destrucción y olvido. Los perros que habéis visto son las almas de los infieles, condenados a vagar para siempre. Vosotros tendréis un destino mucho

mejor que eso, como eternos servidores de nuestro señor en un mundo que está más allá de este —sonrió con malignidad—. Tenéis nuestra gratitud.

—Estáis locos... ¡Soltadnos!

—No hay motivo para más dilaciones —intervino Amane—. Proceded al sacrificio. Primero ella, la guardia. Traedla aquí para que fuego pueda transformarla en alimento de nuestro señor.

Varios hombres rodearon la jaula de Yolanda, que seguía gritando e insultando. Introdujeron unos largos palos en unos huecos preparados al efecto y la izaron para llevarla hasta el gran fuego ritual.

Amane abrió de nuevo el libro sagrado y recitó otros de sus versos. Todos repetían sus palabras, con gesto embargado, embebidos de un ritual que, para ellos, daba el máximo y único sentido a su existencia.

—¡NOOOOO! —gritó Iván.

Beatriz pareció despertarse de su letargo. Le miró sin comprender. Trató de moverse, pero las cuerdas con que estaba atada se lo impidieron.

—¿Qué...? ¿Qué hacemos aquí? —preguntó con la voz quebrada.

Iván quiso decirle algo. Lo que fuera, salvo la verdad. Aunque no serviría de nada ocultársela, porque en breves momentos la descubriría por sí misma. Aun así, se mantuvo en silencio, mirándola a los ojos.

—¿Nos van a matar? —dijo ella, cada vez más consciente de lo que sucedía.

Una vez más, Iván no respondió. La jaula de Yolanda estaba siendo elevada antes de ocupar su posición en la especie de gran cuenco en el que ardía el fuego. Existiera o no esa divinidad sanguinaria y oscura a la que Amane y los demás adoraban, iba a morir para apaciguarla. Iba a ser quemada viva por esas gentes que, en el día a día, labraban el campo, cuidaban de sus animales, vendían el pan, o cualquier otra cosa, en un pueblo que podía pasar por normal a primera vista.

—¡SOLTADLES!

El grito venía de las escaleras por las que los dos acólitos habían ido en busca de Alfredo. Pero no era ninguno de ellos el dueño de la voz, sino aquel a quien debían apresar, que les apuntaba desde arriba con una de las escopetas.

Poco antes, el chico estuvo tentado de huir por los túneles y olvidarse de todo; de sus amigos y de la guardiacivil. Sus piernas querían hacerlo. Incluso dio algunos pasos en esa dirección. Pero al final, sin embargo, logró vencer su propio miedo y regresar en su ayuda. Ahora tenía una escopeta y, si no lograba su objetivo, si de nuevo trataban de cogerlo, se pegaría un tiro en la boca. Eso era rápido. A eso sí que se atrevería.

Bajó por la escalera ante la mirada de desprecio de Amane: que aún estuviera vivo no podía ser grato a su señor. Y quizá significara que ella había hecho algo

mal. La suerte o la casualidad no existían para ella, sólo el destino obrado por la voluntad de su dios oscuro.

Por eso, esta vez no dijo nada. Sus acólitos ya sabían lo que tenían que hacer. Los dos que quedaban armados levantaron los cañones de sus escopetas hacia el chico. Pero este no se amilanó. Siguió caminando con el cañón de la suya apuntando a Amane, sin vacilar. En sus ojos había algo parecido a la locura.

La misma Amane lo percibió cuando, al fin, se giró para verle.

—Soltad a mis amigos —dijo Alfredo entre dientes.

—Tendrás que matarme —contestó Amane—. Y ni siquiera entonces se librarán. Yo soy prescindible. Nuestro amo y señor será quien decida. Todo sucederá según sus designios, hagas lo que hagas.

—Muy bien.

Alfredo no discutió, no la amenazó ni intentó convencerla. Eso impresionó mucho a Amane. Había hablado con el aplomo que debía caracterizar a una líder, como ella, pero en su interior no estaba preparada para morir. Y, a diferencia de antes, con la guardia, vio en los ojos del chico que eso era lo que estaba a punto de suceder.

—Soltadles a todos —ordenó a sus secuaces.

Paco Ortiz sacudió la cabeza. Su hermano le miró inquisitivamente. Nadie se movió.

—Los designios de nuestro señor son a menudo tortuosos e indescifrables —insistió Amane—. Si él desea el sacrificio, no les permitirá escapar. Dejémosle que nos muestre su poder.

La jaula de madera de Yolanda, muy cerca del fuego, había empezado a arder. La guardiacivil gritaba dentro. Fue la primera en ser liberada. Los acólitos de Amane reaccionaron al fin, la apartaron del fuego y la sacaron de su prisión, que no tardó en consumirse sin su presa en el interior. Luego soltaron a Beatriz y a Iván. El chico la ayudó a reunirse con los otros. Iván dio las gracias a Alfredo y abrazó a Yolanda de lado, sin soltar a Beatriz, que no tenía fuerzas para sostenerse en pie por sí misma.

—Vamos, hay que salir de aquí —dijo.

Hizo el ademán de dirigirse hacia la salida de la cueva que daba al bosque cercano a Ochate. Alfredo le detuvo.

—No, por ahí no: por aquí —dijo, señalando con la mirada al otro lado.

Yolanda e Iván quitaron las escopetas a los dos hombres que aún seguían armados y recuperaron la pistola de la guardiacivil. Por un momento, Iván creyó que su amigo iba a disparar a sangre fría contra Amane. Se colocó a su lado y le rozó en el brazo.

—No vale la pena.

Sus palabras obraron el efecto de sacar a Alfredo de una especie de trance. Aquella zorra se merecía que le arrancara la cara de un tiro, pero no hacerlo era su seguro de vida. Ahora sabían que, dijera lo que dijese, tampoco ella quería morir.

—¡Larguémonos! —les urgió Yolanda.

Antes de hacerlo, la guardia se acercó un momento a Amane y le arrancó un trozo de su centenaria túnica. Con la tela se vendó la mano herida. Entre ella e Iván llevaron cogida por los brazos a Beatriz. Alfredo los siguió, sin dejar de mirar atrás hasta que estuvieron en lo alto de la escalera. Sólo entonces se quebró la coraza que le había envuelto, para convertirle en una fiera salvaje, y volvió a notar que las lágrimas inundaban sus ojos.

Pero esta vez había esperanza en ellas.

—¿Hacia dónde va este túnel? —preguntó Iván.

Acababan de pasar junto al lugar donde Alfredo había dejado el cadáver de uno de los hombres que fueron por él, y al otro inconsciente. Aunque este último no estaba allí.

—Al pueblo —respondió Alfredo—. Antes me atacaron dos, y uno no está. Si nos encontramos con él, tirad a matar. Debí matarle yo mismo cuando tuve ocasión...

—¿Va armado? —preguntó Yolanda.

—Le rompí la cara y le quité la escopeta. No sé si llevaría algo más escondido. No le registré. —La tensión hacía a Alfredo hablar con cierta hostilidad. Se dio cuenta y rebajó el tono—. Creo que no, pero habrá que tener cuidado con él de todos modos.

Beatriz estaba cada vez más despierta. Si le habían administrado alguna sustancia, ésta parecía ir desapareciendo de su organismo. Casi era capaz de andar por sí misma, aunque seguían ayudándola para avanzar con más rapidez.

Atravesaron los corredores, con sus subidas y bajadas. Por detrás parecía llegarles alguna clase de murmullo. Seguramente eran los acólitos de Amane, que iban tras ellos. Del otro hombre, el que atacó a Alfredo, no había ni rastro. Con cierta dificultad, llegaron hasta la cueva por debajo de la casa de Amane, cuya trampilla, en lo alto de la escalera de caracol, estaba atrancada. Alfredo dijo que no intentaran abrirla, que era mejor seguir adelante y salir por la cripta de la iglesia.

Al decir eso, aunque no podía saberlo a ciencia cierta, Yolanda se dio cuenta de que debían de estar cerca de la casa de Amane. No hubiera sido mala opción salir por allí, porque era probable que esa zorra tuviera armas, o algo útil para defenderse. Y, como mínimo, su teléfono fijo les serviría para avisar al puesto de Treviño de lo que estaba sucediendo.

Era lo que necesitaban: un teléfono con el que pedir ayuda.

Si salían por la iglesia, su mejor opción sería ir al taller y coger el coche de Alfredo. Aunque funcionara a tirones, les bastaba con llegar a la autovía. Esta vez no se perderían, acompañados de Yolanda.

Más allá de la cueva bajo la casa, siguieron por el corredor que conectaba con la iglesia. Antes de salir por el pozo vertical, todos vieron los cuerpos colgados en las paredes. Beatriz ahogó un grito. Iván y Yolanda se miraron con incredulidad. Aquella gente —o sus antepasados— llevaban siglos haciendo lo mismo que querían hacer con ellos. ¿Y todo para honrar a una antigua deidad en la que sólo ellos creían?

Iván trató de subir el primero para abrir la trampilla, pero su amigo se lo impidió.

—Conozco mejor que tú el camino.

Ahora era mejor no discutir con Alfredo. Lo que dolió a Iván es que lo hizo como una especie de revancha.

—Adelante —dijo.

Después de un par de minutos, en los que se escucharon golpes cada vez más fuertes, entremezclados con gruñidos, Alfredo regresó abajo y les dio la mala noticia.

—No se puede abrir. Debe de haberla cerrado el cabrón que se escapó. Habrá puesto algo pesado encima. ¡Joder, tenía que haberle matado!

Las lamentaciones no servían de nada. Esta vez, Iván le hizo a un lado.

—Déjame intentarlo a mí.

—Te he dicho que no se puede, ¿es que estás sordo?

Iván se detuvo y le miró con gesto airado.

—¿Qué pasa, Alfredo, es que está mal que yo lo intente? ¿Prefieres que nos quedemos aquí cruzados de brazos?

Ahora ambos se miraban fijamente, a punto de estallar.

—Estas disputas no tienen sentido —intervino Yolanda—. Sí, Iván, prueba a ver si tú puedes abrir. Es sólo un momento. Si no, regresaremos a la otra cueva y veremos qué hacemos.

—Tampoco allí se puede abrir, ya lo he probado —dijo Alfredo sin apartar la mirada de Iván.

—Ya —dijo la guardiacivil—, pero allí la trampilla es más grande y de madera, y podemos subir dos juntos por la escalera hasta ella. Si hace falta, la desharemos a balazos.

Amane seguía en la gruta ritual, ahora sentada junto a Paco Ortiz. Estaban solos. Su hermano José María lideraba la persecución. Ninguno de los dos hablaba, pero ambos pensaban lo mismo: si aquellos chicos estaban predestinados a alimentar a su señor, no podrían escapar. Porque, si escapaban, algo estaba muy mal en todo aquello. No constaba en los registros nada parecido en todos los siglos en que esa ceremonia de sacrificio se había llevado a cabo, ni en la tradición oral de los primeros tiempos ni en la escrita posterior.

Si la madre de Amane aún viviera, podría explicarles lo que estaba pasando. Seguro que ella sabría interpretarlo y darles las pautas necesarias para resolverlo. Pero estaba muerta, y Amane debía sustituirla, tener las mismas visiones, la misma claridad de ideas infundida por la conexión única y perfecta con su señor. Como tuvo todo eso su madre, capaz de ver aun estando ciega, de mandar aun estando impedida.

—¡Nuestro señor nos prueba! —exclamó de pronto Paco Ortiz.

A su lado, Amane se giró con extrañeza.

—¿Nos prueba? ¿Por qué? ¿De qué modo?

—¿No lo ves, vieja amiga?: quiere saber si somos dignos de él.

—Explícate.

—No va a hacer él todo por nosotros. Quiere saber si estamos dispuestos a realizar cualquier sacrificio. No podemos dejarles escapar. De lo contrario —ahora lo veo claro—, nuestro señor derramará sobre nosotros su ira. Seremos acreedores de un castigo como el que destruyó Ochate.

Amane pareció reflexionar durante unos instantes.

—Sí... Sí, tienes razón. Ya lo comprendo. Lo veo...

Por primera vez, una imagen se formó en la mente de Amane, como las que su madre veía por inspiración de su dios. En ella vio a los tres chicos y a la guardiacivil capturados en la nieve y conducidos de nuevo a la gruta. La primera vez habían ido allí por propia voluntad, ya no importaba obligarles a volver.

La visión era nítida, tan clara como un día de verano, pero... Algo la enturbiaba en una parte; algo la hacía nebulosa en cierto momento. Aunque, al final, volvía a aclararse y mostraba el gran fuego de la gruta ritual devorando a los infieles.

Y su señor de las sombras y las profundidades sonreía, desde el otro mundo, con su invisible boca.

—¡Vamos! —gritó al tiempo que se levantaba como por resorte—. No nos quedemos aquí, viejo amigo. Tú has renovado mi confianza y juntos conseguiremos superar la prueba de nuestro amo y señor. ¡Tenemos que estar preparados!

Tal como Alfredo había dicho, la losa de piedra que comunicaba con la cripta de la iglesia estaba atrancada. Ni diez hombres hubieran podido moverla. Iván bajó de nuevo por los peldaños metálicos con expresión de fracaso y de enfado. En cuanto lo tuvo delante, Alfredo le miró con desdén.

Yolanda dio una palmada para deshacer la tensión entre ellos y dijo:

—Volvemos a la otra cueva. ¡Venga!

La guardiacivil e Iván encabezaron la comitiva. Por detrás de ellos fueron Alfredo y Beatriz, que ya estaba en condiciones de caminar.

—¿Cómo te cogieron? —le preguntó el chico.

—Bajé al sótano de la casa... Lo sé, lo sé: no debí hacerlo. La curiosidad me pudo. Vi a Amane dentro, vestida con una túnica como la que llevaba puesta antes. De pronto se volvió, como si me hubiera visto, aunque no hice ningún ruido. Intenté volver arriba para avisaros, pero alguien me cogió por detrás. No recuerdo nada después de eso. Perdí el sentido.

—Ahora todo va a estar bien.

Beatriz no respondió. Seguía aterrorizada. Por instinto, se pegó a Alfredo y le cogió del brazo. Él la besó en el pelo.

—Cuando salgamos de aquí y estemos otra vez en casa y a salvo —le dijo—, quiero que sepas que para mí se acabaron las dudas. Estoy enamorado de ti y quiero estar contigo.

A Beatriz le chocó que su amigo se comportara con tanto aplomo. Los últimos acontecimientos, aunque hubieran sido sólo unas horas, debían de haberle cambiado hasta ese punto. A ella también le gustaba. Cuando se acostó con él, no lo hizo por haberse pasado de copas. Quiso probar cómo la hacía sentirse en el sentido más íntimo. Si luego se echó para atrás fue porque tuvo miedo, no porque no le gustara. Lo que ahora estaba ocurriendo le hacía comprender que, a veces, no hay que pensar sino sólo dejarse llevar por el corazón.

Apretó el brazo de Alfredo, sin decir nada, y él supo que sentía lo mismo.

—¿Qué te pasó en el brazo? —le preguntó ella al rato.

—Un disparo, en el pueblo. Me persiguieron, pero me libré. No es nada, un rasguño.

Iba a decir también que habían matado a otras personas: al hombre que encontró en el descampado, deshecho, a Mikel... y quién sabía a quién más. Pero prefirió callarse para no asustarla más de lo que estaba.

Por delante, sus compañeros también compartieron algo de lo que sentían. Fue menos romántico, pero igual de profundo.

—Yolanda —dijo Iván a la guardiacivil—, antes, cuando estábamos en la torre de Ochate, te hubiera tumbado en el suelo si hubiera podido.

—Lo sé —dijo ella. Como el chico no decía nada más, tras un breve silencio volvió a hablar—: Y yo te hubiera dejado.

Los cuatro siguieron en silencio. Los corredores parecían aún más tétricos que antes, y los símbolos más amenazadores. Donde antes sólo había una espiral, ahora se mostraba un remolino que conducía a la nada y el olvido; donde antes había una cruz de brazos curvos, en un giro sin fin, ahora había una inmisericorde rueda trituradora de almas.

Llegaron a la cueva bajo la casa de Amane casi al mismo tiempo que sus perseguidores. Éstos habían ido mucho más despacio de lo que hubieran podido porque estaban desarmados. Por eso, cuando los chicos aparecieron, los primeros dieron media vuelta y regresaron al cobijo de los túneles. Su objetivo no era capturarlos, sino seguirlos, ver por dónde salían al exterior y no perder su rastro.

Yolanda gritó como lo haría un maestro de artes marciales. Disparó un tiro con su pistola contra la negra boca del corredor. Eso les mantendría alejados el

tiempo suficiente para abrir la trampilla y escapar de ese hormiguero y de su reina.

—Subid vosotros —dijo a los dos chicos—. Sois más fuertes. Empujad a la vez. Si no se mueve aun así, ya veremos.

Ambos hicieron lo que decía. Sin hablar, subieron por la escalera de caracol y, ya arriba, colocaron sus hombros —Alfredo el izquierdo, el sano— contra la madera, adquiriendo una postura que les permitiera hacer palanca con sus espaldas. A una, empujaron con todas sus fuerzas. Se oyó un ligero crujido y la trampilla pareció moverse un poco. Muy poco, casi nada, pero al menos no estaba tan atrancada como la losa que tapaba la cripta.

—¡Otra vez! —dijo Iván con ánimo.

Volviéron a empujar. Y de nuevo la trampilla se movió un poco, pero no cedió. Así no iban a poder abrirla.

—Bajad, no lo intentéis más —dijo Yolanda.

Tenía su pistola en su mano sana y una de las escopetas bajo el brazo. Esperó a que los chicos bajaran para darle la escopeta a Iván. La de Alfredo la tenía Beatriz.

—¿Y si hay algo arriba, sobre la trampilla? —dijo ésta.

—Cruza los dedos para que no sea así —contestó Yolanda—. Salgamos de dudas.

Ella y los chicos dispararon contra la madera, que estalló en pedazos. El hueco que se abrió era tan oscuro como la cueva. Ignoraban si habían atravesado la trampilla o había algo más por encima. Yolanda corrió a la escalera y subió por ella a toda velocidad.

Pronto vieron desaparecer parte de su brazo por el agujero. Lo habían conseguido.

El paso al que caminaba Paco Ortiz estaba en el límite de su cojera. Amane le precedía, obligándole a forzar el ritmo sin el menor miramiento. Aunque llevaban mucho tiempo de desventaja, se encontraron con los suyos en los túneles, cerca de la cueva bajo el sótano de la casa. Les pusieron en antecedentes: los infieles estaban allí y habían disparado, seguramente contra la trampilla.

—Bien —dijo Amane—. Que salgan, que crean que han escapado. Cuanto más acaricien la esperanza, más creerán en ella y más fácil será capturarles.

—¿Cómo lo haremos? Capturarles —se atrevió a decir uno de los acólitos.

—A su debido tiempo. —Amane le habló como la profesora severa que reprende a un alumno retrasado—. Sólo tenemos que esperar. Saldrán y tratarán de huir. Pero así será justo como se meterán ellos mismos en la boca del lobo. Un lobo tan negro como Otsobeltz.

La primera en salir por la trampilla fue Yolanda. Llegó a un espacio sin luz, que sólo la antorcha que ella llevaba reveló. Había acertado con su suposición de que debían de estar debajo del sótano de Amane. Reconoció el pilar de piedra en el centro y las paredes bastas de piedra. El pilar esta ahora movido a un lado, para dejar al descubierto el pasadizo secreto. Seguramente por allí habían bajado Amane y los suyos para ir hasta la cueva ritual. De no haber estado movido, nunca hubieran logrado salir por ahí.

A la luz de la tea, Yolanda buscaba —incluso esperaba— que hubiera alguien dispuesto a atacar desde las sombras. Por suerte, no había nadie.

—¡Subid! —gritó a los demás por el hueco.

Mientras los otros se unían a ella, la guardiacivil encendió la solitaria bombilla del sótano. Ya arriba, Iván y Alfredo trataron encontrar algo con lo que cubrir el hueco para que los de abajo no pudieran seguirles. El pilar parecía imposible de mover. Debía de tener un mecanismo oculto que no acertaron a encontrar, por mucho que lo intentaron. Lo único que había, aparte del pilar, era un pesado mueble parecido a un viejo armario ropero.

—Vamos, ayudadnos a empujar —pidió Iván a Yolanda y a Beatriz.

La guardia no le hizo el menor caso. Tenía otros planes más urgentes: en esencia, abrir la puerta del sótano para poder subir a la casa.

Antes de recurrir a pegarle un tiro a la cerradura, probó con patadas. Sus golpes en la puerta fueron como la base rítmica de la melodía creada por el mueble al arrastrarse. Bajo la luz amarilla y débil de la bombilla, demasiado escasa para el tamaño del sótano, entre el frío y la inevitable humedad, ni siquiera la música de un funeral hubiera resultado tan tétrica.

—¿Lo consigues? —preguntó Iván a la guardiacivil.

Le recordó a una luchadora de kickboxing, soltando patada tras patada hasta que al final perdió las fuerzas, el equilibrio y cayó al suelo. El chico dejó el mueble, ya casi sobre el hueco, y corrió hacia ella para comprobar si se encontraba bien. Por un instante, le pareció que sus ojos estaban trémulos. Pero, si estaba a punto de llorar, sin duda era de rabia.

Le tendió el brazo para ayudarla a ponerse en pie. El trozo de la túnica de Amane, que cubría su mano herida, mostraba manchas de sangre. Yolanda se agarró a Iván con la otra mano y se levantó. La maldita puerta había podido con ella.

Por ahora.

—Tendremos que gastar una bala —dijo.

Iván asintió.

—Qué remedio. Pero acabemos de mover el mueble antes.

Quedaba poco para colocarlo en su nueva ubicación sobre la trampilla. Entre los cuatro, tardaron sólo unos segundos. Ahora nadie podría entrar, pero, de momento, ellos tampoco podían salir.

Yolanda apuntó con la zurda a un par de metros de la puerta. Así no podía fallar, aunque fuera diestra.

La detonación, que retumbó en los muros de roca, se mezcló con un malsano silbido que duró un poco más. Instintivamente, la guardiacivil se agachó e hizo ademán de protegerse: la bala había rebotado.

—¡Joder, esa puerta debe de estar reforzada! —exclamó. Luego, recobrada del susto, añadió—: Parece antigua, pero seguro que tiene una chapa de hierro dentro, o algo parecido.

—La llave es normal —dijo Alfredo—. Eso significa que el marco no está blindado. O eso creo.

A balazos no iban a abrir esa puerta. Necesitaban algún objeto para usarlo como ariete; algo pesado y que se pudiera agarrar bien, para impulsarlo y lanzar el golpe. Todos se pusieron a buscar, aunque Beatriz no se separó de Alfredo. Estuvieron varios minutos, con una sensación de agobio que iba en aumento.

Allí no había nada.

—Esto sí que no voy a consentirlo —masculló Yolanda—. No nos va a detener ninguna puta puerta de mierda.

Por pura desesperación, se acercó a ella y le soltó otra patada que le dolió más a ella en el pie que a la puerta.

—Tranquila, espera —dijo Iván.

Había visto algo que quizá pudiera servirles. Habían buscado por todas partes, sí, pero no en un sitio. El más obvio: el mueble con que habían cubierto la trampilla.

Lo abrieron y miraron dentro. No parecía haber más que ropajes antiguos y los que parecían ser mugrientos amuletos. Sacaron todo y lo echaron al suelo sin el menor miramiento. El armario tenía un grueso refuerzo vertical. Iván lo agarró con ambas manos y tiró de él para comprobar su resistencia.

—¿Servirá esto? —preguntó a los demás.

—No lo sé —dijo Yolanda—. Pero probémoslo.

Le dieron golpes hasta desencajarlo. Fuera del armario no parecía tan grueso, pero sí pesaba lo suyo. Era de una madera muy densa y robusta. Sólo quedaba usarlo y rezar para que bastara.

Tampoco era tan largo como para que lo cogieran entre los cuatro. Beatriz quedó exenta. Iván se colocó el primero, con Yolanda en el medio y Alfredo por detrás. Éste tendría que empujarlo, justo al final, con todas sus fuerzas. Ya en su

posición, recordó a los otros:

—Si el marco no está blindado, como suponemos, lo mejor es golpear cerca de la cerradura. Esa parte debería ser la más débil.

Cogieron carrerilla, resoplaron y se lanzaron hacia la puerta. El impacto les hizo caer al suelo a los tres. Se oyó un crac muy intenso. Cuando levantaron la vista, había una línea vertical, quebrada, entre la cerradura y el marco.

—¡Otra vez! —dijo Alfredo eufórico.

Repitieron la operación y, esta vez, la línea se hizo más visible. A la tercera fue la vencida: la madera se partió, dejando al descubierto la chapa metálica en su interior. Les bastó, ahora sí, unas cuantas patadas para que acabara de abrirse.

Lo habían conseguido. Iván besó a Yolanda y Alfredo abrazó a Beatriz. Sin perder tiempo, se apresuraron a salir de esa ratonera. Yolanda fue de nuevo en cabeza, con la pistola, por si había alguien esperándoles en la casa. Salió con cautela, preparada para todo. Pero su mente estaba fija en el teléfono.

Cuando el último graznido del mueble al detenerse resonó en la cueva inferior, una parte de los acólitos de Amane ya estaban allí reunidos como un rebaño. Sabían que tendrían que esperar para tratar de subir, si es que lograban abrir de nuevo el hueco. El resto siguió hacia la iglesia. La trampa de la cripta estaba también atrancada, pero quien tenía que abrirla llegado el momento ya lo había hecho.

Algunos creyentes se quedaban en el pueblo durante el ritual. No todos podían acudir a la ceremonia del sacrificio, en la cueva de Ochate. Cuando el hombre que abrió la trampa supo por los otros lo que ocurría, se le demudó el rostro. Era Avelino, el mecánico del pueblo.

—Al menos no podrán usar su coche para ir muy lejos —dijo—. Está bastante mal y yo no lo he tocado, claro. Además ¡casi no tiene gasolina!

En ese preciso momento, Yolanda levantaba el auricular del teléfono fijo de Amane. Escuchó para comprobar que había línea, como en los viejos aparatos analógicos, y marcó el número del puesto. Repasó mentalmente lo que iba a decir para explicarse en orden y sin dejarse llevar por la urgencia.

Los timbres se sucedieron como si duraran cinco o diez veces más de lo normal. Al fin, alguien descolgó al otro lado. Era una voz que Yolanda conocía perfectamente, la de un guardia de unos treinta y cinco años que llevaba un tiempo en el puesto. Su nombre era Jorge.

—¡Jorge, gracias a Dios, soy Yolanda Serna!

—Hola, Yolanda. Dime, ¿qué se te ofrece? ¿Pasa algo?

—Sí, escúchame bien, es muy importante: estoy en Otsobeltz con tres forasteros. Uno es la chica desaparecida que vine a buscar. Han intentado asesinarlos. ¿Lo has entendido? Han intentado asesinarlos. Y aún nos

persiguen. Necesitamos ayuda urgente.

—Va... vale —dijo el guardia, tratando de procesar toda la información de su compañera—. ¿Quién ha sido?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, Jorge. Tengo que dejarte. Nos persiguen. ¡Ponte en marcha ya!

—Sí, sí, claro. Ahora mismo.

La guardiacivil le dejó con la palabra en la boca. Recalcó que enviara ayuda de inmediato y colgó el auricular. Los otros estaban tras ella, en el pasillo, escuchando en silencio su parte de la conversación.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Alfredo—. ¿Mandan refuerzos?

—Sí —contestó Yolanda pensando ya en otra cosa—. Pero movámonos. Hay que conseguir un vehículo y salir cuanto antes de este pueblo de locos.

Afuera nevaba otra vez, aunque no con mucha intensidad. Junto a la entrada de la casa estaba aparcado el todoterreno de la Guardia Civil. Todos menos Yolanda sintieron una punzada de esperanza. La disipó con sus palabras.

—No tengo copia de las llaves. Siempre conduce José María Ortiz.

—¿Y no se le puede hacer un puente? —preguntó Iván—. Si rompemos una ventanilla, podremos abrir la puerta y entrar.

Alfredo sacudió la cabeza. Lo que decía su amigo no era tan fácil como se veía en las películas.

—En los coches de ahora es imposible hacer un puente. Con la electrónica que llevan, no se puede. Lo mejor es que vayamos al taller y cojamos mi coche.

—¿No tenía una avería? —dijo Yolanda, que no estaba al tanto del alcance del fallo.

—Da tirones, no es tan grave. Al menos podremos salir de aquí.

—¿Y la gasolina? —agregó Iván, reparando en la cusa de que llegaran a ese lugar maldito.

—Queda poca, pero seguro que bastante para llegar a la autovía. Aunque nos quedemos tirados allí, pasará algún coche.

—Si hace falta nos ponemos en medio de la carretera para pararlo —apostilló Beatriz.

Dejaron la casa atrás y comenzaron a bajar por la cuesta que llevaba al pueblo. Al llegar al final, a pocos metros de la calle principal, vieron no muy lejos un resplandor. Era difuso, pero vibrante, como si se moviera.

Y se movía. Unos metros más adelante distinguieron a un grupo de encapuchados con linternas. Los seguidores de Amane estaban ya en marcha. El tiempo se agotaba.

Los cuatro salieron corriendo en dirección al garaje. A Beatriz era a quien más le costaba correr. Alfredo e Iván casi la llevaban en volandas, como antes

por los túneles, cogida bajo las axilas. Como siempre, Yolanda llegó la primera. La puerta del taller estaba cerrada. Sacó su pistola y deshizo el cerrojo de un tiro. Quienes les seguían probablemente iban también armados, pero no avanzaban, o avanzaban muy despacio, como si no quisieran enfrentarse a ellos. Todavía.

El coche de Alfredo tenía el capó abierto. El chico lo cerró a toda prisa antes de montar en el asiento del conductor. Sus compañeros lo esperaban fuera, vigilando. Sólo cuando fue a arrancar el motor, se dio cuenta de que las llaves no estaban puestas en el contacto.

—¡Joder! ¿Dónde coño...?

Bajó de nuevo y empezó a revolverlo todo, frenético. Los ruidos y los golpes se oían fuera. Iván entró a ver qué pasaba.

—¡Las llaves! ¡No están! —gritó Alfredo.

—Tienen que estar por algún sitio, tranquilo, las encontraremos.

Entre los dos, a toda prisa, miraron por encima del mueble de las herramientas, en los cajones, en el suelo por su Alfredo, en su ímpetu, las había tirado sin querer. Nada.

De pronto, una imagen iluminó la mente de Alfredo. La tarde anterior, cuando llevó el coche, el mecánico cogió las llaves... Cogió las llaves y las dejó en... El chico se devanó los sesos... ¡En una pequeña estantería de la pared!

Allí estaban, colgando de un clavo.

—¡Vamos! —le urgió Iván, que volvió a salir afuera corriendo.

Alfredo sacó el coche marcha atrás, derrapando en el suelo medio congelado. Los otros montaron al fin y el chico enfiló, como pudo, la calle principal, resbalando en el firme y avanzando a paso de tortuga.

—¡¿No puedes correr más?! —dijo Beatriz, al borde de un colapso nervioso.

—Las ruedas derrapan, no puedo ir más rápido.

—Pon una marcha más larga —le aconsejó Yolanda, que había hecho un curso de conducción en la Guardia Civil—. Y pisa con suavidad el acelerador.

Con algunos tirones y algo de patinaje, pasaron muy cerca de los hombres de las linternas. A esa distancia pudieron ver que también había algunas mujeres. Ni los unos ni las otras se movían. Estaban todos quietos como estatuas. Su visión era capaz de helar la sangre.

Siguieron hacia el bar de Antón. Al pasar junto a él y dejarlo atrás, los chicos tuvieron un repentino ataque de euforia. Atrás quedaba Otsobeltz y todos esos malnacidos. Se sentían libres, a salvo, y se pusieron a gritar y dar vítores. Toda su tensión se liberó así, como el corcho de un agitado vino espumoso. Sólo Yolanda se mantenía serena. Sabía muy bien que aquello no había terminado aún.

Además, había algo; algo que no era capaz de emerger desde lo más

profundo de su mente, pero que estaba ahí, luchando por abrirse camino. Y tenía la nítida sensación de que no era nada bueno.

Habían recorrido apenas dos o tres kilómetros desde la salida de Otsobeltz. Unos faros tras ellos, en la carretera, fueron el primer aviso. Venían del pueblo y avanzaban mucho más rápido que ellos. Alfredo trató de correr más, pero el coche no respondía. Los tirones no eran ya el problema, sino la ausencia de cadenas en las ruedas y la falta de tracción.

—¡Para! —le gritó de repente Yolanda.

—¿Qué?

—¡Para, coño! Déjame conducir a mí. Tengo experiencia.

—¿Y tu mano herida? —dijo Iván.

—Te juro que me aguantaré.

A regañadientes, Alfredo se detuvo en medio de la negra carretera. A toda prisa, intercambió su asiento con la guardiacivil, que saltó desde el suyo para ponerse frente al volante en cuanto el chico lo dejó libre.

Yolanda reanudó la marcha acelerando con suavidad. En sus manos, el coche avanzaba bastante más rápido. Parecía un piloto de carreras, moviendo el volante de lado a lado para corregir las derrapadas. En su rostro estaba dibujado el dolor que le causaba su mano derecha. La tela estaba cada vez más roja de su sangre.

Aun así, con ella al volante, el coche que les perseguía se seguía acercando. Estaban a medio camino de la autovía. Sólo un poco más y lo lograrían.

Acababan de pasar por una cerrada curva de la carretera cuando vieron otros faros, esta vez por delante de ellos.

—¡Mis compañeros! —exclamó la guardiacivil.

Pero el vehículo no llevaba luces policiales. El mal presentimiento salió de nuevo a flote. Y esta vez tomó forma y consistencia: si no eran sus compañeros, sino más acólitos de Amane procedentes de algún otro pueblo vecino, les cogerían entre dos fuegos. Tenía que tomar una decisión rápida.

En cuanto vio una zona que parecía despejada, dio un volantazo y se salió del asfalto. El coche dio un salto pero, por suerte, no se quedó atrapado en el barro bajo la nieve.

—¡¿Qué haces?! —gritó Iván—. ¡¿No decías que eran tus compañeros?!

—No podemos arriesgarnos. No llevan las sirenas. Eso es muy raro.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Huir por el campo. Mis compañeros nos encontrarán antes o después, eso seguro. ¡Pero tenemos que mantenernos vivos!

La guardiacivil recordaba que había algunos refugios de pastores y casetas de labranza por la zona. No sabía dónde con exactitud, pero valía la pena intentar encontrar uno de ellos, o cualquier otro lugar donde esconderse. El frío jugaba

en su contra, pero era mejor morir congelado que quemado vivo. Ahora tenía que alzarse como líder del grupo. No había tiempo para nombrar un jefe, y ella era la única preparada para enfrentarse a una situación semejante. Al menos, en teoría.

Siguió todo lo que pudo por el campo hasta que un saliente de piedra golpeó en los bajos del coche, levantándolo y produciendo un crujido malsano. El bote le hizo perder el control: el coche hizo un giro en el suelo nevado y se detuvo.

—¡Venga, bajad todos! ¡Y abrochaos bien los abrigos!

Por mucho que se abrigaran, ninguno de ellos llevaba calzado adecuado para la nieve. La guardiacivil era consciente de ello, pero esperaba llegar a un refugio antes de que sus pies empezaran a congelarse.

—¡Deprisa! —les urgió.

Dejaron atrás una línea eléctrica, pasaron junto a un poste de teléfonos que parecía de antes de la Guerra Civil y se dirigieron hacia los desperdigados árboles. En toda la zona se alternaban pequeñas parcelas de pasto o campos de labor con los restos de antiguos bosques que poblaron la región en otro tiempo. Las lomas se sucedían con partes más llanas. Avanzaron por las que ofrecían menor resistencia, bordeando las elevaciones sin ver ninguna construcción. La nieve empezaba a caer de nuevo con cierta intensidad.

—Hay que encontrar un sitio donde escondernos —repitió Yolanda, más para sí misma que para los otros.

A la que más costaba seguir el ritmo era a Beatriz. No ya por lo que le hubieran metido en el cuerpo, sino porque todavía estaba débil y sus pies le dolían como si tuviera cardos dentro de las zapatillas.

—Tenemos que ir más despacio —dijo Alfredo, junto a ella.

—No podemos ir más despacio —dijo Yolanda—. Si nos cogen nos matarán, tenedlo presente.

La frase sirvió como acicate para todos, pero sólo durante unos minutos. Beatriz ya no podía más. Ella y Alfredo se quedaron un poco rezagados. Iván y la guardiacivil no se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Sin previo aviso, un grupo de hombres surgió de entre unos árboles. No llevaban linternas encendidas, ni hicieron el menor ruido hasta interponerse entre ellos. Eran muchos, más de diez, lo que imposibilitaba atacarles con sus armas, además de que el grupo también debía de ir armado. Alfredo y Beatriz se vieron obligados a retroceder. Sus compañeros no pudieron unírseles y tuvieron que seguir adelante. Habían quedado separados.

Alfredo casi empujaba a su amiga para ir lo más rápido posible. Abandonaron la zona llana para introducirse en una vaguada entre dos elevaciones. Había árboles a ambos lados. Les costó lo indecible coronar las

lomas, pero al otro lado la cuesta abajo era más pronunciada. Se dejaron llevar, con el corazón desbocado, hasta el punto de acabar rodando al final de la cuesta.

Sus perseguidores ahora sí llevaban las linternas encendidas. Sus haces eran como pequeños focos antiaéreos, explorando el espacio de aquí para allá. Estaban cerca, pero poco a poco se fueron quedando atrás. De nuevo regresó la sensación de euforia. Alfredo apretó la mano de Beatriz. Les estaban despistando. Sólo un poco más y ya no estarían a su alcance.

—¡Ahí! —exclamó de pronto Beatriz.

Señaló lo que parecía la esquina de un tejado a punto de quedar sepultado por la nieve. Las diversas capas de los últimos días se habían acumulado hasta ocultarlo casi por completo. Si seguía nevando unas horas más, ya nadie lo vería, como si nunca hubiera existido.

Alfredo tiró de la mano de ella. Era una caseta de las que utilizan los agricultores para guardar sus aperos de labranza. Levantaba apenas un metro y medio del suelo. La puerta estaba a un lado de su posición. No tenía cerradura, sólo un pasador. Lo descorrieron, empujaron la puerta y se abrió sin oponer resistencia. Alfredo metió dentro a Beatriz mientras él buscaba por los alrededores unas ramas gruesas. Borró con ellas las huellas más próximas y luego las colocó de lado, encima de la portezuela. Entró en la caseta con cuidado de que no cayeran al suelo y volvió a colocarlas lo mejor que pudo mientras cerraba.

En el interior reinaba ahora la oscuridad. Alfredo se sentó junto a su amiga, con la escopeta en la mano, apuntando hacia la puerta. Al cabo de un rato, la luz que entraba por las rendijas hizo que pudieran verse las caras. Empezaba a amanecer. Beatriz se abrazó con fuerza a Alfredo. Éste la trajo aún más hacia sí. Sintió como su pecho se agitaba y deseó, más que nunca, vivir.

También el grupo de perseguidores se había dividido. Yolanda e Iván no hicieron lo mismo que sus compañeros. Ellos continuaron por las partes llanas, que iban levemente cuesta abajo. Tardaron más en alejarse quienes les perseguían, pero también lo lograron. Por eso, cuando los haces de las linternas indicaron que el grupo se estaba alejando hacia un camino equivocado, Yolanda levantó sus manos para pedirle a Iván que se detuviera. Estaba agotada.

Ambos se quedaron un rato jadeando, apoyados en el tronco de un árbol. Al hacerlo, les cayó encima un poco de la nieve acumulada en sus ramas.

—¡Les hemos despistado! —susurró Iván entre jadeos.

—Sí —concordó Yolanda—, pero algo no me cuadra.

El chico la miró con la extrañeza dibujada en el rostro.

—¿El qué?

—¿No te parece raro que no hayan sido capaces de seguirnos la pista?

—No lo sé.

—Mi idea era correr más que ellos para alejarnos y despistarlos, así, por ir más rápido. Pero se han despistado ellos solos. No me lo creo...

—Bueno —dijo Iván, al que podía el deseo—, quizá son unos torpes.

—Quizá. Pero, por si acaso, nada de escondernos en ningún lado. Hay que seguir. ¿Cómo tienes los pies?

—Bien jodidos.

—¿Pero crees que puedes seguir?

Iván asintió. Y apretó los puños a la vez: tenía los dedos de los pies medio congelados y le dolían una barbaridad.

—Pues venga, no nos enfriemos más.

Volvieron a correr por los campos nevados, sin mirar atrás, sin buscar un cobertizo o un refugio de pastores, nada. Aun así, vieron una cabaña cuando las fuerzas casi les habían abandonado por completo, sobre todo a Iván. Era tentador meterse dentro, cobijarse y descansar. Incluso comer algo, si es que lo había. Por mucho frío que hiciera en el interior, seguro que encontrarían algo con lo que taparse. Y, si no, se darían calor mutuamente.

El chico se fue quedando parado poco a poco. La guardiacivil vio en su rostro una expresión de pesadez invencible. Pero no podía dejar que se derrumbara. Tenían que seguir caminando.

—Creo que es mejor escondernos —dijo él.

—¡No, Iván, no! ¡Hay que seguir!

La joven se puso frente a él y le dio un largo beso en la boca.

—Hay que seguir —repitió.

El beso tuvo el efecto de despertar a Iván de su arrobamiento por el cansancio y el frío. No sabía cuánto más iba a poder seguir, pero estaba dispuesto a caer muerto si hacía falta; lo que fuera por ella.

En la caseta de los aperos de labranza, Alfredo y Beatriz experimentaron un deseo irrefrenable. Haber estado a punto de morir fue como un catalizador de sus instintos más profundos. Fue ella la que empezó. Se abrió el abrigo y luego le abrió el suyo al chico. Le besó, le acarició y por fin le desabotonó los pantalones. Metió su mano, extrañamente cálida, por sus calzoncillos, y comenzó a masturbarle.

Alfredo no tardó en sentir su pene tan tenso como un arco a punto de ser disparado. Gemía de placer. No quería que acabara, pero no pudo aguantar por más tiempo. Se levantó cuanto pudo y tumbó a Beatriz en el suelo. Hizo lo mismo que ella un poco antes, bajándole los pantalones y las bragas hasta casi las rodillas. Aspiró su aroma de mujer. Le encantaba el vello púbico de ella, arreglado pero abundante, negro como su pelo. Le separó un poco las piernas y

empezó a lamerse el sexo con ímpetu.

Los gemidos de Beatriz aumentaron exponencialmente, a medida que el chico mordisqueaba su clítoris y le metía la mengua en el sexo hasta el límite de donde podía llegar. Le agarró la cabeza y la empujó hacia sí, sintiéndole hasta que él se incorporó de nuevo. Vio su pene apuntándola como un cañón. Quería tenerlo dentro, lo necesitaba.

No tuvo que rogar. Alfredo terminó de bajarle los pantalones y le separó las piernas. Entró en ella sin miramientos, con furia, hasta el fondo, notando su calor y su humedad. Siguieron así hasta que él ahogó un grito. Ella alcanzó el clímax al mismo tiempo. Ambos se quedaron abrazados y exhaustos, sudando a pesar del frío, que ahora no sentían en absoluto. Podían haber estado así para siempre, por toda la eternidad.

Pero el destino no les iba a conceder tanto tiempo.

Debían de ser cerca de las doce cuando, después de pasar una loma, Yolanda e Iván llegaron hasta la autovía. Ignoraban cuántos kilómetros habían recorrido, pero ambos caminaban ya como zombis, movidos por los últimos restos de unas fuerzas que, de haberse caído, ya no les hubieran bastado para levantarse de nuevo. Ni siquiera la visión de la ansiada autovía les hizo más que esbozar una leve sonrisa.

Iván no podía ni con la escopeta que llevaba. La dejó caer, y Yolanda no le dijo que la recogiera. Ya no iba a necesitarla. Ella guardó su pistola en un bolsillo del abrigo y ambos recorrieron los últimos metros que les separaban de la libertad.

Tenían que parar a un vehículo como fuera. Yolanda cruzó el quitamiedos como una anciana y se puso en el arcén. Sacó su placa identificativa y esperó a que pasara el primer vehículo. Fue un turismo, demasiado rápido para detenerse. Yolanda juró por lo bajo. Pasaron dos coches más, que tampoco pararon, hasta que apreció a lo lejos un camión pequeño. Iba más despacio que los otros vehículos y la guardiacivil se puso casi en medio de carril derecho.

El conductor dio un frenazo que no bastó para detener el camión antes de llegar a su altura. Yolanda tuvo que saltar hacia el arcén, donde quedó inclinada sobre el quitamiedos. Iván la agarró por la cintura y la ayudó a incorporarse.

El camión estaba parado unos metros por delante. Ambos caminaron hacia él hasta llegar a su puerta derecha. El conductor la abrió, con el susto dibujado en el rostro. Antes de que dijera nada, Yolanda volvió a mostrar su placa.

—Me llamo Yolanda Serna. Guardia Civil de Treviño. Necesitamos que nos lleve a Vitoria.

—Cla... claro. Voy en esa dirección —dijo el camionero—. Suban, suban.

A Iván le extrañó que Yolanda quisiera ir a Vitoria, en lugar de reunirse con

sus compañeros del puesto de Treviño. Aunque enseguida lo entendió.

—Ya no me fío de nadie —dijo ella mientras subían a la cabina.

El camión emprendió la marcha. Iván acarició la pierna de Yolanda. Sólo enturbiaba su corazón no saber qué había pasado con Alfredo y Beatriz.

Alfredo y Beatriz se habían quedado dormidos. Les despertó un leve ruido fuera de la caseta. Estaban helados, entumecidos y con una tremenda sensación de sopor. Alfredo se echó hacia atrás, se subió los pantalones como pudo y empuñó su escopeta, apuntando a la puerta. Al abrirse, estuvo a punto de apretar el gatillo.

Por suerte no lo hizo.

En el hueco apareció, recortado a la luz gris y mortecina del exterior, un hombre vestido de guardia civil. Por detrás había otro.

Beatriz empezó a llorar como una niña. También afloraron lágrimas de felicidad en los ojos de Alfredo. Los guardias les ayudaron a salir, les pusieron mantas y les dieron un vaso de café caliente, de un termo que llevaban consigo.

—Somos de Treviño —dijo uno de ellos—. Compañeros de Yolanda Serna. Qué suerte que os hemos encontrado.

Los dos chicos, casi sin poder andar, acompañaron a los guardias hasta un todoterreno que estaba a unos cincuenta metros.

—Supusimos que os habías cobijado en alguna caseta o algún refugio —dijo el otro guardia.

—Gracias —musitó Beatriz temblando, con su café en las manos y agarrándose a la vez los extremos de la manta.

—Gracias —repitió Alfredo.

En unos minutos, el todoterreno arrancó, con Alfredo y Beatriz en la parte de atrás. El sol estaba ya alto en el horizonte. A lo lejos, dos personas lo vieron salir del campo para continuar por una de las estrechas y vetustas carreteras del Condado.

Eran Amane y Paco Ortiz.

La mujer miró al cojo con gesto compungido.

—Alguien que ha estado a punto de morir congelado no sentirá tanto que lo quemem vivo, ¿verdad?

Las risas de ambos se diluyeron en el aire mientras el todoterreno giraba para ir directamente hacia ellos.

Iván no tuvo mucho tiempo para pensar en sus amigos. Un poco más adelante, en la autovía, vieron parado en el arcén un coche de la Guardia Civil. Los dos agentes estaban de pie junto al vehículo. Aún a cierta distancia, Yolanda los reconoció: eran compañeros suyos del puesto de Treviño.

Los guardias hicieron gestos al camionero para que se detuviera.

—Han tenido ustedes mucha suerte —dijo el hombre, ajeno a todo.

Yolanda no concordaba demasiado con esa impresión, por muy lógica que pareciera. En todo caso, cuando el camión se paró a unos metros por detrás del coche de la Guardia Civil, Iván y ella bajaron sin demostrar sus recelos. Uno de los guardias se aproximó hacia ellos. Era Jorge, el que había cogido el teléfono en el puesto cuando llamaron desde casa de Amane.

—Menos mal que os hemos encontrado —dijo.

Yolanda metió su mano izquierda en el bolsillo del abrigo, donde tenía la pistola, y la agarró bien fuerte. Su compañero se fijó en la otra mano, la herida.

—¿Qué te ha pasado?

En lugar de explicarle nada, Yolanda le contestó con otra pregunta.

—¿Por qué estáis aquí, en medio de la autovía? ¿Cómo es que no habéis ido a Otsobeltz?

El guardia se quedó un momento en silencio. Se giró para mirar al otro, que seguía junto al coche. De repente, ambos sacaron sus pistolas y les apuntaron. Iván dio un paso atrás y levantó las manos. Yolanda se quedó quieta, sin sacar aún la mano del bolsillo.

—Usted circule —ordenó el agente al camionero—. Y vosotros vais a acompañarnos a Otsobeltz. Hay quien tiene muchas ganas de veros.

Amedrentado, el camionero se fue sin decir adiós. Yolanda simuló obedecer. Pero, sin previo aviso, se agachó de pronto y sacó su pistola. Primero disparó contra Jorge, el que tenía más cerca. Le acertó en el estómago. Se encorvó como un tronco partido y cayó al suelo. El otro repelió el fuego. Sus balas la pasaron rozando. Ella volvió a disparar. Estaba lejos para un tiro certero con la izquierda y falló. Eso le dio a su atacante un tiempo precioso, una fracción de segundo en la que pudo apuntar y disparar de nuevo.

Esta vez acertó. Yolanda cayó hacia atrás en toda su longitud, con un balazo en la cabeza.

—¡NOOOOOO! —gritó Iván.

Se arrojó sobre ella para protegerla con su cuerpo. No sabía si estaba muerta. El guardia comenzó a andar hacia él. Ya no tenía nada que temer. Ese chico era un cordero en las garras de un lobo. Pero cuando dio un paso más, notó un calor extraño y húmedo en el vientre. Se echó la mano al sitio del que venía y la levantó empapada en sangre: Yolanda no había fallado su disparo.

Las fuerzas le abandonaron de repente. Se hincó de rodillas, con una sonrisa de incredulidad en el rostro, que se borró para dar paso al miedo más ancestral del ser humano, antes de caer hacia delante a plomo, como un fardo.

Iván acarició la cara de Yolanda. La sangre brotaba de su herida, un orificio redondo y pequeño en la frente. No sabía qué hacer. Ella se movió levemente y

trató de balbucear algo. No pudo articular las palabras, pero aún había vida en su cuerpo.

Llorando, Iván la cogió en brazos y la llevó hasta la parte de atrás del coche patrulla. Iba a llevarla a un hospital aunque fuera eso lo último que hiciera. Si querían detenerlo, esta vez tendrían que utilizar un tanque.

En la gruta de Ochate, el fuego ritual seguía encendido. Amane y los suyos hubieran preferido contar con más víctimas para el sacrificio. Pero una —al menos una— era lo que demandaba su señor. No era mucho: una víctima que hubiera acudido por su propio pie y su propia voluntad. Una sola víctima con la que aplacar su ira y reclamar su favor, cumpliendo el pacto que debía renovarse cada nueve años, celebrado por sus creyentes desde tiempos inmemoriales. Cuando allí no se hablaba aún el latín; cuando los druidas adoraban a las deidades del bosque y de la tierra; cuando este mundo y el otro estaban conectados por una frontera sutil, que algunos sabían cómo traspasar.

Amane en persona le cortó el cuello a Beatriz, en el mismo altar en el que inmoló a su propia madre y flanqueada por los fieles Paco y José María Ortiz. Lo hizo despacio, disfrutando, con un cuclillo de filo de sierra. Después separó con cuidado su cabeza para momificarla y unirla al resto, las que se hallaban por debajo de la cripta de la antigua iglesia.

Alfredo tuvo que contemplarlo todo, impotente y aterrorizado, dentro de una de las jaulas de madera. Los acólitos de Amane lo llevaron después a él, entre gritos y lloros, hasta el fuego, donde lo quemaron vivo en honor de su oscuro dios.

Se cumplía una vez más el pacto sagrado. Todos los presentes coreaban las palabras que iba recitando Amane, embargados por una felicidad infinita. Gracias a ese sacrificio, las cosechas florecerían, los animales no caerían enfermos, las gentes vivirían otros nueve años en paz y prosperidad.

EPÍLOGO

Días después, cuando las autoridades llegaron a Otsobeltz guiadas por Iván, no encontraron nada anormal. Dos chicos habían desaparecido, sí, y una guardiacivil estaba en coma, pero nada pudo probarse a pesar de los esfuerzos del amigo de los desaparecidos. Los guardias de Treviño lo negaron todo, y echaron basura sobre Yolanda. Al fin y al cabo, había matado a un agente intachable y dejado herido de gravedad a otro.

Iván no pudo volver a encontrar la entrada a la cueva de Ochate; ni la cripta de la antigua iglesia tenía ningún pozo secreto, ni en el sótano de la casa de Amane existía una salida oculta. Todo fue borrado, tapado, sellado.

No hubo modo de demostrar lo que había ocurrido en realidad. La actuación de los habitantes de Otsobeltz, y de los demás pueblos que circundaban ese epicentro que era Ochate, fue perfecta, digna de un premio teatral.

Yolanda fue ingresada en un hospital, a la espera de juicio. Según las declaraciones del guardia que quedó herido en la autovía, ella les había atacado sin motivo ni previo aviso. Todo lo que contó Iván era una fantasía, un engaño urdido para ocultar que él sabía algo sobre las desapariciones, y su historia no era sino una cortina de humo. Yolanda le había ayudado, quién sabe si engañada también por él o a sabiendas de lo que hacía.

Dijeron de ella que no era de fiar, que se había acostado con la mitad de los compañeros del puesto, que era una enferma de ambición, dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. Todo era muy confuso, inconexo, pero eso le daba credibilidad. Nadie parecía saber la realidad completa, sólo indicios y hechos sueltos.

Iván tuvo que responder ante la justicia. Contra él tampoco pudo probarse nada, como era obvio, y salió libre, aunque aplastado por las sospechas. Algunos dijeron que él asesinó a Alfredo y a Beatriz por celos, y los hizo desaparecer; otros que estaba desequilibrado y no había una causa lógica en sus acciones. Si Yolanda hubiera podido testificar, defenderse y defenderle, las cosas hubieran sido muy distintas. Pero no podía. Y quizá nunca pudiera hacerlo.

El caso quedó archivado. Sólo dos personas en el mundo sabían la verdad. Y una estaba en coma, quizá irreversible.

La infinita rabia de Iván dio paso, en los meses siguientes, a un odio ciego que clamaba venganza. Cada día esperaba la llamada de la clínica donde Yolanda estaba ingresada. Y cada día, la llama de su esperanza se hacía un poco más pequeña.

Habían pasado casi seis meses. La llama era ya apenas un pequeño rescoldo a punto de extinguirse. Pero no estaba apagada del todo. Y a veces, sólo a veces,

sucede un milagro.

FIN

APÉNDICE

Ochate: el pueblo maldito

Ochate, el *pueblo maldito*, existe en realidad y es, desde hace décadas, uno de los enclaves favoritos de los investigadores del misterio. Un pueblo abandonado que, según numerosos testigos, esconde más de un secreto. Todos los hechos que se narran en la novela sobre lo allí sucedido —como la desorientación de los militares en la niebla o la muerte del investigador— tienen una base real.

El Condado de Treviño es realmente una isla de la provincia de Burgos, rodeada por el territorio de la provincia de Álava. Otsobeltz es una localidad inventada. Aúna, sin ser ninguno de ellos, varios pueblos de la zona, algunos de los cuales se citan con su nombre auténtico: Aguillo, Ajarte, Uzquiano, Imíruri y San Vicentejo. El puesto de la Guardia Civil que da servicio a la región está en Treviño (pueblo), a unos 10 km de Ochate.

En el norte de España aún quedan lugares marcados por el misterio, rodeados de leyendas de apariciones, desapariciones, extrañas muertes, suicidios y fenómenos paranormales. En Ochate y sus aledaños, se celebraron en la Antigüedad rituales paganos, que se mantuvieron más allá del tiempo en el que cristianismo se había extendido por toda la nación.

La fama de Ochate como pueblo maldito tiene más de tres décadas. Como suele ocurrir en todos los sitios cargados de misterio, se entremezclan las leyendas con la realidad, lo verídico con lo ficticio. Muchos han sido los que, llevados por la poderosa atracción de lo desconocido, han acudido a sus ruinas, se han cobijado en la torre de San Miguel o han visitado la ermita de Burgondo, en busca de pruebas de esa otra realidad que tantos sospechamos que existe.

Algunos de estos investigadores y aficionados a los enigmas se han topado con lo desconocido: extrañas neblinas, cámaras o focos que se apagan sin aparente motivo, luces en medio de la noche, sombras sin cuerpo que se disipan en la negrura, extraños seres enlutados, sonidos audibles o inaudibles que han quedado registrados en grabaciones inquietantes. Casi nada de todo esto se puede demostrar científicamente, pero está ahí, desafiando la razón del hombre moderno.

Al margen de lo supuestamente paranormal, hay algo en Ochate que todos los que lo hemos visitado compartimos y hemos percibido con claridad: la sensación de que allí el tiempo discurre de un modo distinto; que reina un silencio extraño, denso. Es como si la vida se ralentizara o tuviera recelos de aflorar entre las ruinas.

Las psicofonías grabadas hace treinta años por Fernando Gil y Alfredo Resa

existen en realidad. En ellas se escuchan con claridad los gritos de lo que parece una niña pequeña y la voz de una anciana que, con voz dura, pregunta: “¿*Qué hace aún la puerta cerrada?*?”. La gran cuestión es si esa puerta cerrada hace referencia a uno de los posibles significados del nombre de Ochate; y más allá, cuál es esa puerta, dónde está. ¿Es el mismo Ochate, que guarda de este modo sus misterios?

Según Antonio Arroyo, autor de *Ochate. Realidad y leyenda del pueblo maldito*, la primera referencia escrita a la localidad está fechada en el año 1025, donde se menciona con el nombre de Gogate. Íker Jiménez sostiene que, durante la Edad Media, en Ochate hubo rituales y cultos arcaicos, llevados a cabo por antiguas sectas o hermandades que no habían sido barridas por el cristianismo. Es difícil decir hasta cuándo perduraron.

El nombre de Ochate, que como hemos dicho procede de Gogate, puede significar varias cosas en euskera: “puerta de arriba”, “puerta del frío” o “puerta secreta”. Incluso, según cierta interpretación lingüística, “puerta del infierno”.

No es verdad que las famosas plagas de viruela, tifus y cólera de la segunda mitad del siglo XIX afectaran únicamente a Ochate, ni que fueran la causa final de su abandono. Esto es algo que descubrieron los investigadores Antonio Arroyo y Julio Corral, consultando antiguos legajos en los archivos de la región. Pero sí es cierto que a fines del siglo XIII el lugar fue abandonado, y así quedó hasta el año 1522, cuando hubo un reasentamiento. El abandono definitivo de Ochate fue posterior, a principios del siglo XX.

El OVNI avistado y fotografiado por Prudencio Muguruza es real; al menos lo es la fotografía, tomada en Ochate en 1981. También es cierto que, de la mano del escritor Juan José Benítez, ésta fue estudiada por diversos científicos españoles y extranjeros.

En las ruinas de la ermita de Burgondo puede contemplarse una pintada diabólica que representa un pentagrama con un macho cabrío en su interior. Se trata de algo moderno, quizá una simple broma de los jóvenes que, de cuando en cuando, tientan a Ochate acampando en la zona en las cálidas noches de verano. Al margen de lo anterior, la ermita de Burgondo tiene una particularidad interesante y difícil de explicar: su orientación es noroeste-sureste. Desde el siglo IV, todas las iglesias cristianas mantienen invariablemente una orientación este-oeste.

Los capiteles del pórtico de la iglesia de Ochate, de la que ya sólo queda la torre que se alza en medio de las ruinas, mostraban escenas del infierno y extraños monstruos (actualmente se hallan en la cercana localidad de Uzkiando, provincia de Álava). Algunos investigadores, como Marcelo Eremián, creen que esto podría demostrar su pasado pagano y explicar el origen de su “leyenda

negra”.

En cualquier caso, se crea o no en los enigmas y fenómenos paranormales de Ochate, lo cierto es que el lugar evoca justamente eso: el misterio. Los secretos de Ochate, *el pueblo maldito*, siguen vivos. La puerta sigue estando cerrada.

Los celtas y los sacrificios humanos

En toda la Europa de la Antigüedad, los sacrificios humanos eran habituales entre los diversos pueblos que la habitaban. Algunos fueron abandonando esa forma ritual, aunque otros la mantuvieron, como los celtas. Según los escritos de Julio César, que conoció de primera mano los ritos célticos durante la guerra de las Galias, este pueblo construía figuras huecas de madera en las que se quemaba a personas vivas en su interior. A veces se trataba de enemigos capturados, pero también podían ser mujeres o niños, e incluso miembros de la propia tribu. En todo caso, el sacrificio más grato era el que, mediante engaños, hacía a la víctima acudir al lugar del sacrificio por su propio pie, sin saber lo que la esperaba.

Según el historiador Francisco Marco-Simón, los sacrificios humanos de los galos estaban presididos por los druidas, que también estaban dispuestos a inmolarsse en un “autosacrificio” devocional. Tenían la creencia de que una vida humana no puede compensarse sino con otra vida, y por ello levantaban esos maniqués de mimbre que llenaban de víctimas humanas y a los que prendían fuego: los suplicios de ladrones y bandidos eran los más habituales, si bien a falta de éstos no se dudaba en ofrecer a inocentes. Puesto que el poder en el mundo antiguo se legitimaba, sustancialmente, a través de la divinidad, es comprensible que se llevaran cabo sacrificios humanos como un ritual querido por los dioses.

El tipo de sacrificio humano dependía de la divinidad a la que se honraba. Así, a Atis se le ofrecía un joven después de un año en el que se le permitía vivir a todo lujo; a Esus se le ofrecían prisioneros a los que se mataba colgados de árboles; a Taranis, responsable de las tormentas, se le ofrecían víctimas degolladas a las que se separaba la cabeza o quemadas en piras, y a Teutates, el dios de la guerra, había que apaciguarlo ahogando a los enemigos capturados.

En la Hispania céltica —todo el norte y el oeste de la Península—, hubo esta clase de sacrificios humanos hasta la llegada de los romanos, que supuestamente los erradicaron. Sin embargo, diversos estudiosos sostienen que los sacrificios no desaparecieron por completo y siguieron produciéndose durante siglos. Más tarde fueron sustituidos por ritos simbólicos, que han derivado en celebraciones como la de las hogueras de San Juan o Halloween.

En la localidad francesa de Entremont (Provenza), cerca de la ciudad de

Marsella, existe un yacimiento arqueológico descubierto por los nazis durante la ocupación del país en la II Guerra Mundial. El lugar estaba dentro de una guarnición militar, y algunas excavaciones previas habían sacado a la luz diversos objetos de piedra, como dinteles y columnas con unas extrañas cabezas de piedra, bastas y muy peculiares (algunas no estaban completas: les faltaban los ojos, la nariz o la boca, y mostraban gestos grotescos).

El hallazgo fue atribuido a los celtas y reveló algo inusual y macabro: esta cultura decapitaba a personas y preservaba sus cabezas sumergidas en aceite de cedro. En algunos dinteles había concavidades en las que se empotraban estas cabezas. En los antiguos escritos romanos ya se menciona que los celtas decapitaban a sus enemigos, y que los guerreros tenían en gran aprecio la posesión de sus cabezas, hasta el punto de llevarlas consigo durante las batallas.

Entremont puede traducirse como “Entre Montes”. Pero algunos sugieren una interpretación más tenebrosa, que fue lo que llamó la atención de los nazis: el significado no es “Entre Montes”, ya que el nombre de la localidad procede del latín “Intermundum”, sino “Entre Mundos”, lo cual sugiere un portal abierto entre dos mundos, el nuestro y el del más allá. La decapitación era parte de un ritual para conectar este mundo con el otro, siendo Entremont, según esa explicación, uno de los lugares mágicos más poderosos del planeta.

Sea como fuere, Entremont es un sitio arqueológico auténtico y las decapitaciones y otros sacrificios humanos existieron como parte de los ritos religiosos célticos, aunque aún se especula acerca del significado de las mismas.

Ochate. La puerta secreta

David Zurdo